



**GRAZIA
DELEDDA**
**EL SECRETO
DEL HOMBRE
SOLITARIO**



Cristiano vive en una casa junto al mar en un paraje solitario. Un espeso seto vivo y un candado enorme le dan la ilusión de estar aislado del mundo. Solo Ghiana, la campesina que le lleva huevos, leche y gallinas, tiene permiso para abrir el candado y franquear el seto. Cristiano está atado a ella por un amor infantil que, sin embargo, se vuelve violento y posesivo cada vez que se unen sexualmente. Como en un rito, Cristiano solo paga por las gallinas después de haberla poseído.

El pequeño paraíso arcaico se ve perturbado por unos albañiles, que llegan para construir una casa a pocos pasos de allí. Cristiano los evita, como después evitará a sus nuevos vecinos. Pero al poco tiempo y sin darse cuenta se enamora de la figura lánguida y frágil de Sarina y busca un encuentro.

Cuando la relación avanza, Ghiana, que conoce el triste secreto que lo acompaña, le confiesa que está esperando un hijo suyo.

Grazia Deledda

**El secreto del hombre
solitario**

ePub r1.1

Editor 01.08.14

Título original: *Il segreto dell'uomo solitario*

Grazia Deledda, 1921

Traducción: José Miguel Velloso, 1965

Diseño/Retoque de cubierta: Damià Matthews & Ignacio Ballesteros

Editor digital: Hoshiko

ePub base r1.1

El hombre que vivía en la casita solitaria, allá abajo, entre la playa y los brezales, cuando regresaba de su acostumbrada ida al pueblo, donde de cuando en cuando se proveía de las cosas más necesarias para la vida, al salir del camino provincial para entrar en el sendero que conduce al mar, vio a dos hombres que medían por pasos un terreno contiguo a su jardín.

Enseguida se detuvo, con una sensación de curiosidad mezclada con rabia y angustia. Recordaba que Ghiana, la campesina que algunas veces le traía leche y huevos de una alquería de las colinas, le había anunciado la venta de aquel terreno y la probabilidad de que edificaran en él una casa.

He aquí, pues, que la amenaza se realizaba. Los dos hombres que miden el prado, como si jugaran a ver quién tenía más larga la zancada, sobre la hierba, dorada por el crepúsculo, seguidos por sus sombras gigantescas, ofrecen el aspecto de obreros. El más alto y tosco, de cara roja como el ladrillo, es, sin duda, el capataz. El terreno es el más adecuado de todos los alrededores para la construcción de una casa; sombreado por un grupo de pinos y con un pozo de agua potable, es un verdadero oasis en aquel desierto de arena y de escobares, que baja de las colinas al norte para perderse en el mar. Solo un poco más abajo verdea otro grupo de árboles; pero son bajos, raquíuticos, torturados por el viento del mar.

El hombre que vuelve del pueblo se dirige, con paso torturado, hacia ese punto.

—Déjales que hagan —murmura, con la cabeza baja, como si hablara con el paquete que lleva en las manos—. Paciencia, Cristiano. Si estás en tu casa, ¿qué te pueden hacer?

Su casa, en efecto, estaba escondida por aquel grupo de árboles, rodeado a su vez por un seto negro, alto y espeso como un muro. El conjunto daba la impresión de un gran cesto lleno de hojas por entre las cuales apenas si sobresalía una esquina de tejado rojizo con una pequeña chimenea gris.

El hombre caminaba junto al seto, casi frotándose contra él como el perro que ha encontrado a su amo. No; una vez allí dentro, nadie podía molestarle. Sin embargo, al llegar a la pequeña cancela de ramas, toda forrada con una red de alambre, se volvió con desconfianza para ver si desde el prado le veían aquellos hombres.

No, no le veían, ni él les veía a ellos; entonces miró a su alrededor, tranquilizado. La soledad y el silencio eran tan grandes, que oía a las arañas y a los saltamontes moverse entre las hojas. El cielo límpido de abril parecía una gran campana de cristal debajo de la cual la tierra conservaba una pureza intacta, primordial. Al fondo del sendero, el sol caía sobre una franja de mar, brillante y fina como una aguja.

El hombre abrió; y le pareció que, desde el fondo del caminito arenoso de su jardín, la puerta descolorida de la casita le sonreía esperándolo; pero que solo le sonreía a él, porque, tanto ella con su ceñudo arco de piedra, como las paredes color de naranja oscuro de la fachada, se escondían, desconfiadas como su dueño, bajo las alas herrumbrosas de las bardas del tejado.

Los árboles, casi todos frutales, proyectaban su sombra sobre un terreno arenoso, cultivado con verduras y vides que parecían silvestres. Todo tenía el aspecto raquíutico de los lugares donde hay escasez de agua y abundancia de viento; pero en aquella hora, la luz del crepúsculo barnizaba las cosas. Las ramas más altas parecían de coral; las flores amarillas, en el fondo del jardín, brillaban como llamitas; y el gato blanco, que iba al encuentro de su dueño, parecía teñido de rosa.

También en el interior de la casa, al abrirse la puerta, todos los objetos brillaron. El resplandor del crepúsculo enrojeció las paredes del fondo y una parte del techo de viguetas y tablones sin labrar.

Solo el hombre permanecía oscuro. Cerró enseguida la puerta, temeroso ya de que le molestaran; y de nuevo miró a su alrededor como para asegurarse de que nada faltaba. Nada faltaba en aquella gran habitación que hacía las veces de recibidor, de comedor y de cocina; ni tampoco en la pequeña habitación contigua. Todo estaba en su sitio acostumbrado; el armario rinconero, la mesa cubierta con un tapete de tela negra encerada, de borde amarillo y con una inscripción en el centro: «New York City». Todo en su sitio, en orden, con una capa de polvo, como en las casas mucho tiempo cerradas.

Entre la chimenea y la puerta, un biombo de gorda lona de vela resguardaba aquel lugar del aire y formaba una pequeña cocina, con un lavabo y una mesa de mármol. Y, sobre esta mesa, el hombre depositó su paquete y comenzó a desenvolverlo.

El gato asistía a la operación. Con su patita, en cuyo extremo aterciopelado las uñas aparecían y desaparecían anhelantes, parecía que intentara ayudar a deshacer los envoltorios, mirando casi con angustia las cosas que salían de ellos. Cosas grasientas y olorosas; carne seca, pescado salado, latas de conserva; pero el dueño le apartaba con su descarnada mano, presa cada vez más de una inquietud rabiosa que no le impedía, sin embargo, meterse en el bolsillo el cordel de los paquetes, poner a un lado el papel pringoso, bueno para encender fuego, y, en fin, colocar las provisiones en el armario, de manera que cada cosa estuviera en su sitio, resguardada de la humedad y de las malas intenciones del gato.

Entonces este, al no poder obtener otra cosa, buscó una caricia, frotando contra el brazo del dueño su cabecita vibrante; pero un manotazo le echó al suelo desilusionado.

—¿No comprendes que me fastidias, que no quiero más molestias de nadie?

También la puerta del armario y la silla donde el hombre fue a sentarse, cansado, delante de la pequeña ventana, recibieron golpes y empujones. Parecía que quisiera castigar las cosas de su alrededor por su impasibilidad ante su preocupación.

—Por otra parte, puedo vender e irme —dijo, finalmente, con voz airada.

Pero su misma voz, en el gran silencio, le pareció un eco, un sonido que no proviniera de él. Entonces procuró sosegar, vencerse. «Vender e irse», está pronto dicho, Cristiano. Vender es fácil: los mismos campesinos de la alquería de la colina, a los cuales había comprado la casa dos años antes, ahora querían volver a adquirirla. Vender es fácil; lo difícil es irse.

¿Adónde ir? ¿Empezar de nuevo a buscar un sitio solitario, siempre con el riesgo de tener vecinos más tarde y verse obligado a huir otra vez?

No es que se hubiera encariñado con aquel sitio. No; no quería volver a encariñarse con nada, ni con los sitios ni con las cosas, ni siquiera con aquel último compañero de su soledad, que se le había encaramado al hombro y de nuevo le frotaba con su blanda cabeza la mejilla, proporcionándole casi un deseo de llorar. Pero ¿por qué le parecía haberse enterrado en aquel sitio y deseaba no volver a moverse de allí? Quería la muerte a su alrededor, porque le parecía que ya la tenía dentro de sí. De todos modos, la vida le había procurado tanto dolor, que el solo pensamiento de volver a entrar en la comunidad de los hombres le asustaba.

Volvió a hablar consigo mismo, en voz alta, como solía hacer siempre que quería convencerse de algo:

—Pero si tú no quieres, nadie entra aquí. Quédate, pues.

Sus ojos recorrieron de nuevo la habitación, reconciliándose con los objetos familiares, y

le pareció que estos objetos, relucientes todavía a la luz del crepúsculo, poseían pupilas que contestaban a su mirada. Experimentó entonces la acostumbrada sensación de que estos objetos tenían algo de vivo, y volvió a sentir la ternura física que le unía a ellos. Solo con mirar la taza, el cuchillo, el cubo, percibía su contacto en los dedos. Le parecía que, si se hubiera vuelto ciego, los objetos con los cuales, desde hacía dos años, compartía su soledad, se habrían movido para ir a su encuentro y ayudarlo.

—Quédate, pues. ¡Si no quieres, no entra en tu casa ni el Diablo!

¡Si no quieres! ¿Por qué, pues, todo tú te pones tenso, a la escucha, al oír que llaman a la puerta? ¿Son ya los hombres del terreno contiguo, que vienen a molestarte?

Con un salto hostil llegó enseguida a la puerta; pero, entre las ramas de la cancela, entrevió a una mujer con una cesta en la cabeza, e inmediatamente se tranquilizó. Era Ghiana, la campesina de la alquería.

Ghiana intentaba introducir la mano entre las ramas y el alambre para descorrer por dentro la cadena. Al oír que el dueño llegaba, se retiró y arregló enseguida el agujero hecho entre las hojas, y cuando él abrió, le miró rápidamente a la cara, con sus ojos verdosos, maliciosos y tímidos a la vez, para descubrir su humor.

El humor del hombre no parecía demasiado malo. Él la miraba con sorpresa, al verla en aquella hora desacostumbrada: con sorpresa y también con cierto placer; pero volvió a ponerse severo y sombrío al darse cuenta de que la cara aceitunada de ella se iluminaba con un rubor de alegría.

No quería dar gusto a nadie, no quería conceder familiaridad a nadie, y por esto saludó a la mujer con frialdad cortés y, después de haberla hecho pasar, le rogó que entrara. Luego cerró y la siguió, mirándole la espalda.

Era una mujer todavía joven, con algo animal en sus piernas, rectas y duras; con sus caderas ondulantes, abultadas por los pliegues de su larga falda azul; pero la cintura era esbelta, y tenía un hermoso torso fluctuante, sobre el que la tela de la blusa rosa se adhería como si fuera una segunda piel.

Al llegar a la puerta, dejó la canasta en el suelo y se sentó en el escalón del umbral, moviendo la cabeza para quitarse el rodete. Luego abrió lentamente la canasta, dentro de la cual apareció, junto a una botella de leche, una gallina negra, con la cresta roja y que parecía incubar un montón de huevos.

Un último reflejo crepuscular caía sobre la figura un poco ambigua de la mujer, animando el negro brillante de sus cabellos, peinados cuidadosamente, y su collar de ámbar falso, que parecía de granos de uva madura.

El hombre se había detenido delante de ella y miraba desde arriba la canasta. También el gato estiraba el cuello hacia la gallina; pero rozó con el hocico el vidrio de la botella y se encogió, asustado.

La mujer se había puesto pensativa, casi triste. Sacó la botella de la canasta, extrajo un paquete y se lo puso en el regazo; arregló los huevos, contándolos con los dedos estirados, y luego pareció cobrar valor. Levantó la cara y buscó los ojos del hombre con sus ojos líquidos. Él intentaba en vano rehuir aquella mirada. Poco a poco se dejaba atraer, se olvidaba; sus ojos bajaban por el cuello moreno y delicado de la mujer hasta donde el collar se perdía en el pecho.

—Es la vieja quien me envía —dijo ella, con una voz lenta y cansada, que no cambiaba nunca de tono, pero con una luz cada vez más apasionada y maliciosa en los ojos—. Hoy ha

llegado más dinero de allí. Y él, mi Alessandro, escribe: «Querida mujer y queridos padres: Os mando este dinero, y más traeré conmigo a mi regreso, en otoño, porque la temporada es buena. Aquí faltan brazos y la mercancía aumenta de valor. Aquí nadie hace de criado, y los dueños tienen que hacérselo todo ellos. Las señoritas, cuando se levantan, lo primero que hacen es ordeñar las vacas; luego van al colegio, al pueblo, que está lejos, y los señores se hacen el pan ellos mismos. Ahora estamos segando las cañas, siega que te siega; son tantas, que las veo incluso en sueños. Querida mujer y queridos padres: Emplead el dinero como mejor creáis. Si queréis volver a comprar la casa y el campo, querida mujer, haz lo que te parezca, como los viejos te digan». Los viejos quieren volver a comprar la casa. Han enviado a Australia a mi Alessandro, precisamente para esto, para hacer dinero. Y la vieja, pues, me ha dicho hoy: «Ghiana: ve a llevar a tu señor las cosas y pregunta por la casa». Porque tiene que saber que, además, compraríamos aquí un poco de tierra y plantaríamos una viña.

El hombre, aunque fastidiado por todo este parloteo, preguntó, con acento brusco, que no excluía la posibilidad de tratar:

—¿Cuánto ha enviado?

Entonces, la mujer volvió a bajar la cara, asustada y dolorida.

—Todavía es poco... —dijo, con voz insegura. Y luego añadió, bajo, como si hablara consigo misma—: ¿La volvería a vender? La última vez decía que no.

Y él se puso a gritar, como si le reprochaba el peligro que le amenazaba.

—¿No has visto que están midiendo el terreno de aquí al lado? ¡Así, es verdad que lo han vendido! ¡Es verdad que edifican! Y si tus padres quieren volver a comprar es precisamente por esto, porque ahora, para vosotros, la casa vuelve a tener valor. ¡Ya sabéis lo que os hacéis! Sois muy listos todos vosotros: los viejos y tú, Ghiana.

Ghiana se inclinaba cada vez más hacia delante, contando, sin verlos, los huevos, y admitió, tímidamente:

—Sí; los viejos quieren comprar porque se edifica aquí al lado.

—Tú sabes que yo tengo que ir a coger agua del pozo, porque aquí solo hay agua salada. Si viene gente, se acabó. Me voy, Ghiana, me voy.

Ghiana se dio ánimos. Volvió a incorporarse, colorada, con los ojos agrandados y de distinto color, casi negros ahora. Se alisó los cabellos con ambas manos, vaciló, y, finalmente, dijo:

—Es solamente una casita para la temporada de verano lo que van a construir.

—¡Mejor! ¡Entonces habrá niños!

—¿Por qué? Es solo para el verano. Además, el que ha comprado el terreno es un señor solo, sin familia. El viejo le conoce. Es un señor que tiene muchas otras casas en el pueblo, y aquí tal vez ni siquiera vendrá.

—Sí: ¡construye la casa para tirar el dinero!

—Sí, sí —afirmó ella, ingenuamente—. Es tan rico, que no sabe qué hacer del dinero.

—En fin —dijo él, tranquilizado por la idea de que una familia rica no podía ir a vivir en aquel desierto durante todo el año, pero encontrando un placer maligno en contradecir a la mujer—, si vienen a vivir aquí, yo me voy. Esto les dirás a tus suegros. Luego, sería conveniente que vinieran a hablar conmigo.

La mujer se agachó de nuevo, resignada, y levantó y pesó con las manos la gallina. Pero él le gritó:

—¿Por qué la has traído? ¡No la quiero!

La mujer dejó al animal, y la gallina, asustada, desplegó un ala, sin fuerzas para

replegarla de nuevo, y se abandonó pesadamente en el fondo de la canasta. La campesina se sentía dominada por la misma resignación ante la voluntad del hombre.

—Entonces, le dejo solamente la leche y los huevos —murmuró, levantándose y dejando las cosas en la mesa—. La vieja esperaba que se quedaría también con la gallina. Traigo, además, pan, todavía está caliente; pero el pan se lo regalo yo., Lo demás son tres francos.

Él sacó el dinero, y mientras con una mano se lo daba, con la otra le apretaba el brazo, empujándola hacia la pequeña habitación. Ella dejó de nuevo la canasta y le siguió, silenciosa, embolsando el dinero con un leve temblor de la mano.

La pequeña habitación recibía luz de un ventanuco alto, entrecruzado de ramitas verdes. Bajo aquella luz, de un glauco crepuscular, la mujer, sentada en la cama, con su actitud cansada, parecía más pálida, pero más joven, de una belleza triste de esclava. En su pecho dorado, un poco al descubierto, se veía una vena, verde como las ramitas del ventanuco.

Lentamente se tapó, se alisó los cabellos. Luego levantó la cara y suspiró. Tenía que irse. Los viejos la esperaban con impaciencia hostil cada vez que se ausentaba; pero no le hacían ningún reproche cuando regresaba, ya que tenían necesidad de ella.

Y ahora ella pensaba que Cristiano, sin duda, compraría la gallina; ahora que ella le había contentado una vez más. Sin embargo, no se hubiera atrevido a insistir: le conocía. Era un hombre que hacía todas las cosas a su manera, sin dejarse conmover nunca por las palabras de los demás.

Él se había levantado y se alejaba de ella casi con desdén; pero al verla de esta forma, resignada y triste, se acercó de nuevo y se sentó a su lado. También su rostro, a la luz verdosa del ventanuco, estaba pálido, afilado por una tristeza que no era su acostumbrada expresión sombría. Su labio inferior, grande y saliente, se había retraído debajo del otro, que temblaba un poco.

Y la mujer esperó, una vez más, que él le abriera su alma, que le demostrara un poco de afecto y de confianza; pero cometió la equivocación de comenzar a hablar ella.

—Es tarde —dijo, mirando el ventanuco—. Tengo que irme; los viejos me esperan. Cuando tardo, él viene hasta el puente, y desde lejos le veo brillar los ojos de cólera. Algo sospechan; pero no me importa. Con tal que...

Se interrumpió al darse cuenta de que se había equivocado.

—¿Con tal qué? —preguntó él, endureciéndose de nuevo.

Ella bajó los ojos y se ruborizó como una niña.

—Con tal que usted esté contento.

Permanecieron todavía durante un rato juntos, en silencio. No; él no hablaba, no hablaría nunca. No había hablado ni siquiera durante los duros días en que estuvo enfermo, cuando la mujer, después de haberlo encontrado en la cama, solo, abandonado como un leproso, se había quedado para asistirle cristianamente; ni tampoco después, cuando, convaleciente, durante los primeros hermosos días de febrero, derrotado por la mirada llena de deseo de la mujer, la había poseído.

Ella se levantó y se arregló el delantal.

—Entonces, me voy. Volveré el lunes por la mañana.

Entró en la gran habitación y recogió la canasta con un esfuerzo un poco exagerado, sacudiéndola para que la gallina cloqueara. La gallina, en efecto, movió las alas, y ella refunfuñó algo contra su suegra.

El hombre comprendió.

—Déjala. Pero máatala enseguida, fuera.

Ella salió apresurada, cogió la gallina por las alas y le retorció el cuello, como si fuera un tapón que no quisiera salir; luego la colgó, por las patas, en un clavo de la pared. Y la cresta roja pareció un cuajo de sangre que saliera de la cabeza que el dolor de la muerte agitaba.

Luego ella se fue, con la mano en el saquito donde llevaba el dinero. Andaba de prisa, con las caderas balanceantes, y no parecía ya estar cansada.

Al quedarse solo, el hombre se preparó la comida. En la chimenea tenía siempre fuego cubierto, y, al lado, ramitas secas, que se encendían con solo ponerlas sobre las brasas.

Y percibió la mesa, la de mármol, que estaba entre la chimenea y la ventana.

Iba y venía despacio, del armario a la mesa, de la mesa a la chimenea, preparándolo todo con cuidado, como si se tratara de una comida para invitados.

Por último, decidió ir a coger agua. Su cara se ensombreció de nuevo, como si un dolor momentáneamente olvidado se apoderase otra vez de él, con fuerza.

Legalmente tenía derecho a sacar agua del pozo del terreno contiguo; pero, para hacerlo, tenía que salir de casa.

Salió, pues, con un cántaro y un cubo, ambos de cobre, ligeros y sonoros como campanas. Se esforzaba por estar tranquilo; pero la sola idea de poder encontrar a los dos obreros le daba una sensación casi de miedo.

Pasado el seto, respiró: el lugar estaba desierto.

El resplandor del horizonte, de un rosa metálico, parecido al de un incendio moribundo, enrojecía los pinos, el prado, la hornacina de ladrillos que cubría el pozo. El silencio, tan intenso que se oían vibrar los hilos telegráficos del camino provincial, acabó por tranquilizar al hombre. Sacó agua con el cubo, que produjo un ruido estridente, como si rompiera cristal dentro del pozo, y luego de haber llenado el cántaro, se fue hacia el punto justo donde había visto a los hombres medir el terreno.

Distinguió la huella de sus pasos, y mientras con el pie intentaba instintivamente enderezar la hierba pisoteada, contemplaba su seto, para asegurarse de que era impenetrable.

Era impenetrable, sí. Contra el cielo carmesí del crepúsculo, parecía la negra muralla de una ciudadela fortificada, con finas agujas, torres y almenas.

Sin embargo, volvió descontento al pozo, y recogió el cántaro y el cubo pensando que un seto siempre es un seto, protección irrisoria, sobre todo cuando hay mujeres y niños, contra cuya curiosidad no es posible defenderse, ni siquiera con murallas verdaderas.

A pesar de todo, se obstinó en tener confianza; hasta que una mañana oyó un tintineo de cascabeles y el grito de los carreteros que traían el material para la construcción.

¡Todo había terminado! Asustadas por aquel grito brutal, callaban incluso las voces de los brezales. Solo contestaba un eco quejumbroso, que venía del mar.

Y él evitó ir a buscar agua hasta que todo estuvo de nuevo en silencio. Por la noche, se despertó con una sensación de angustia, después de haber soñado que los carreteros atravesaban su jardín. Luego se tranquilizó: nadie iba a molestarle, y, si cerraba las ventanas, los gritos y las canciones de los obreros llegaban como si estuvieran muy lejos.

Cuando se veía obligado a pasar por delante del prado, evitaba mirar hacia donde construían; pero veía que todo estaba pisoteado, que el seto estaba derribado por el paso de

los carros y que en el sendero aparecían profundas roderas, y experimentaba una irritación sorda, como si estropearan una propiedad suya. Entonces, repetía las blasfemias que oía gritar a los carreteros y a los albañiles.

Tampoco por la noche la soledad era ya completa. Los obreros habían construido una barraca bajo los árboles, y la mayor parte de ellos pernoctaba allí. A veces, un sonido de acordeón llenaba de llanto estridente la dulzura del atardecer.

Solo el sábado, al caer la tarde, se fueron todos.

Cristiano salió entonces con su cántaro y su cubo, y, después de haberlos dejado al borde del pozo, fue cautelosamente a ver la construcción. El terreno aparecía lleno de montones de ladrillos y de tablones; en una tina, la cal hervía todavía, con una blancura tan brillante por el reflejo del crepúsculo, que hacía daño a los ojos. Los cimientos estaban ya cubiertos por el muro, y este parecía apuntar de la tierra como una ruina apenas aflorada por una excavación.

Se sentó en el montón de tablones y miró pensativo y curioso como un niño, calculando en cuántas habitaciones podía estar dividida la casa, cuál sería el pasillo, cuál la cocina y cuál el comedor.

El lugar era bello, sin duda. Desde las ventanas de la casa se veían el mar y el sendero, que hacía un recodo y se unía con la carretera, y también esta, que se extendía como una cuerda hasta el horizonte. A lo lejos, entre el verde de los brezales, se veía algo rojo y blanco, con brillantes planchas de oro: era el pueblo, con las ventanas que reflejaban la luz del crepúsculo.

Desde su casa, el hombre solo veía los árboles de su jardín. Sentado allí, en los tablones de la casa, bajo los pinos altos y murmurantes, rodeados de azul, con aquel amplio paisaje delante, presentía que los futuros habitantes de la casita eran gente sociable, que la vida de los demás hombres transcurría distinta de la suya.

También él, en tiempos... Pero no; no quería lamentarse de nada. Se levantó y dio un respingo. Le había parecido ver como a una especie de jabalí escondido entre las piedras.

Era un obrero viejo, que se había quedado para guardar el material. Estaba dentro de la barraca, encendiendo fuego, y de cuando en cuando levantaba la cabeza, mirando con sus dos pequeños ojos porcinos.

Cristiano se alejó enseguida, avergonzado de que le hubieran visto curioseando, y fue a llenar su cántaro. Pero se dio cuenta de que el viejo había salido y le seguía con mirada desconfiada.

Entonces decidió no acercarse nunca más a la construcción. Solo cuando iba a buscar agua veía a los obreros, que se movían entre los árboles, y también las paredes, que crecían de día en día. Se distinguían ya las ventanas y la puerta de entrada, que daba precisamente al sendero del pozo. Después, levantaron el andamiaje con las escalerillas. Los albañiles se encaramaban por los palos como monos, con los cubos llenos de cal al hombro. Y los gritos y las blasfemias se redoblaron.

Un día, Ghiana llegó con una canasta llena de huevos, diciendo que quería vendérselos a los obreros.

—La vieja me lo ha aconsejado.

Pero Cristiano experimentó un ataque de celos que no consiguió esconder.

—Tú no darás un paso por el sendero, Ghiana. De lo contrario, no te compraré ya nada.

Los ojos felinos de la mujer le miraron con agradecimiento, aunque había algo de pérfido en su brillo.

Él compró todos los huevos que pudo; no pudo quedárselos todos porque se hubieran

estropeado, ya que empezaba a hacer calor, aunque solo estuvieran a finales de abril. Ghiana repetía, contándolos sobre la mesa:

—La vieja quería que los vendiera todos.

Entonces el hombre gritó:

—¿Eres acaso la esclava de esa sinvergüenza?

Y su voz resonó en el silencio de forma tan desacostumbrada, que las cosas de alrededor tuvieron como un eco de sorpresa, y el gato se arqueó y luego se estiró con un bostezo de satisfacción.

Ghiana, en cambio, asumió de nuevo su aire socarrón y resignado. Recogió los huevos, saludó en silencio y se fue.

El hombre comenzó a irritarse consigo mismo por haberse rebajado a insultar a una vieja, y además ausente; pero aquella sensación airada de celos no le abandonó. Fue a espiar a través del seto y vio a Ghiana que pasaba tiesa por el sendero, mirando hacia delante. El viejo obrero de ojos porcinos salió de la barraca y corrió detrás de la campesina, gritándole que se parara; era todavía ágil, y la alcanzó. Ella hacía gestos negativos; pero luego dejó que le comprara todos los huevos, y, además, sonreía por algo que el obrero le decía señalando la casita del seto. Finalmente se alejó, balanceando las caderas con el aire alegre y leve de cuando conseguía vender bien su mercancía.

Cristiano se sintió presa de un verdadero furor. Le parecía que Ghiana era una criada suya que le había desobedecido. Luego se avergonzó, se intranquilizó por esta agitación y decidió no abrir más la puerta a la mujer.

Ella volvió igualmente y vendió su mercancía a los obreros.

Hacia fines de junio estaba terminado el hotelito bajo los pinos. Blanco, pequeño, de un solo piso, con solo dos ventanas a cada lado, con tejado por un lado y terrado por el otro, parecía, entre los grandes árboles, una de aquellas casitas de papel que se recortan para divertir a los niños.

Volvieron a poner el seto alrededor del terreno, tal como estaba, con un paso que permitía entrar libremente para sacar el agua del pozo.

Los obreros desaparecieron y la cabaña fue derribada. Solo, durante algunos días, se oyó salir de las ventanas abiertas un canto de tenor, que resonaba en las habitaciones vacías: era el pintor que decoraba los techos. Luego, también este canto cesó.

Alrededor de la casita, de un blanco deslumbrante al sol de verano, quedaron solo las señales de la cal, restos de tablones y botes vacíos. Hasta el pozo llegaba el olor del barniz.

Pero nadie iba a vivir en ella. Las cigarras cantaban ya. Cristiano había ido a bañarse al mar; es decir, era verano, y nadie llegaba.

A veces, Cristiano daba la vuelta al hotelito e iba a sentarse en el escalón de la puerta posterior, que era la de la cocina. Un pequeño cobertizo la protegía, y la sombra, allí detrás, era densa y fresca. La hierba crecía debajo de los pinos rodeados de azul, y las cigarras, los saltamontes, las mariposas anaranjadas del verano animaban aquel rincón pintoresco. Cristiano experimentaba un placer infantil al imaginarse que las cosas se quedarían siempre así: que él era dueño de ir a sentarse siempre que quisiera en aquel escalón y disfrutar de aquel lugar no suyo.

Pero una mañana vio avanzar por la blancura de la carretera un gran carro amarillo, que parecía una casa ambulante, con mesas, sillas, colchones y cacharros de cocina. Las ventanas de la casa estaban abiertas, y, dentro, alguien golpeaba clavando clavos en las paredes.

Durante los días siguientes reinó de nuevo el silencio. Tal vez los dueños de la casa la habían amueblado para alquilarla mejor.

En efecto: una mañana llegó un coche abierto, con gente, baúles y maletas. Un velo gris revoloteaba detrás del coche, como una estela de humo.

Cristiano se retiró a su recinto y se puso a regar melancólicamente, con la poca agua salobre de su pozo, la albahaca que había delante de su puerta. Para convencerse a sí mismo de que no tenía miedo de sus vecinos, había dejado la cancela entornada; pero, de improviso, se sobresaltó. Un gran perro lobo, sin bozal, con un collar metálico, en el que estaba escrito un nombre, había entrado apresuradamente, olfateando, jadeando, y corría como si buscara una presa escondida. Tenía la cabeza pequeña y larga, los ojos castaños y brillantes, y una gran cola, de pelo gris, negro y amarillo. Todos sus movimientos eran ágiles y feroces.

Cristiano permanecía indeciso, sin saber si echarle o esperar que se fuera, cuando vio salir de la casa al gato, enfurecido, que saltó contra el perro. Un instante más y algo terrible sucedería. Entonces echó a correr también él, gritando y batiendo las manos para impedir el choque de las dos bestias. El gato, en efecto, retrocedió y volvió a entrar en la casa, con el pelo erizado, como un puerco espín. Pero fue peor, porque el perro le siguió, ladrando, con un ladrido sombrío y ronco, que durante algunos momentos llenó de alboroto el solitario lugar.

Cristiano cogió un bastón; pero no se atrevió a entrar, por miedo a que el perro le saltara encima y le mordiera. La bestia, en efecto, parecía furiosa; corría por la habitación, con la cabeza alta y moviendo la cola como si estuviera agitada por el viento. Luego, como el gato se había escondido prudentemente, se tranquilizó un tanto; salió de nuevo al jardín, se detuvo en el camino, ladrando amenazadoramente al hombre del bastón, y, finalmente, se fue.

Cristiano corrió a cerrar la cancela. Un temblor de rabia le agitaba la mano.

—Parecía como si fuera el dueño —dijo, en voz alta—. Vuelve, y ya veremos...

Estaba decidido a matarlo si volvía. Luego pensó en ir a ver a sus vecinos para darles a conocer sus propósitos y para pedirles que ataran al perro; pero esperó a calmarse, para no presentarse también él como se había presentado la bestia, con un aspecto feroz.

Durante el día no oyó otro ruido ni vio a nadie más. Al atardecer salió a explorar. Vio la puerta y las ventanas de la casita herméticamente cerradas, y le pareció que todavía estaba solo. Fue, pues, a coger el cántaro y el cubo, y volvió al pozo.

Era un atardecer caluroso, rojizo, con el horizonte de un luminoso color anaranjado, y por Oriente, sobre los brezales, con una luna amarilla, que subía por entre vapores rojos y azules. Las cosas de alrededor, los árboles inmóviles, la casita, el pozo, la hierba del prado, bajo el reflejo de aquella luminosidad irisada, parecían de metal.

Cristiano se inclinó para echar el cubo al pozo; pero antes que hubiera podido llenarlo se irguió, con un estremecimiento que le recorrió la espalda. Le parecía que del pozo salía la voz de un monstruo.

Era el perro. Venía de detrás de la casa, ladrando, con los ojos que parecían de oro, y se hubiera echado encima de Cristiano, si una mujer vestida de blanco, los pies calzados con sandalias, no hubiese acudido, leve como un fantasma, a agarrarle del collar.

—*¡Fido! ¡Fido!* —le llamó, con acento de súplica y de reproche, mientras se agachaba para acariciarle la salvaje cabeza, para aplacarle y convencerle de que no siguiera adelantando. El perro, en efecto, no intentó escaparse, aunque siguió ladrando.

Cristiano veía el grupo sobre el fondo luminoso del prado, en una aureola de luz. A través del vestido transparente distinguía las piernas larga, y delgadas de la mujer, y mientras se sentía intimidado por la mirada, entre curiosa y asustada, de los ojos de ella, grandes y oscuros en su rostro blanco, y se avergonzaba de que le viera con el cubo en la mano, como si fuera un pobre diablo, le subían a los labios palabras injuriosas.

Finalmente dijo, frenando su cólera:

—¡Hay que atarle!

La mujer se irguió, sin abandonar al perro, y se acercó unos pasos.

—Lo ataremos. Pero no muerde: lo hace solo por asustar a la gente. A menos que comprenda que son ladrones.

Su voz, armoniosa y conmovida, hubiera enternecido hasta a los ladrones.

—Esta mañana ha entrado en mi casa y me lo ha destrozado todo.

Y se alegró al ver que la mujer adoptaba un aire desolado.

—Haré que lo aten enseguida. Si le ha causado daños... dígame... si desea...

—¿Qué? ¿Qué? —le interrumpió él, encogiéndose de hombros, irritándose mucho más al darse cuenta de que había exagerado hasta la mentira.

Pero la mujer quería aplacarle también a él.

—¿Es usted quien vive aquí al lado?

Él movió la cabeza afirmativamente, mirándose los pies, el cubo y el cántaro, con una sensación de orgullosa humillación. Ya no se atrevía a mirar a la mujer; pero la sentía acercarse, como una sombra, aun siendo tan luminosa, como un peligro.

Estaba ya delante de él. Era tan alta como él. Con sus pies rosados, calzados con sandalias amarillas; con sus formas esbeltas, apenas veladas por el vestido blanco, que, a pesar de ser tan transparente, tenía surcos de sombra, como si fuera de mármol.

Cobró valor y levantó el cubo, lo dejó, volvió a cogerlo, intentó volver en sí. Pero sentía ya que no era él, y tenía la impresión de que la mujer le miraba desde arriba, que el arco de sus cejas, intensamente negras sobre sus ojos castaños, la pura línea de la nariz, la barbilla y los labios salientes eran los de una estatua. Y, sin embargo, ella hablaba con una simplicidad infantil, sin darse cuenta de la turbación que despertaba, preocupada solamente por el perro, que, por otra parte, estaba también humillado junto a ella, con la cola entre las patas.

—El dueño del hotelito nos habló de usted. Hacía tiempo que buscábamos un sitio solitario, cerca del mar, y, finalmente, hemos encontrado este. Pero la construcción es demasiado reciente, y tengo miedo de que la humedad nos haga daño. ¿Usted fue a vivir a su casa enseguida?

Él continuaba mirando obstinadamente al suelo.

—¿Yo? Yo la he comprado así. Es una casucha de campesinos. ¿Vive usted sola? —preguntó luego, con un tono de voz que hubiera asustado a otra mujer.

—No. Vivo con mi marido, enfermo, y con la servidumbre.

Él se consoló pensando que, no había niños. Pero enseguida se le ocurrió que el enfermo pudiera ser, que era, sin duda, un tísico. La mujer adivinó este temor, y le tranquilizó.

—En realidad, mi marido no está enfermo: está convaleciente de una enfermedad nerviosa, y se encuentra muy débil. Necesita mucha tranquilidad... y hemos venido aquí... donde la tranquilidad me parece incluso demasiada —añadió, algo inquieta. Y pareció que, de repente, se acordara de que el marido la esperaba, allá, dentro de la casita cerrada. Volvió a coger el collar del perro, disponiéndose a regresar. Y concluyó, presurosa—: Pero mi marido no sale todavía. Es ya un poco viejo. Perdóneme por el perro, haré que le aten;

pero no tenga miedo. Ahora ya es amigo de usted. Ya sabes, *Fido*: el señor es amigo nuestro.

El perro meneó la cola y gañó levemente, en señal de asentimiento. Sin querer, Cristiano se inclinó un poco y acarició la cabeza del perro, y sobre el collar brillante leyó un nombre: «Sarina».

—Es nuestro nombre —dijo ella, cada vez más preocupada.

Y esperó que él dijera el suyo; pero como callaba, le saludó con un movimiento de cabeza y se alejó por el prado, blanca y luminosa como la imagen del crepúsculo.

Entonces, él recogió su cántaro y su cubo, y al cabo de unos pasos se dio cuenta de que estaban vacíos.

En cuanto entró en su casa, se quitó el sombrero, porque sudaba como si hubiera corrido bajo el sol. Se quedó contemplando su viejo sombrero de fieltro, verdoso en tiempos, y ahora gris, endurecido y descolorido por el aire del mar.

Durante el camino ya se había contemplado el traje, de un ligero paño marrón y bastante nuevo, y los zapatos, del color de la arena, estropeados y casi rotos, que parecían zapatos de vagabundo, descoloridos por los caminos, pero que podían pasar por zapatos de veraneante.

Luego se dio cuenta de su íntimo pensamiento y, enojado, se puso nuevamente el sombrero. ¿Qué importaba su vestido? Desde hacía mucho tiempo no se preocupaba de él más de lo que un animal se preocupa por su pelo. Pero recordó que el instinto amoroso por la hembra lleva, incluso al animal, a ponerse guapo, a cambiar de pelo, y decidió ir, desde entonces, a sacar el agua del pozo solo por la noche, porque no quería volver a charlar con su vecina.

Sin embargo, su imagen permaneció obstinadamente delante de él, con sus dulces pies desnudos, sus pequeñas rodillas, apenas cubiertas por la funda del vestido, y las manos dolientes de la mujer que esconde en su casa un dolor y una fatiga.

Al caer la noche le pareció oír el ladrido del perro y el quejido del enfermo a través del susurro de los árboles y del murmullo del mar...

Después de cenar, encendió la lámpara grande, como en las veladas de invierno, y abrió un libro sobre el tapete brillante, sobre la inscripción «New York City». El gato se puso a su lado, encima de la mesa, y comenzó a mirar atentamente, con las pupilas dilatadas, la página que él leía; luego, cuando él volvía la hoja, le miraba a la cara, como si quisiera descubrir la impresión que le proporcionaba la lectura.

De repente, el ladrido del perro resonó, de verdad, allí cerca. Parecía que estuviera detrás de la puerta y que alguien golpeará en la madera de la cancela.

El gato saltó al suelo y el hombre se levantó, con su acostumbrada impaciencia. ¡Dios, la molestia comenzaba! Y la mujer había prometido atar el perro. ¿Y si fuera ella y realmente tuviese necesidad de algo?

Con ímpetu, antes de darse razón de lo que oía, abrió la puerta, y enseguida vio que todo era una ilusión de su fantasía.

El perro ladraba más allá del seto, seguramente atado a un árbol, y al fondo del caminito, la cancela se recortaba negra contra el sendero iluminado por la luna, negra y solitaria como la cancela de un cementerio.

Dos días después, cuando salía para ir al pueblo, vio a Ghiana, que parecía vagar furtivamente por los alrededores.

El primer impulso de ella, al verle, fue rehuirle; luego, anduvo a su encuentro, como si estuviera resuelta a vencer un peligro. Y cuando se halló delante de él, se detuvo, silenciosa y respetuosa, esperando que él hablara, aunque fuera mal, pero que le hablara.

Él, en cambio, experimentaba placer al volverla a ver. Desde hacía dos días no había visto a nadie, y el encuentro con su vecina le parecía que había sido una alucinación. Todo estaba cerrado en la casita; el perro no se veía ni se oía, y Cristiano tenía la impresión de estar nuevamente solo en aquel desierto, batido por el sol de agosto.

—¡Ghiana! ¿Qué haces por aquí?

—Allí —dijo ella, señalando con la cabeza la casita, sin levantar los ojos— ha ido a vivir un enfermo. Pasaba, y he pensado que tal vez me comprarían algo.

—¿Qué tienes de bueno?

Enseguida ella dejó el canasto en el suelo y levantó el paño que lo cubría: estaba lleno de muchas cosas buenas: huevos rosados, mantequilla, pollos dorados, cebollas violeta.

—Parece la canasta de la divina Providencia. ¿Puedo comprar algo también yo?

Ghiana permanecía inmóvil, dura, con su larga falda, que parecía de esmalte turquí. Dejó que él se inclinara para escoger los huevos, que le preguntara cuánto quería por los pollos, que le preguntara si el marido le había escrito; no le contestaba.

Él levantó los ojos y la vio pálida, con los ojos llenos de lágrimas, y entonces se echó a reír. Ghiana no le había visto nunca reír así; pero, en lugar de ofenderse, se tranquilizó también.

—¿Y qué, Ghiana? ¿Te ha escrito tu marido?

—Ha escrito.

—¿Ha mandado dinero?

Ella pareció dudar, porque él le hacía la pregunta con tono burlón. Luego contestó que sí, que el marido había mandado mucho dinero.

—Y la casa, ¿la habéis encontrado?

—Todavía no. Tal vez la edifiquemos, si el dueño nos da terreno.

—Ghiana, si quieres ir a ver a los de la casita, creo que harías bien en pasar por detrás y llamar por la puerta de la cocina. Por este lado está siempre cerrado. Si vuelves, pasa por mi casa. Anda.

Y ella se fue, sin preguntar nada más; pero volvió pronto. Toda presurosa, con el canasto casi vacío, y la mano dentro de la bolsa, donde llevaba un montón de dinero, dijo que allí, en la casita, se lo habían comprado todo y le habían pedido más cosas.

—Quieren leche cada día, y pollos, huevos y pan. Así podré venir con frecuencia. Además, me mandarán hacer cosas. Mi viejo no quería, pero la vieja me ha ayudado a convencerle. Así vendré con frecuencia —repitió, con un suspiro de ansia y de consuelo. Luego volvió a bajar la voz—. He visto, además, a la señorita. Es guapa la señorita —dijo, después de otro suspiro, un poco forzado, tranquilizada por el silencio del hombre—; pero no muy joven. Tendrá mi edad, pero es guapa. Parece que la cara le resplandezca.

Cristiano la dejaba decir; era ya mucho.

—También la criada es guapa. Vieja, pero fresca y fuerte, con dos brazos que parecen troncos. ¡Pero habladora! Por esto se parece a mi vieja. Me han preguntado por usted.

Al cabo de un momento de silencio, la voz del hombre sonó irritada, despectiva, y, sin embargo, alterada por una ligera turbación.

—¿Qué les importa a ellos lo que yo hago?

—Será por curiosidad. La señorita me preguntó: «Pero ¿aquel hombre vive siempre solo?».

—¿Aquel hombre?

—Aquel señor —corrigió Ghiana, por su cuenta—. «Sí, vive solo», digo. «Desde hace tres años que le conozco, vive solo, y no quiere que le moleste nadie». La señorita dice:

«¿Qué es? ¿Pintor?» «No —digo yo—. Es un señor, pero no quiere molestias. Si se le molesta, venderá la casa y se irá».

—Podías haberte callado todo esto. Y, además, ¿qué sabes tú de mí, dime? Comienza tú por no molestarme.

—Yo creía que esto le agradaría —dijo ella, intimidada, pero no sin malicia.

Y se preparó enseguida para irse. Él, primero, le pidió que le trajera agua, y cuando volvió con el agua, le preguntó si le podía hacer las faenas más toscas de la casa.

Sí, sí; ella estaba dispuesta a servirle día y noche, y le sonreía y le miraba recelosa y feliz. Y él se sentía descubierto y adivinado hasta lo más profundo del alma por la malicia de la mujer. Entonces, para molestarla, le dijo que él no podía hacérselo todo, como los boyeros de Australia, ahora que alguien podía verle y burlarse de él.

Y, sin embargo, la soledad de alrededor no se mueve. Pasan los días, y todo parece como antes de la edificación de la casita.

Sobre el jardín caluroso, donde los frutos maduran rápidamente, pesa un bochorno húmedo que recuerda los países tropicales. Solo la campesina, cansada y sudada, enflaquecida por el trabajo, el calor y una dolencia, que en vano intenta esconder, reaparece de cuando en cuando en aquella soledad.

El hombre compraba las cosas que ella traía; pero ya no le daba ninguna confianza. Solo, a veces, parecía esperar de ella noticias sobre algo. Y ella le contaba cosas de la gente de la casita.

—Debe de ser gente que esté bien. Él es médico; pero no se comprende qué enfermedad puede tener. Yo todavía no le he visto. Lo tienen siempre en las habitaciones de arriba, en la terraza, donde han puesto un toldo, grande como una vela. La señorita está siempre con él. La criada me dijo que el señor está paralítico, pero que hay esperanzas de que se pueda volver a levantar. Entonces se irán. Pero ¿cómo es posible que un paralítico pueda volverse a levantar? Mi abuelo estuvo siete años así; luego, entregó su alma a Dios. Yo pienso que ese enfermo tiene, Dios nos libre, otra enfermedad. Aquí —añadió, tocándose la frente con el índice, y se quedó un momento como apoyada en ese índice, seria, pensativa. Luego dijo—: Un día le oí gritar en las habitaciones de arriba. La criada se volvió blanca y corrió enseguida. Y la señorita cerró hasta los postigos de las ventanas. Estas cosas no se hacen para un paralítico, Dios nos libre, sino para uno que está tocado de la cabeza.

Esta suposición explicaba muchas cosas: el silencio y el misterio de la casa, el no ver nunca a la señora, y su tristeza.

Y esta tristeza pareció, de repente, que se difundía, que se desparramaba por todo alrededor, por el paisaje y el tiempo.

Casi todas las noches comenzaron a desencadenarse violentos huracanes que no refrescaban la atmósfera y dejaban los árboles tronchados. Soplaban un lebeche sombrío, y el bramido del mar tempestuoso no cesaba ni siquiera en las horas de sol.

Parecía que la serenidad apacible, que Cristiano había conocido siempre en aquel lugar, no tenía que volver más. Tal vez la Naturaleza no es tan insensible al dolor humano como se cree; tal vez su agitación es, en ocasiones, producto de su participación en este dolor.

Cristiano había reanudado sus costumbres invernales: no salía casi nunca, y por la noche leía hasta hora avanzada.

Se sentaba delante de su mesa brillante, bajo la lámpara solitaria. Fuera, los árboles crujían, y de cuando en cuando parecía que pasara un tren: era el ruido de un chubasco.

Y él se sorprendía relejendo y deleitándose con libros románticos, que habían constituido la alegría y el tormento de su adolescencia, y ahora, canciones que había oído no sabía dónde —y que había olvidado—, volvían a su memoria, como manchas que parecen borradas y asoman de nuevo por el sol o la humedad.

«¿Crees que ha sido el viento terrible de esta noche quien ha abierto tu puerta, ha hecho gritar a los árboles y ha arrancado tu viña?

»¿Crees que ha sido el chubasco el que ha invadido tu casa y te ha despertado, como un ladrón que intenta estrangularte mientras duermes?

»Era yo, que gritaba, y te golpeaba con odio e ira por tu traición.

»Y deseaba tu muerte y la mía.

»Ahora, heme aquí tronchado como las ramas de tu huerto; pero con la certidumbre en el corazón de que el odio de palabra, y no de hechos, solo procura daño a quien lo nutre, y tal vez ni siquiera a él.

»En primavera, todo volverá a florecer, y tú serás feliz sin mí.

»Pero también yo me habré ido, con los dulces vientos de abril y las abejas y las músicas del atardecer. También yo seré de nuevo feliz, no porque te haya perdonado, sino porque amaré a otra».

En tiempos pasados, él experimentaba un placer cruel escuchando el rumor del viento y de la lluvia y pensando en aquellos que tal vez en aquel momento atravesaban los brezales sin protección. Ahora sentía una sorda inquietud, recordaba las palabras de la campesina «un día oí gritar en las habitaciones de arriba. Y la mujer se volvió blanca», y le parecía que un grito resonaba en la noche. Y allí, detrás de su seto, veía a las dos mujeres que pedían socorro, dos mujeres solas contra un hombre, cuyo mal podía, de un momento a otro, volverse demoníaco, violento, como el insensato huracán.

Entonces levantaba la cabeza y escuchaba; pero luego la inclinaba todavía más sobre el libro.

El lamento estridente de los árboles aumentaba. En los momentos de pausa, se oía el ruido que hacía al caer algún fruto arrancado por el viento. Y las últimas gotas del chaparrón sobre el tejado producían un repiqueteo, como de uñas que intentaran remover las tejas.

Hasta el gato levantaba la cabeza escuchando, y de cuando en cuando saltaba hacia la pared para intentar atrapar algo, que era solamente su sombra.

Y, sin embargo, sí, parece un lamento humano lo que algunos momentos se une al gemido de los árboles. El hombre escucha de nuevo; pero ve el juego del gato y se encoge de hombros: también él va detrás de la sombra de sus sueños.

¿Y si alguien se queja de verdad? ¿Qué importa? ¿Quién ha escuchado nunca sus quejas? «¿Te acuerdas, Cristiano, de los primeros tiempos en la casucha? En el silencio de la noche, tú también gritabas así, y nadie ni nada, ni siquiera la piedad de los árboles y del viento, te contestaba».

Y, sin embargo, acabó levantándose y abriendo la ventana de su habitación. Fuera, todo era una nube densa y agitada, una lucha de sombras en la sombra. Solo, al cabo de unos

momentos, distinguió los árboles; pero le pareció que sus copas tocaban el cielo. Y detrás de ellos, una montaña negra cerraba el horizonte: el seto.

El grito no se repetía. Sin embargo, él se obstinaba en escuchar. Sacó la cabeza; las gotas de lluvia cayeron sobre su cabello y su cuello y le produjeron la sensación de dedos fríos que le acariciasen. Pensó en las manos finas y tristes de la mujer encontrada junto al pozo, y se retiró con un movimiento brusco, casi como si rehuyera de verdad una caricia misteriosa.

Al día siguiente, en efecto, supo, por Ghiana, que el enfermo de la casita estaba muy mal.

—Ha venido el médico del pueblo, con un hombre, que se quedará aquí para velar por la noche al enfermo. La criada me ha dicho que la señora ha pasado mucho miedo esta noche, porque el perro ladraba como si hubiera ladrones rondando. ¿Usted no ha oído nada?

Él se encogía de hombros; pero, en el fondo, se avergonzaba de su insensibilidad.

Un hombre se estaba muriendo, cerca de él, y hasta el perro ladraba pidiendo ayuda. Y él se encerraba en su casa, vilmente, como el caracol dentro de su cáscara.

Le preguntó a Ghiana si también ella se quedaba en casa de los vecinos.

—No, al contrario: me han hecho salir enseguida. Parece que no quieren que se vea al enfermo. Ni siquiera he visto a la señorita.

También él la echó enseguida; pero, al cabo de un rato, salió, y desde el sendero la vio en el recodo de la carretera, como si esperase a alguien. Tuvo la impresión de que le espiaba, y precisamente por esto anduvo hasta el prado. Entonces, Ghiana se alejó, con su paso largo y pendulante, con la cabeza tan baja, que se veía el collar de ámbar brillar sobre su nuca morena.

Cristiano dio la vuelta al prado, esperando que ella se alejara.

El tiempo, finalmente, se serenaba. Todo el paisaje parecía renovado, nítido, desde las colinas violetas al mar de plata. Las matas brillaban, llenas todavía de gotas irisadas, y en el prado parecía que habían caído fragmentos de sol, de tantos chorros de agua que brillaban en él.

Y por la arena del sendero se andaba como por encima de nieve, silenciosamente, respirando el olor de los claveles silvestres, que salía de debajo de los pinos.

Como atraído por aquel olor, Cristiano anduvo lentamente, y pasaba bajo la sombra luminosa de los pinos recordando aquel día que se había sentado entre las piedras de la casa. También esta vez veía dos ojos que le miraban fijamente desde dentro de una caseta de madera, junto a la puerta posterior del hotelito: era el perro.

Pero, en lugar de ladrar, la bestia salió de su cubil, adelantándose todo cuanto le permitía la cuerda, y se estiró y levantó la cabeza con un pequeño gañido de alegría.

Entonces, Cristiano se acordó de que se lo habían presentado, y le saludó con una inclinación de cabeza, como si fuera un hombre.

Luego llamó a la puerta.

Una mujer, gorda y, sin embargo, ágil, con dos manzanas rosadas por mejillas, dos estrellas negras por ojos y unos pequeños bigotes sobre la boca roja, se asomó, con un trapo en la mano.

Era la criada de que hablaba Ghiana.

Al principio, miró asombrada al hombre, sorprendida, además, de su amistad con el

perro; luego, le sonrió, como si también ella lo reconociera.

Él se quitó el sombrero con respeto, pero también con una cierta adustez: no quería sonrisas de las criadas.

—He venido para saber cómo está el enfermo. Si les hace falta algo... La señora ya me conoce...

Enseguida se arrepintió, pues le parecía haber dicho demasiado. Pero la criada no se preocupaba de estas sutilezas, y le invitaba a entrar.

—¡Pase, pase! Ahora llamo a la señora. Entre... —y retrocedía, agitando el trapo para invitar al hombre, que vacilaba en seguirla—. Perdone si le hago pasar aquí.

Antes que él se diera cuenta de dónde entraba, se encontró en una salita que parecía un acuario. El pavimento, bajo la luz verdosa que penetraba por las persianas entornadas, tenía un brillo de agua, y las sillas, de junco verde, se reflejaban en él y parecían flotar como cestillos.

«¡Cuidado con resbalar, Cristiano! Quédate quieto al lado de la puerta, y no dejes de arrepentirte de haber venido. ¿Por qué has venido? ¡Si pudieras, por lo menos, escapar, como un pez de la red!»

¡Fuera se estaba tan bien, al sol, al aire! Aquí experimentaba una sensación de frío, casi de susto. ¿Qué le importaba, después de todo, aquella gente desconocida?

Y comenzaba a irritarse en serio, cuando, finalmente, la señora apareció. Entonces se atiesó, tuvo miedo de que ella le invitara a sentarse, porque él no quería sentarse en aquellas sillas, en aquellas sillas que parecían tener que hundirse, como en el agua. No quería sentarse; no; quería marcharse y no volver más.

Pero la mujer no le invitó a sentarse. Solo le dijo, mirándole con ojos vagos y cansados:

—Muchas gracias. Mi marido está mejor. Ha sufrido una crisis esta noche, provocada más por el tiempo que por otra cosa.

Y él se dispuso enseguida a marcharse, ofendido, en el fondo, de que ella no le invitara a quedarse.

—Pasaba, camino del pueblo —dijo, para darle a entender que no había ido exprofeso a visitarla—. Si le hace falta alguna cosa... —añadió, bruscamente.

—Gracias; por hoy, nada. La mujer ha ido ya al pueblo. Hemos hecho venir a un hombre, además, no porque el enfermo esté grave, ¡sino porque estamos tan lejos, tan aislados!

—¿Y no lo había visto antes? —añadió él, buscando por dónde salir.

—Sí, ¡pero el sitio era tan bonito! —dijo ella, como para excusarse, como para amansarlo—. ¿Quiere pasar por aquí?

Lo acompañó hasta el recibidor, le abrió la puerta, y él saludó, con los ojos bajos. Luego se fue, encasquetándose el sombrero y encaminándose hacia el pueblo.

Solo al cabo de un trecho recordó que había salido de casa con la intención de regresar enseguida, hasta el punto que había dejado la cancela abierta.

Y, sin embargo, no regresó.

La carretera se desarrollaba delante de él, como una larga cinta de color de carne, entre dos bordes de matas verdes, tras uno de los cuales —el de la derecha— brillaba el mar. Y él tenía la impresión de que era una cinta lo que le arrastraba, una cinta que se enrollaba delante de él, tanto, que no se daba cuenta de que andaba.

Al llegar al recodo, miró atrás. El grupo de árboles que rodeaba la casita blanca, y esta, y la suya, de la que se veía el tejado, todavía resplandeciente de humedad, parecían un islote

rodeado por el mar verde de los brezales.

Allí abajo... Sintió que se ruborizaba, como si alguien le hubiera visto volverse, y se puso a caminar de nuevo, con paso más pesado.

Ahora se arrepentía de no haber regresado a su casa. Y se preguntaba por qué iba al pueblo, si no le hacía falta nada y nadie tenía necesidad de sus servicios. «¿Por qué, Cristiano? Así, sin motivo, por necesidad de caminar, de gastar una improvisada cantidad de vida que te ha crecido dentro. Y todo esto, ¿por qué? Porque una mujer ha ido a vivir cerca de tu casa».

Se encogió de hombros; pero no volvió atrás. Así llegó al pueblo.

La carretera, clara y blanda, siempre de la misma anchura y del mismo color, cortaba en dos el pequeño pueblo y proseguía más allá, entre la playa y una extensión de campos cultivados. Graciosos hotelitos blancos, rodeados de jardines, todos floridos de adelfas, se elevaban a la orilla del mar, mientras el pueblo estaba formado de pobres casas grises y rojizas, de un solo piso, con las puertas abiertas y en cada puerta un pequeño comercio. El perfume del pan recién salido del horno se mezclaba con el olor a algas y a pescado fresco. En los escalones de las escasas puertas cerradas estaban sentados viejos marineros, burdos, requemados, con las barretinas sesgadas, la camisa sucia, abierta sobre el pecho, que dejaba al descubierto sus pelos grises, rizados, de verdaderos lobos de mar.

Los pescadores, en cambio, aunque también viejos, trabajaban sentados en el suelo, en la plazuela, que era, simplemente, el cruce de la carretera con el camino que conducía al pequeño puerto. Arreglaban las redes, aguantándolas con el dedo gordo del pie derecho, y de cuando en cuando decían alguna broma, sin levantar la cabeza, como si hablaran con la aguja de madera con la que trabajaban, empezando las palabras aprisa y terminándolas con una cadencia lenta, que se desvanecía armoniosamente en el aire luminoso. Hasta los gritos de los niños que pululaban por las calles se perdían en el silencio, como gritos de pájaros.

Al llegar a la plazuela, Cristiano dobló en dirección al mar. Él solía hacer sus compras en las pequeñas tiendas del pueblecito. Esta vez, no sabía por qué, se dirigía a un comercio grande que se encontraba cerca del puerto. La calle estaba desierta, con el cuadro del mar azul turquesa, surcado por palos desnudos y por velas, apoyado contra el horizonte.

A través de la puerta abierta del comercio se entreveían los barriles de arenques, cubiertos con mosquiteras rojas, y los tarros de caramelos brillantes sobre el limpio mostrador; pero lo que más atraía su mirada era un cartel blanco, colgado encima de la puerta, con la leyenda escrita en grandes caracteres negros:

SE ALQUILAN Y VENDEN PISOS
Y HOTELITOS

Como él se detuvo a leer atentamente el cartel, una viejecita, que parecía de cera, con la cabeza envuelta en un pañuelo negro, surgió de la trastienda, salió por la puerta, llegó a la calle y, aunque él no le preguntó nada, comenzó a señalarle, a un lado y a otro, algunos hotelitos con las ventanas cerradas.

—Todos para alquilar o vender.

Él seguía mirando el cartel, como si leyera en él palabras misteriosas.

«¡Por eso has venido aquí, Cristiano! Porque te acordabas de este cartel y piensas ya en cambiar de casa. Percibes el peligro. Pero aquí, de todos modos, es demasiado cerca».

—Es demasiado cerca aquí, abuela.

—¿En dónde lo querría, entonces?

Él hizo un gesto vago con la mano, señalando a lo lejos, pero a una lejanía indefinida.

—Allá abajo, hacia los campos... o más allá. Pero algo pequeño, solitario. Una casita de campesinos, allá abajo... lo más lejos posible.

Y dejó a la vieja en medio de la calle, mirando a lo remoto en busca de la casa que él quería para huir de su peligro.

Peligro que pronto se hizo inminente, amenazador.

Una tarde calurosa, tranquila, de aquellas que traen el aburrimiento y obligan a la gente a salir de casa en busca de distracción, la vecina fue a visitar al vecino.

¡Si, por lo menos, hubiera tenido necesidad de algo! No; fue a verle así, sin excusa, tal vez solo por curiosidad, o bien por aburrimiento.

Era la primera mujer, después de la campesina, que penetraba en el recinto solitario, y al hacerla pasar, Cristiano adquirió la expresión del ermitaño tentado en su retiro.

Sin embargo, la mujer no tenía el aire de quererlo seducir. Simplemente sin mirar el lugar con demasiada curiosidad, fue hasta la pequeña explanada de delante de la casa, y, como había un sillón de madera, se sentó en él, con los brazos abandonados al costado. Tenía casi el aspecto fatigado de Ghiana cuando llegaba en los días de gran calor, y, por primera vez, él pudo contemplarla bien, acaso porque no tenía que levantar los ojos, y pensó qué podía ofrecerle.

—¡Es bonito esto! —dijo ella, dejando caer pesadamente las manos en el regazo—. ¡Feliz usted que está tan solo y tranquilo! Ahora comprendo cómo puede estar aquí. Es un sitio resguardado, seguro. ¡Y qué bonitas peras tiene! ¡Hasta uva! ¿Sabe que una noche vine hasta su cancela y llamé; pero, como usted no abría, no tuve valor para insistir?

Él la miraba y la escuchaba con una sensación de descanso. No; no era una mujer peligrosa. Sus cabellos, ondulados, brillantes y compactos, como la cáscara de la castaña tierna, producían una sensación de dulzura y de confianza al mirarlos.

«De todas maneras, lo mejor es estar alerta, Cristiano. Las apariencias engañan».

—He oído que llamaban, sí. Es más, he abierto; pero ya no había nadie.

Ella le miró, desde abajo, un poco maliciosa, pero con una malicia infantil.

—Pero ¿ha abierto de verdad? Le aseguro que durante las primeras noches tenía miedo. Y la criada, más que yo. No me imaginaba una soledad así, porque, en fin, la distancia al pueblo no es mucha relativamente. Cuando vinimos a verlo, con el coche del médico, este junio pasado, me pareció que tardábamos pocos minutos en llegar; en cambio, luego, nos encontramos como en medio de un desierto. ¿Usted hace mucho tiempo que vive aquí?

—Sí —cortó él, con un tono que no admitía insistencias. Luego preguntó—. Y su marido, ¿cómo está?

Ella se irguió como si alguien le hubiera tocado. La pregunta pareció devolverle la preocupación olvidada por un momento, y hasta sus ojos y sus cabellos se volvieron más opacos.

—Está mejor. Solo que por las noches duerme poco; duerme de día. Ahora, precisamente, le he dejado durmiendo. Y usted —preguntó después de unos momentos de silencio—, ¿va todos los días al pueblo?

—¡Oh, no! A veces se me pasan semanas sin ir. Pero ¿por qué le deja dormir de día?

La mujer levantó los ojos de nuevo, un poco asombrados; luego tornó a bajarlos, porque la mirada del hombre volvía a ser hostil.

Era como si los dos, al procurar penetrar el uno en la vida del otro, se pincharan.

Pero, de repente, ella tomó la resolución de descubrirse la primera.

—Mi marido tiene una fuerte neurastenia, que le ha venido no se sabe por qué; ni por exceso de trabajo o de estudio, ni de vida agitada; así, como vienen las otras enfermedades. Llevábamos una vida tranquila, holgada. Él era el médico titular en un pueblo tranquilo. También mi padre fue médico, en el mismo pueblo, antes que él; pero su vejez fue serena, sana. Se puede decir que murió bromeando. Era un hombre sencillo, jovial, entusiasta, aunque inteligente. Digo esto porque ahora parece que la inteligencia solo puede ser triste o cínica. Mi marido también es muy inteligente, serio, un poco cerrado; pero antes de la enfermedad veía las cosas claras, justas, y no se inquietaba por nada. Luego, de repente, le asaltó una melancolía sin razón; ideas fijas, insomnio, deseo de no ver a nadie. Por eso estamos aquí. A lo primero pensábamos ir a la montaña; pero no es posible estar tan aislados allí. Además, hay que pensar en el invierno.

—Es verdad —dijo Cristiano, un poco azorado—; dicen que el aire del mar no es bueno para los neurasténicos.

—Pero ¿sabe?, desde que estamos aquí, en cambio, mi marido está muy tranquilo. Solo alguna crisis, cuando el tiempo es borrascoso. De lo contrario, siempre está tranquilo. No habla; no se inquieta, lo comprende todo. Durante los primeros tiempos de la enfermedad, le llevaba a paseo conmigo. Había envejecido tanto, que parecía mi padre; y la gente que encontrábamos nos miraba con compasión. Él fue el primero en advertirlo y no quiso salir más de casa. Los médicos que le visitaron me ordenaron que le sacara, que le hiciera cambiar de ambiente. Hubiera tenido que dejarle solo, porque parece que la cura para estas enfermedades es hacer olvidar al enfermo el ambiente y las personas con las cuales ha vivido; pero ¿cómo podía dejarle? ¿Dónde le hubiera podido llevar?

—A un sanatorio.

—¡Nunca! —protestó ella con terror—. Antes verlo muerto. Y así, vine también yo. En el pueblo no tengo a nadie, y ni siquiera la casa era nuestra. ¿Cómo podía quedarme sola allí? Tenía ya miedo de quedarme con él. Miedo, sí. Donde vivimos, es como si fuera toda casa nuestra, familia nuestra. Todos saben nuestras cosas, nuestros quebraderos de cabeza, nuestras debilidades; y la opinión de quien nos conoce bien suele molestarnos, porque casi siempre es justa. Se está bajo tutela, controlado; entonces viene la necesidad de huir, de ser libres. Libres de sufrir, sobre todo, de entregarnos a nuestro dolor como a un vicio, sin ser frenados ni siquiera por la compasión ajena.

—Es verdad —dijo él, en voz baja.

—Allí no tengo familia; pero todos se comportaban como viejos parientes. Durante los primeros tiempos, no obstante, cuando ya no salíamos de casa, todos pretendían ver a mi marido, y le hablaban como si estuviera bien, pero echándole en cara su enfermedad. Algunos le consultaban todavía como médico. Y todos se asombraban de que no pudiera curarse él mismo. Todos querían darme consejos. Los granujillas, además, se plantaban delante de nuestras ventanas, esperando verle y oírle gritar. ¡Dios mío, Dios mío! El ala del terror me rozaba; me parecía que también yo me volvía loca. Tenía las ventanas cerradas, porque así lo quería él, que se daba cuenta de todo, y todavía ahora lo quiere. Las mujerucas le llamaban loco. Corrían mil rumores atroces y ridículos: que se había vuelto loco porque había hecho morir a uno por equivocación, o a causa de que yo le quería abandonar porque era viejo y le había robado el dinero que tenía escondido en la pared. Pero le aburro a usted: perdóneme. ¿Quiere enseñarme su jardín?

Se levantó de un salto, sacudió la cabeza como para ahuyentar la sombra de los recuerdos

y luego se puso a andar rápidamente por el jardín.

Fuera del camino central, no había otro paso. Se podía andar por debajo de los árboles y de las parras, por la tierra endurecida, recubierta de musgo en los puntos más sombríos.

Cristiano acompañaba a la mujer en silencio, más azarado que nunca. De cuando en cuando, se metía las manos en los bolsillos, buscando algo que no encontraba; luego se detenía debajo de algún árbol y miraba hacia arriba, sin ver nada. Ella, en cambio, reconocía uno a uno los árboles, de los que decía el nombre tocando el tronco y arrancando alguna hoja; pero los miraba con tristeza, como viejos conocidos que se encuentran por casualidad y nos recuerdan tiempos felices.

—Antes —dijo, recayendo a pesar suyo en sus recuerdos—, los árboles me interesaban mucho. Verlos brotar, florecer, dar fruto, ¿no es maravilloso? ¿Y en otoño, cuando parece que enrojecen o palidecen por una enfermedad que les consume? Delante de mi ventana había un plátano que en noviembre se volvía tan amarillo y rojo, que hasta por la noche parecía iluminado por el sol. Me daba la impresión de un enamorado, con un amor sin esperanza, que le hacía morir, pero contento.

«¡Literatura!», pensó Cristiano; pero no se atrevió a decirlo. También porque, en el fondo, la manera de hablar de aquella mujer le gustaba.

—También nosotros teníamos una vid —reanudó ella, rozando con su pálida mano la parra—. La rodeaban grandes árboles. La parra iba de un tronco a otro, con festones pesados que parecían arcos esculpidos. Sí, he sentido mucho dejarla. He pasado debajo de ella mi infancia y se puede decir que he crecido con ella. La había hecho plantar mi padre. De pequeña, pasaba días enteros encaramada en los árboles, asombrándome del sol. Ahora, la Naturaleza ya no me interesa. Cuando uno se ha replegado para mirar dentro de su alma, lo de fuera ya no interesa; todo es descolorido y simple, en comparación con lo que sucede dentro de nosotros.

Se detuvo debajo de la robinia del fondo del jardín; y se apoyó contra su tronco recto, inclinando un poco la cabeza, como si en realidad mirara algo que no estaba ni delante ni alrededor de ella. Su figura clara resaltaba sobre el fondo negro del seto, con el árbol encima como una gran sombrilla a listas verdes.

Cristiano la seguía, con las manos en los bolsillos, deteniéndose si ella se detenía, escuchándola en silencio. A veces, se reía burlonamente dentro de sí, por lo que ella decía, y a veces deseaba hablar o decirle palabras de consuelo.

Finalmente, cobró ánimos.

—Es que llega un momento... —dijo, mirando también al suelo, como si quisiera ver lo que ella veía—, un momento en que ya no nos interesan ni siquiera nuestras cosas interiores.

—¡Eso, no; eso, no! Eso solo puede suceder cuando se lleva la muerte dentro, cuando se es muy viejo.

—Cuando se sufre, se envejece pronto. Hay días que son como diez años.

—Es verdad. Pero aunque nos parezca así, no lo es en realidad. No se es viejo hasta que uno es viejo de verdad.

Él seguía mirando al suelo; pero sentía que ella le miraba y le observaba, y pensaba que si hubiera levantado los ojos habría visto a su propia alma, como en un espejo, en los ojos que le contemplaban.

—Por otra parte —dijo, encogiéndose de hombros—, todos hablamos de la misma manera, y creemos que hemos sufrido más que los otros, mientras que el dolor es igual para todos, monótono como el amor.

La mujer no protestó, pero tampoco aprobó; parecía haber vuelto a caer en sus pensamientos y que de verdad nada exterior, ni siquiera las palabras de Cristiano, le interesaría.

Volvieron hasta la casita. Tranquilizado por la indiferencia de ella, pero sobre todo por la suya propia, la invitó a entrar.

Y ella entró, sin recelo; al contrario, con una simplicidad casi ostentosa, preocupándose solo de acariciar al gato que dormitaba al borde de la mesa.

«No mira para no mortificarme», pensó Cristiano. Pero él no se mortificaba; no, no tenía vergüenza de su casa pobre. Solo le parecía que la mujer contemplaba con compasión el tapete de hule.

Ella, en cambio, le envidiaba el gato.

—¡Qué bonito es! Parece un armiño. ¡Qué gusto da tocarlo! Nosotros no podemos tener gato, porque el perro los mata a todos, no por crueldad, sino por celos. He intentado enseñarle uno apenas nacido, con los ojos todavía cerrados. Le acogió con más ferocidad que a los demás.

—Pero, siéntese, señora...

Él todavía no sabía su nombre.

—Sarina —dijo ella con dulzura; y se sentó junto a la mesa, con la mano sobre el lomo arqueado del gato, sin dejar de hablar de su perro.

Tanto que, al irse ella, lo que más inquietante le pareció a Cristiano era el peligro que corría el gato. Le tranquilizaba el pensamiento de que el can estaba atado; pero, algunas mañanas después, lo vio de nuevo, aunque no en casa esta vez, pues ahora tenía la cancela siempre cerrada.

Se había bañado en el mar y estaba tumbado en la arena, detrás de un grupo de juncos marinos.

Más allá de este juncal, que ondulaba al viento leve como un campo de trigo, se veía, negro sobre el horizonte lila, un grupo de escollos. Pequeñas olas espumeantes le asaltaban sin tregua; pero dulces blandas como manadas de conejos, introduciéndose rápidas por toda rendija, de donde huían enseguida, espantadas por algo que había allí dentro; y, al encontrarse con las olas que llegaban, intentaban hacerlas retroceder. Pero también estas proseguían su carrera hacia los escollos, repitiendo el mismo asalto y la misma fuga. Era un juego continuo, igual, armonioso en su monótono movimiento de desorden; y el hombre experimentaba placer al mirarle, hundido en la arena caliente, en la que sumergía las manos con la sensación de tocar algo vivo, como una carne tan tierna que se deshiciera entre los dedos.

Para aumentar esta sensación de serena voluptuosidad, el sol y el aire le penetraban por cada poro, proporcionándole como una embriaguez de éter; pero, de repente, el perro saltó a su alrededor y rompió aquel velo de ensueño.

Se levantó asustado; luego, enseguida, volvió a tumbarse, boca abajo, con la cara contra la arena y los ojos cerrados, como hacen los niños para esconderse. Antes hubiera querido enterrarse vivo que mostrarse así, desnudo, a la mujer que se acercaba.

Se acercaba blanca entre el oro y el azul de la playa, y él tenía la impresión de que pronto estaría delante de él, alta hasta el cielo, con su perro feroz dispuesto a destrozarlo.

El corazón le latía contra la arena, de cólera, pero también por una oscura turbación semejante al miedo. Oía la voz de la mujer que parecía incitar al perro a la carrera, a la

caza, pero cada vez más lejana. El susurro entre las matas había cesado. Entonces volvió a levantar la cabeza, con cautela; y vio que el perro nadaba, moviendo la cabeza a flor de agua. Su dueña, quieta en la orilla, le incitaba a alejarse, y luego le llamaba, hasta que el animal saltó, pesado y brillante de agua, a la arena, y ella echó a correr para animarle. Era ágil como una niña.

La esperanza de que ella se fuera exasperó en el hombre el placer de verla: «Porque, sí, Cristiano, es inútil negarlo; tú experimentas placer al verla, y el temor que tienes a que te vea no es otra cosa que miedo de causarle mala impresión».

Pero ella no se fue. Después de correr con el perro, se tumbó también en la arena, con el animal al lado; y los dos parecieron amodorrarse.

Durante algún tiempo permanecieron así, inmóviles, perdidos en la luz, en la serenidad de la playa; y poco a poco Cristiano se calmó, cernió los ojos y volvió a hundir las manos en la arena.

Poco a poco... Hasta con los ojos cerrados veía a la mujer tendida sobre su sombra negra, con el vestido deslumbrante, que parecía deshacerse en la luz.

Poco a poco... El corazón se le tranquilizaba. No intentó ya esconderse. Ella no le buscaba, no le veía, tan próxima y, sin embargo, tan lejana, quieta como la luz del sol, como la nube blanca que florecía en el límite del mar.

Poco a poco, el sopor voluptuoso, interrumpido por la llegada del perro, volvía a apoderarse de él. Le parecía que tenía que pasar toda la vida así, suspendido entre el cielo y la tierra, también él, como la luz, como la nube. El mundo estaba hecho de silencio, de dulzura, habitado solamente por él, por la mujer y por el perro.

Luego se estremeció, con un temblor cálido semejante al que sacudía los juncos. Se estremecía; y, sin embargo, el sopor se hacía más profundo. Luego... ¿Es un sueño o realmente la mujer se ha levantado y se le acerca, con el vestido recamado por la sombra de los juncos?

Se acerca, se inclina, le echa arena por la espalda... Y la arena llueve sobre él, como un agua tibia, más dulce que el calor del sol, dulce como la misma carne de la mujer.

Se despertó sobresaltado. Vio que ella se había levantado en realidad y se sacudía del vestido la arena luminosa; y cerró de nuevo los ojos con la esperanza de que el sueño se convirtiera en realidad.

Pero enseguida experimentó una sensación de terror; le entraron deseos de gritar, de darse puñetazos. No, no; no quería recaer en las tristes ilusiones que corroen inútilmente la vida.

Por fortuna, la mujer se fue, sin verlo siquiera; y él respiró al volverse a encontrar solo; más solo que nunca.

Aquel año, el otoño comenzó muy pronto. Un septiembre lluvioso, y frío seguía al agosto turbio de huracanes. La vegetación presentía ya la vejez; pero en las horas serenas parecía rebelarse a que todo estuviera terminado y se coloreaba de oro y de rojo, colores que alojo que mira y no se engaña parecen bien ficticios y exteriores. Cae una hoja que semeja estar teñida de sol y que, al caer, tiene la iridiscencia de la mariposa; pero en cuanto llega al suelo, se confunde con la sombra, ya muerta.

Ha bastado su susurro para sacudir todo el árbol, que empieza a lamentarse. De árbol en árbol, el lamento se extiende; todo el huerto está agitado, y se diría que no es el viento quien lo agita, sino una fuerza interior, una angustia mezclada con rebeldía. ¡Abajo todas

las hojas! Es inútil tenerlas cuando ya no forman parte viva de la rama; y con las hojas cae también algún fruto. La piña se abre y los piñones se desprenden y caen, como los dientes de la boca de un viejo. Las ramas más altas, con las hojas todavía verdes, luchan con una lucha ligera; unas dicen que sí; otras, que no; las primeras se baten con las segundas para despojarse lo más rápidamente posible, azotándolas con crueldad. Luego, todo vuelve a tranquilizarse, en un cansancio dulce, resignado.

Pero cuando el velo del crepúsculo lo cubre todo, el lamento recomienza y da la impresión de que en verdad la Naturaleza está enferma y no pueda soportar más su dolor en silencio.

Cristiano no era supersticioso; pero tenía ideas fijas. Ahora es esta: que la tranquilidad y la quietud de alrededor sea alterada por la presencia de los habitantes de la casita blanca. Nunca el otoño ha sido tan precoz ni agitado. Algunos atardeceres, hasta él se siente arrastrado por esa desesperación; tanto, que tiene necesidad de salir, de vagar por su huerto y de mezclar su inquietud con la de la Naturaleza. Y se sobresalta si le roza alguna hoja que cae; se detiene junto al seto y aguza el oído para escuchar los ladridos del perro; va hacia la cancela, porque le parece que hay alguien detrás, que no se atreve a llamar para que le abran...

Los demás años no era así: nada turbaba su soledad.

A veces experimentaba un sordo rencor contra sus vecinos; y, sin embargo, durante aquellos interminables atardeceres, una desusada necesidad de volver a ver gente viva le empujaba hacia la casita.

Un atardecer de viento fue a sacar agua del pozo. Una vez allí, se quedó mirando las ventanas cerradas, sin luz; y tuvo de nuevo la impresión de que la casa estaba deshabitada.

El viento era tan fuerte que le golpeaba la pierna con el cubo, y se le llevó el sombrero, que salió volando, rodó y fue, misteriosamente, a dar contra la puerta de la casa. Sí, algo misterioso parecía obligarle también a él a ir hasta aquella puerta.

El rumor, aunque leve, de sus pasos despertó los ladridos del perro. Una ventana se entreabrió, y una voz preguntó quién había. Él tuvo que contestar.

Le abrió la mujer gorda de bigotes, que cerró enseguida la puerta, saludándola familiarmente.

—¡No tiene miedo de la oscuridad y del viento! Pase, pase. La señora sale inmediatamente.

Y de nuevo se sintió como cogido en una red, en el saloncito donde los muebles de junco, la mesita lacada, las cortinas sutiles, tenían un temblor glacial.

Fuera, el viento tronaba como el mar borrascoso.

Cristiano pensaba en el fuego que había dejado encendido en su chimenea: se estaba mejor en su casa.

Pero he aquí a la señora Sarina, también ella visiblemente contenta de ver a un ser viviente en aquella soledad. Y le tiende su mano; y su mano está caliente.

Este contacto y el rojo vivo de la chaqueta que ella llevaba, le dieron una sensación de calor y de luz.

—¡Qué bueno ha sido usted en venir! Pero vamos allá; hay fuego.

Sí, también había fuego en aquella casa que desde fuera parecía muerta. Una chimenea grande en una habitación pequeña, una lámpara sobre una mesa, como en su casa; y, bajo la lámpara, un libro abierto: como en su casa.

Cristiano lo veía todo rojo; y ahora tenía excesivo calor, y miedo del fuego, de la habitación demasiado pequeña y completamente cerrada, de la chimenea en exceso grande, que incendiaba toda una pared.

—No tengo frío —dijo bruscamente, retrocediendo hacia la puerta—. Había salido a sacar agua y el viento se me ha llevado el sombrero hasta su puerta. No quiero molestarle.

—No me molesta, al contrario; es un placer. Estaba leyendo. Ahora mi marido se encuentra mejor; está tranquilo. Con el frío, siempre se pone mejor.

Le señaló una silla junto a la mesa; y le miró un poco curiosa, un poco mortificada por su exagerada timidez; y él comprendió que ella tomaba por una excusa lo del sombrero.

—Tengo que irme. Es tarde.

—¿Tal vez va al pueblo? —le preguntó ella, burlándose un poco. Entonces él se sentó, ofendido y contento, a un tiempo mismo.

No se acordaba bien de qué habían hablado, mejor dicho, discutido, aquella noche, al volver a su casa, bajo el viento, con el cántaro y el cubo, fríos, de los cuales se había acordado de repente, como si le estuvieran esperando fuera, sufriendo.

¿De qué se puede discutir en un desierto, cuando dos personas se conocen apenas?

Y, sin embargo, él tenía la cabeza confusa; y las manos y la cara tan calientes, que el viento y el frío del cántaro y del cubo le proporcionaban placer.

Hasta en un desierto, y entre dos personas que no se conocen, se puede hablar y discutir: del tiempo, de la guerra, de Dios, del bien y del mal, de cosas pasadas...

La mujer no se hacía rogar para contar sus cosas pasadas; es más: hablaba demasiado de ellas, evitando hablar del presente y del porvenir.

¡El porvenir! Él, en cambio, renovada el agua y cubierto el fuego, cuando estuvo en su cama fría, que de repente se calentó, empezó a pensar en el porvenir. ¿Qué sucederá mañana?

Se revolvió bajo las sábanas que le pesaban; y sonrió como había visto sonreír a Sarina (él ya la llamaba solo por su nombre) cuando se burlaba un poco de él. También él se mofaba de sí mismo. ¿Qué sucederá mañana? «Nada que no haya ocurrido hoy, Cristiano. Volverás a salir de tu casa en compañía de tus sueños; y regresarás en compañía del viento».

Al día siguiente fue Ghiana. Pero ella no se burlaba de él; al contrario, tenía la cara sombría, con una expresión más cansada y doliente que de costumbre, y algo frío y hostil en los ojos.

Y él experimentó un sentimiento nuevo hacia ella, como una sensación de miedo; pero también de esperanza de que ella le ayudara con sus celos, con su control, a salvarse del peligro de la otra. Incluso intentó bromear.

—¿No ha vuelto a mandar dinero tu marido, que estás tan seria?

—Mi marido estará aquí dentro de unos días. Ha escrito diciendo que salía una semana después; y la carta llegó ayer. «Querida mujer —dice—: Prepárame un jersey de lana, porque aquí me he acostumbrado al calor, y aquí hace calor hasta en invierno». El dinero lo trae él, sí —añadió tristemente, contando los huevos dentro del canasto que había dejado sobre la mesa—. Lo siento —repitió levantando los ojos para mirarle a la cara—; pero no podré venir ya. Pero ahora ya no tiene necesidad de mí. Allí hay el hombre que vigila al

enfermo y la criada puede ir al pueblo siempre que usted quiera a buscar las cosas. También lo puede hacer para usted.

—¡Yo no tengo necesidad de nadie! Tú podías haber dejado de venir hoy.

Ghiana pareció enseguida arrepentirse de haberle irritado. Lentamente separó las manos del canasto; y, vacilando, las puso sobre los hombros de Cristiano. Y le miraba, le miraba, asustada, toda temblorosa por miedo a que él la rechazara.

—Lo sé, sí, que va allí... por la noche... y conversa con la señora. El perro, ahora, le reconoce. ¡Hasta del perro es amigo!... Y antes gritaba: «¡Si vienen vecinos, quiero irme!».

—¿Y a ti qué te importa? —le gritó a él a la cara, cogiéndola por las muñecas.

Su cólera dio valor a la mujer.

—Usted es muy dueño de ir adonde quiera... pero era mejor no ir. Era mejor que no viniera. Un loco no es un buen vecino... y usted, y usted, si quiere vender la casa, el dinero lo tenemos. La vieja compra hasta los muebles, si quiere. Le dije que eran muy bonitos, con este armario y este tapete.

—Este tapete, si te gusta, te lo regalo. Llévatelo; pero hazme el favor de dejarme en paz. ¿O tienes celos, acaso?

La dejó para levantar la lámpara y doblar el tapete; pero no acabó de quitarlo, porque Ghiana se lo impedía con sus manos temblorosas.

Con la cara pálida, levantada, los ojos suplicantes y enemigos a un tiempo, también ella se puso a gritar.

—Y si estuviera celosa, ¿no tengo derecho? ¿He venido por dinero acaso?

—Pero ¿qué te pasa por la cabeza? —dijo él, exasperado.

—Nada me pasa por la cabeza; pero me molesta, sí, que vaya allí. Yo, para mí, no quiero nada. ¿Le ha pedido nunca nada yo? Me ha dado un anillo; aquí lo tiene —dijo, sacándolo de la faltriquera—, y yo lo he aceptado como señal de fe. Aquí lo tiene.

Lo dejó sobre la mesa y prosiguió:

—Si usted me hubiera dicho: «Ghiana, ven conmigo al fin del mundo para ser mi criada», yo habría ido con los ojos cerrados. Solo para ser su criada, sin pretender nada.

Él volvía a poner el tapete pensando que, después de todo, quería sacarlo porque esperaba otra visita y tenía ya el deseo de arreglar con un poco más de gusto su pobre casa.

—Ghiana —dijo con voz tranquila—: vuelve a coger ese anillo y déjame en paz. Yo sé que eres una buena chica y te estoy muy agradecido por todo. Me has cuidado; tú sola me has venido a ver cuando hasta Dios me había abandonado. Tú puedes venir aquí siempre que quieras. Yo, a veces, puedo enfadarme y hasta maltratarte; pero en el fondo te quiero. Si tú hubieras estado libre... tal vez... Pero no eres libre. Y ya sabes, lo sabes perfectamente, que si estoy aquí es porque quiero vivir tranquilo.

—Sí, lo sé —murmuró ella, en un soplo de voz que le estremeció. La miró arrugando la frente; pero no quiso ni siquiera profundizar su sospecha. No; ella no podía conocer su pasado.

—Coge ese anillo y vete. ¡Oh!, ¿qué haces ahora?

Le parecía que Ghiana lloraba; pero ella no hacía otra cosa que coger despacio el anillo, sin mirarlo, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Y no se iba.

Entonces él tuvo la sensación de algo oscuro, de algo amenazador. Su dolor era demasiado duro para ser provocado solamente por los celos. ¿Qué más pasaba, pues?

—¿Qué más hay, Ghiana?

—Hay más —dijo ella sin levantar la cabeza—. El viejo sospecha. Es él quien no quiere

que vuelva aquí. Tal vez la vieja quisiera; le basta con que venda bien las cosas; pero él no. Los hombres saben mejor las cosas que las mujeres.

—¿Y qué puede saber el viejo?

—Es que... es que... —dijo ella retrocediendo algunos pasos y doblándose, como si temiera que él, al oír sus palabras, le pegara— me parece que estoy encinta.

Entonces él también dio un paso hacia atrás, moviendo los brazos e inclinándose hacia delante, como si fuera a caerse.

De nuevo intentó aislarse, más completamente aún, si era posible. La noticia que Ghiana le había dado le exasperaba; pensaba que podía ser falsa o que la campesina, por celos o por simple astucia, le atribuyera una paternidad no suya; pero, en el fondo, la conciencia no le engañaba. No, la noticia era verdad; y él se preguntaba qué podía hacer.

Ghiana se había ido sin decirle nada más, sin volver, y todo esto le ponía más intranquilo y perplejo.

Ya volvían los disgustos de la vida, las cosas horribles y viles, las mentiras por las cuales se había alejado de la comunidad de los hombres. La vida le perseguía hasta el extremo de la tierra.

Esperó el retorno de Ghiana con una especie de miedo nervioso. Él no quería sustraerse a su responsabilidad, pero no sabía cómo, y quería que la misma mujer se lo sugiriera. Era bastante lista para pensarlo; pero lo que más le hería era darse cuenta de que una cosa tan grande, que tan apasionadamente otras veces le había interesado, ahora le irritaba, le humillaba.

Además, temía la llegada del marido de Ghiana. Solo Dios sabía qué podía suceder; hasta una tragedia. Pero pasaron tres días, pasó una semana y nadie venía; y tampoco él volvió a ir a casa de sus vecinos. El rencor contra toda la Humanidad volvía a hacer presa en él.

La falta de las cosas necesarias que Ghiana solía llevarle, aumentaba su tristeza. Tenía que ir con más frecuencia al pueblo para proveerse de todo; y un día advirtió que su vecina le espiaba desde la ventana. Entonces dio un largo rodeo para no volver a pasar por el prado.

También para buscar el agua prefería caminar, y la cogía de una fuente, lejos, antes que dejarse ver junto al pozo.

Mientras tanto, llegaba de verdad el otoño, con sus interminables días de lluvia. El jardín estaba cubierto de hojas podridas, invadido por ranas que se confundían con aquéllas. La arena parecía tabaco; el viento ululaba continuamente; y monstruos, elefantes, grandes pájaros siniestros, caballos salvajes de nubes se asomaban incesantemente al seto.

Al caer la tarde, él se encerraba en casa, encendía la lámpara y leía los periódicos viejos de una semana.; y hasta dentro de las páginas impresas solo había ruido de muertos, resplandor de sangre, noticias de odio. En el mundo reinaba el dolor.

Algo que no le ocurría desde hacía años; sentía ganas de llorar. Analizaba este deseo; pensaba que era efecto de la debilidad, porque hacía unos días comía mal, y se burlaba de sí mismo. «Hay que comer bien, Cristiano, y tener fuerte el cuerpo, del que el alma es solo una miserable criada». Pero, con todo esto, seguía el deseo de llorar. Y pensaba en Ghiana, tan humilde y comprensiva, y le parecía quererla. Tal vez porque no había vuelto.

Pero como tenía necesidad de estar siempre irritado, su irritación se dirigía contra la vecina. Hacía días y días que no le veía y ni siquiera se preocupaba de mandar a alguien para preguntar por él. Podía estar enfermo, podía morir; a nadie le importaba nada.

Le asaltó un deseo pueril de ponerse enfermo de verdad, de morir abandonado. ¿Para qué seguir así? La prueba de vivir solo había fracasado. Sentía en el fondo del alma la necesidad de compañía, de amor. Todavía estaba vivo; y la soledad es muerte.

Y volvió a esperar a Ghiana, con el propósito de ir a buscarla si no regresaba. Solo le retenía el miedo de perjudicarla, fomentando las sospechas de sus suegros.

Una tarde, a hora avanzada, le pareció que alguien le llamaba desde el otro lado del seto. El viento quebraba la voz desconocida, y parecía que desperdigase los pedazos por el aire. Y la voz repetía solo su nombre: Cristiano, pero pronunciado de una manera extraña, pronunciado por una persona que lo conocía solamente por habérselo oído decir a otros. Cristiano, Cristiano. Por tres veces le habían llamado. Era realmente su nombre.

Experimentó un vago miedo. No era supersticioso; pero aquella voz no le parecía humana.

Pensó en los suegros de la campesina, en el marido, que ya debía haber vuelto de Australia.

—¡Cristiano!

No quería tener miedo, y salió.

Era una noche de nubes amarillas, de viento tibio. Caían las últimas hojas, las más pesadas, revoloteando en el aire como murciélagos.

Cuando salió, la voz se había callado. Se acercó al seto, hacia el punto de donde le parecía que provenía; y preguntó quién era. Ninguna respuesta; pero oyó distintamente un susurro que no era causado por el viento; un susurro como de una bestia ágil que se levantaba de entre las matas y huiera rápidamente.

Enseguida resonaron los ladridos del perro y otras voces, pero lejanas. Finalmente distinguió la de Sarina que llamaba, gritando:

—Giorgio, Giorgio, ¿dónde estás?

El grito ansioso llenaba la noche de terror.

Salió corriendo del jardín; atravesó el sendero, llegó al prado. El corazón le decía ya lo que debía haber sucedido; y cuando en la penumbra amarillenta vio algunas figuras negras que corrían como fantasmas al viento, buscando algo que no encontraban, él también se puso a buscar, volviendo a acercarse a su seto.

Una de las figuras llevaba una linterna en la mano y dirigía sus rayos a diversos puntos, corriendo precisamente a lo largo del seto; pero solo iluminaba los espinos, las matas, las piedras.

—¡Señora, señora! —gritó Cristiano para advertirle de su presencia.

Entonces varios gritos se cruzaron en el aire, mientras hasta las hojas secas corrían por la hierba del prado, como atacadas por la angustia común.

La voz de Sarina decía:

—Mi marido ha salido de casa. Se ha escapado. Estamos buscándolo.

—¡El pozo! ¿Han mirado en el pozo?

—Sí; no está.

—Hace poco he oído que me llamaban.

—¿Que le llamaban? ¿Dónde?

—Detrás del seto.

—¿Dónde? ¿Dónde?

La mujer corría a su encuentro, con el vestido y los cabellos agitados por el viento, mientras la criada gritaba:

—Yo creo que ha ido hacia el mar. He visto una sombra blanca correr por el sendero...

—¿Y el perro? ¿Por qué no desatan el perro?

—No, no; podría asustarle.

Los ladridos del perro, que cubrían cualquier otro rumor, eran bastante siniestros.

—Franco, maldito sea: ¿por qué no va hacia el mar? —repetía la criada, corriendo detrás del hombre de la linterna.

Pero el hombre de la linterna, silencioso, se obstinaba en buscar a lo largo del seto, explorando cada mata; y en lugar de ir hacia el mar, se dirigía hacia el brezal.

—Sí —dijo Cristiano a la mujer, que estaba casi agarrada a él con desesperación convulsa—, he oído que me llamaban por mi nombre. Corro, pregunto quién es, pero oigo solo un susurro... unos pasos que huyen. Aquí, en la esquina del seto. También yo creo que está escondido entre las matas. Yo le aconsejaría que desatara al perro.

Fueron a desatar al perro, y ella se inclinó para acariciarle la cabeza, diciéndole algo en voz baja. El perro temblaba. Se irguió, como si quisiera abrazarla, le lamió las manos; y luego salió corriendo silenciosamente hacia el mar.

La voz de la mujer volvió a sonar, desolada, y todos corrieron, como trasgos en la noche pálida y angustiosa.

Ella contaba, fragmentariamente, cómo se había escapado el enfermo. Se lo contaba a Cristiano; pero parecía que se lo gritara a las cosas de alrededor, y el rumor del viento y de las olas, a medida que se acercaban al mar, acompañaba su voz.

—Le había dejado amodorrado. El hombre que duerme en su misma habitación se preparaba la cama. ¡Yo estaba tan segura de él! Un hombre serio, casi viejo, con mujer e hijos. ¡Me parecía tan fiel y seguro!... Pero desde hacía unos días había observado que estaba con demasiado gusto con mi criada... Yo me había metido ya en cama, cuando me pareció oír que la puerta se abría... Me quedo un momento escuchando: silencio. Luego, el perro ladra. Entonces corro a ver: y encuentro la cama de Giorgio vacía, la puerta de abajo abierta... Solo a mis gritos, el hombre sale de la cocina, adonde había ido a ver a la criada.

De cuando en cuando se interrumpía para repetir su grito angustioso:

—¡Giorgio! ¡Giorgio!

El viento se le llevaba las palabras de la boca y parecía que jugara con ellas.

Cuando llegaron al fondo del sendero, ella no vaciló en salir corriendo por el arenal, hacia el gris agitado de las olas.

—¡Ay, ay, si no lo encontramos! —gritaba—. ¡Me tiro yo también al mar!

Cristiano se apresuró a alcanzarla para impedirle ejecutar su funesto propósito, pero ella corría delante, huyendo, con una velocidad fantástica, tanta, que a él la parecía soñar, y que se volvía también loco.

Sentía que la arena cedía a sus pies, mientras el viento le asaltaba con oleadas de humedad hiriente; y tenía la impresión de que ya había entrado en el agua para seguir la figura de la mujer que nadaba en la sombra gris, delante de él.

De repente, una especie de muro les detuvo, primero a ella, luego a él: el mar.

Y el mugido de las olas parecía burlarse sombríamente de su angustia, de su vana búsqueda, cuando desde lejos llegó, con el viento, una palabra de consuelo.

—¡Señora! ¡Señora!

—Es la voz del enfermero. Debe de haberlo encontrado. También el perro ha regresado a casa —dijo ella, volviendo atrás con una carrera tan rápida, que Cristiano sintió que su vestido le rozaba como un ala.

El perro salió a su encuentro, lamió de nuevo la mano de la mujer; y luego echó a correr, precediéndoles, hacia un extraño grupo formado por el hombre de la linterna, que arrastraba

a otro, vestido de blanco, delgado y pequeño como un muchacho.

La luz de la linterna les abría camino a través de la hierba gris del prado.

En un vuelo la mujer estuvo junto a los dos hombres. Pasó el brazo de su marido debajo del suyo y le acarició la mano, tímidamente, murmurándole alguna palabra dulce, como si se dirigiera a un sonámbulo y tuviera miedo de despertarlo.

—Pero ¿por qué lo has hecho, Giorgio? ¡Qué disgusto nos has dado!

El hombre parecía realmente un sonámbulo, con su camisón, los ojos cerrados, la cara blanca y dura como el mármol. Solo los dientes le temblaban bajo los labios apretados.

Cristiano se puso al lado de la mujer, ofreciéndole silenciosamente ayuda; pero ella le rechazó con la mano, haciéndole seña de que se quedara atrás, y él se retiró, mortificado. Luego, cuando hubieron entrado en la casa, y los otros subían lentamente la escalera, él se quedó en la entrada, preguntándose qué debería hacer.

Cerró la puerta, cambió de sitio la linterna que la criada había cogido de manos del enfermero y dejado en un escalón; finalmente, cobró valor y subió también él, de puntillas, pero sin pasar del rellano.

Le parecía ser un intruso, un curioso que estuviera allí espiando las cosas de los vecinos, sin que le interesaran demasiado.

A través de las puertas abiertas, veía las habitaciones iluminadas, con las camas deshechas y las sábanas por el suelo. En la de la derecha, la más grande, las dos mujeres y el enfermero se afanaban por meter de nuevo en la cama al enfermo. Antes de huir, el infeliz había tenido tiempo de ponerse los zapatos —señal de que había estado durante mucho tiempo solo—, y la mujer ahora se los quitaba, conteniendo su indignación contra el enfermero. Pero los ojos le brillaban y una expresión de gran energía le endurecía la barbilla.

Cuando el enfermo estuvo en la cama, bien tapado, ella introdujo la mano en las sábanas, le tocó los pies y le dijo a la criada:

—Está helado. Hay que calentar agua y ponerle botellas alrededor del cuerpo.

La criada bajó enseguida, y al pasar junto a Cristiano le dijo en voz baja:

—Entre. Tengo miedo de que la señora haga cualquier tontería.

Él fue hasta la puerta; y vio en efecto a Sarina que ponía en orden la habitación y miraba enojada al enfermero que preparaba algo dentro de una taza, sobre la cómoda. Al verlo, ella pareció acordarse de él y experimentar un alivio por su presencia.

—Pero ¿por qué no entra? —le dijo—. Es más, si no le molesta, le ruego que se quede un momento. Siéntese, aquí, en la otomana. Y usted, Franco, venga abajo conmigo. Tengo que hablarle.

Cristiano obedeció, silencioso. Y enseguida vio al enfermero que se volvía, rígido, con la cara pálida y dura, con aire de querer discutir; pero la mujer estaba ya en el rellano y le hacía señas de que la siguiera, de que no hablara para no molestar al enfermo. El hombre vaciló un momento; luego, la siguió, meneando la cabeza y moviendo los ojos, con una mirada despectiva y amenazadora.

Entonces Cristiano miró a su alrededor. Después de tanta inquietud tenía ganas de reír. Una vez más pensó en los extraños juegos de la vida. No solo había sido admitido en la habitación misteriosa, sino que además le habían encargado que montara la guardia. A decir verdad, la habitación misteriosa es como tantas otras habitaciones corrientes, con las paredes cubiertas de papel a tiras blancas y plateadas, con aquella otomana transformable en cama, con la cómoda cubierta con una toalla y encima una serie de frasquitos mediados de medicinas oscuras.

Solo la ventana sin cortinas tiene algo de insólito, con dos anillas de hierro en las jambas y una cadena de lado a lado, cerrada con un candado. Cierre más sólido que la reja de tina cárcel y que, sin embargo, no ha impedido la fuga del enfermo. ¡Juegos de la vida!

Por otra parte, el fugitivo está ahora de nuevo en su cama, cubierto hasta la cabeza, y no se mueve. Parece que duerme tranquilo, olvidado ya de su aventura.

Cristiano no sabe apartar los ojos de aquel cuerpo inerte, tan delgado, que apenas si se dibuja debajo de las sábanas; y poco a poco le vence el deseo de ir a verle desde más cerca, de descubrirle la cara, de preguntarle si ha sido él quien le ha llamado desde el otro lado del seto y cómo ha sabido su nombre.

Pero la criada volvía, y no se movió.

La mujer se arrodilló delante de la cama para colocar mejor, a los pies y a los costados de su amo, las botellas de agua caliente; luego levantó un poco las sábanas para mirarle, cautelosamente, con ternura, como se contempla a un niño que duerme; finalmente le tapó bien y besó la sábana donde estaba la mano del enfermo.

Cuando se levantó tenía los ojos brillantes de lágrimas, y vacilante, turbada, fue a sentarse en la otomana, en la esquina opuesta de donde estaba sentado Cristiano.

—Le echa... —murmuró, inclinándose un poco hacia él—. Le ha llamado abajo para que no la oyeran. Es inflexible. Es así: buena, pero dura con quien falta a su deber...

Animada por el silencio de Cristiano se le acercó para proseguir sus confidencias.

—La culpa no es mía. Ella misma dice que la culpa es suya, por no haber estado atenta, y dice que, de ahora en adelante, dormirá ella aquí para velar mejor al señor.

Cristiano la miraba y callaba, veía sus grandes pies, sus piernas gordas y cortas dibujadas bajo la tela de la falda estrecha, las manos rojas apoyadas sobre su vientre redondo, y hubiera querido acercarse a ella; pero el hierro de la otomana se lo impedía.

Ella esperó en vano alguna palabra de él; luego suspiró y reanudó por su cuenta:

—Buena, pero no perdona. Ella no comete faltas, pero no quiere que los demás las hagan. Por otra parte, el señor no es la primera vez que se escapa. Siempre ha intentado huir. Durante los primeros días de la enfermedad, lo encontramos en casa del viñador, boca abajo, dentro de una tinaja, donde se había echado creyendo que era un pozo.

Cristiano parecía no experimentar ningún placer al recibir las confidencias de la criada.

—¿No le hará ningún daño aquel hombre a su señora? Me parece que oigo gritar —dijo en voz baja, para interrumpirla.

—No, no le hará nada. Es un idiota que seguramente se irá enseguida. Y ya verá cómo nos quedaremos solos otra vez, en esta *Tebaida*. La señora no querrá ningún otro hombre en casa. Y le juro que yo no tengo la culpa. Es ese idiota descarado, que venía a la cocina. ¡La soledad!... —añadió, con una breve carcajada, débil, que tembló en el silencio como un resplandor luminoso—. Mientras se está vivo se tiene necesidad de hablar. Y aquí acabaremos hablando a nuestras sombras. A mí no me importa, pero lo siento por la señora, que acabará enfermando también.

—¿Hace mucho tiempo que está a su servicio? —le preguntó él finalmente.

Y como la mujer le contestó que desde hacía cuarenta años, él se volvió bruscamente para mirarla, por lo fresca y lozana que estaba todavía. Ella sonrió halagada, contestando con prontitud a su mirada con otra llena de ofrecimiento.

—¡Sí, señor! He entrado a su servicio de niña para cuidar, o mejor, para espantar las moscas de la cuna de la hermanita pequeña del doctor. De este —añadió señalando al enfermo—, no del padre de la señora. Eran doce hijos, Dios les guarde, todos vivos. Diez hembras y dos varones. Todos pequeños; se puede decir que las diez hembras eran como

los diez dedos de la mano. Y, sin embargo, los padres no estaban contentos, no eran felices. El padre les quería todos a la mesa cuando volvía del campo (era un campesino como nosotros), y ¡ay si la mujer se quejaba! No quería oír lamentos de ninguna clase. También la mujer era una persona alegre, por otra parte. El domingo por la mañana se llevaba las diez niñas a la iglesia, todas vestidas de blanco. Parecía una procesión de niñas que hicieran la primera comunión, todas hermosas como palomas. Pero ella estaba estropeada, chupada por toda aquella prole; y murió pronto de una enfermedad, Dios nos libre, parecida a la del señor. Desvariaba como si tuviera cien años. De los dos chicos, uno ha estudiado, y es este. Durante mucho tiempo estuvo de médico titular en nuestro pueblo; pero luego le entró la manía de cambiar. Se había peleado con el hermano y los cuñados, y no quería vivir con ellos. Cuando se trató de marcharse, me dijo: «¿Quieres venir conmigo?». «Vamos», le dije yo. Y con él he estado siempre, hasta después de casado. Pero no era un hombre para casarse él: era un hombre para dejarle solo en su habitación, con sus libros, sin otros pensamientos. En cambio, para ganar dinero, le tocaba levantarse de noche, aunque fuera invierno, e ir lejos, a las alquerías, a las majadas. No, no quería a la gente; y, sin embargo, si alguno se le moría tenía muchos escrúpulos, por miedo a no haberlo sabido curar. Era ya viejo cuando se casó con la señora —prosiguió la criada, advirtiéndome que el hombre la escuchaba ahora con gusto—. La señorita vivía con su padre en una casa que el municipio da al médico titular. Vivían allí desde hacía muchos años; era casi de su propiedad y la habían amueblado con las cosas de la familia. Muerto el viejo doctor, al ir nosotros al pueblo, la señorita hubiera tenido que irse, que dejar la casa, el jardín y un campo que habían comprado al lado. Mi señor y yo fuimos a vivir, durante los primeros tiempos, en dos habitaciones alquiladas. La señorita buscaba otra casa para llevarse los muebles; pero no la encontraba. ¡Estaba tan angustiada! Cayó enferma y mi señor la curó. Me acuerdo que volvía suspirando y me decía: «Tal vez sea mejor que me case con ella. Así no la echo de casa». Así lo hizo. Hijos no han tenido, como por castigo de los muchos de su padre. Estaba contento de no tenerlos —reanudó, al cabo de un momento de silencio, durante el cual, tanto Cristiano como ella escucharon, preocupados, aunque abajo ya no se oía hablar—. Me decía que todavía soñaba a veces con que se encontraba en casa de sus padres entre la barahúnda de tantas criaturas pequeñas, de las cuales siempre había una enferma. No le gustaba el ruido, no, y ahora nadie hacía ruido en casa. Y, sin embargo, ha caído enfermo igualmente. Siempre pasa lo que Dios quiere.

Cristiano seguía mirando al enfermo y le parecía que estaba ya muerto. ¿Acaso no hablaba la criada de él como de un muerto? De improviso, ella se calló, encogiéndose en el rincón de la otomana e inclinándose hacia adelante, con la cara entre las manos, como si quisiera esconderse. La puerta se había abierto para dejar paso a la señora seguida del enfermero. El hombre tenía una expresión ceñuda y sombría; pero no dijo palabra. Se limitó a buscar sus cosas; y a medida que las encontraba, se las echaba al hombro o al brazo. A veces le caía algo al suelo, y se inclinaba a recogerlo; solo entonces resoplaba, despertando de nuevo una sensación de inquietud en Cristiano. Inquietud que no cesó cuando el hombre volvió a salir y bajó, seguido siempre y vigilado por la señora, que parecía dominarlo y hacerle actuar, como una domadora de fieras, con una calma y una firmeza bajo las cuales se transparentaba un miedo angustioso.

—Se va —murmuró la criada.

Entonces Cristiano no pudo contenerse más. Salió al rellano y se asomó por la baranda, dispuesto a defender a Sarina, si había necesidad.

Fuera, sonaba sombrío el viento.

Abajo, en la entrada, la linterna difundía una luz azulada. Durante unos momentos Cristiano tuvo la impresión de estar asomado a un pozo; y el silencio en el interior de la casa aumentaba su inquietud hasta convertirla en angustia.

El corazón comenzó a latirle, como asustado. Y, sin embargo, sentía que todo esto era exagerado, que ningún peligro grave amenazaba a la mujer ni a nadie. Pero era como si se encontrara delante de un misterio.

Finalmente, vio a Sarina que subía sola y, poco a poco, se retiró y ocupó de nuevo su sitio. Pero, no sabía por qué, ya no era el hombre de antes.

—Se quiere ir enseguida —dijo ella en voz baja, después de haber mirado al enfermo, que seguía inmóvil bajo las sábanas—. Naturalmente, yo le he despedido, pero no le he echado. Le he dicho que podía quedarse aquí hasta mañana; pero quiere irse inmediatamente. ¡Mejor!

Se sentó en la otomana, entre Cristiano y la criada, y como esta hiciera ademán de levantarse, se lo impidió; es más, pareció aferrarse a ella en busca de apoyo.

—No, no, no te muevas...

Cristiano pensó que debía encontrarse muy sola y débil si obraba así. Y su tristeza aumentaba.

Permanecieron unos momentos en silencio, escuchando. La puerta estaba abierta. Ahora se oía distintamente caminar al hombre por las habitaciones de abajo y por la entrada. Finalmente abrió la puerta y sacó algo.

—Podría decirle que durmiera en mi casa —murmuró Cristiano.

—No, no, por favor, no se mueva —suplicó Sarina; y alargó el brazo para impedir que se levantara.

Él la veía vibrar ahora, con una agitación intensificada por el silencio que ella se imponía, y sentía deseos de coger aquella mano que temblaba delante de él como una hoja blanca.

Aquel temblor le hacía daño; se le reflejaba dentro del corazón. Su corazón se enternecía también; tenía casi miedo. Pero no ya miedo de un misterio; o de un misterio, sí, pero muy claro.

De repente, Sarina dejó caer pesadamente la mano sobre su regazo y suspiró con alivio.

El hombre de abajo se había ido, cerrando con fuerza la puerta. Entonces, Cristiano vio una cosa extraña.

El enfermo sacaba la cabeza de entre las sábanas. Una cabeza que parecía de yeso, con los cabellos blancos rapados y el perfil anguloso del campesino. Durante unos momentos permaneció tranquilo, con los ojos cerrados; pero, de improviso, los abrió, grandes, azules, empañados, sin expresión, como si fueran ojos extinguidos. Luego sacó un pie, un pie, pequeño, blanco, delgado, como una mano, pero enérgico, preparado para la fuga. Y todo su cuerpo se arqueó. Intentaba levantarse: parecía que hubiese esperado pacientemente aquel momento para moverse, para intentar huir otra vez. Ahora que el enfermero ya no podía detenerle.

De un salto, las mujeres estuvieron encima de él; le obligaron a sentarse, le taparon con las sábanas. Él obedeció, dócil; pero Sarina no se fiaba, y, mientras la criada iba abajo a llenar de nuevo de agua caliente las botellas, ella se sentó junto a la cama, apoyándose

contra el enfermo y hablándole con palabras infantiles, como se hace con los niños para que se porten bien.

Él parecía haberse tranquilizado, quieto, con los ojos cerrados; pero, desde su sitio, Cristiano vio una cosa que le impresionó más que todas las cosas que había visto aquella noche: el enfermo intentaba morder la mano que le acariciaba. Y parecía querer hacerlo a escondidas, de manera que los otros no se dieran cuenta, y era una especie de rebelión muda, impotente: un roer el prisionero las rejas de su cárcel.

Entonces, Cristiano se dio cuenta de otra cosa, más grave todavía: que sufría. El dolor, la inquietud, el miedo, todos los sentimientos que hasta aquel momento había experimentado, sí; pero como si flotaran, ahora se hundían en el fondo de su alma. Y sufría, como si el dolor y el desorden que le rodeaban, de repente, se hubieran vuelto suyos.

Y poco a poco sintió que su vida se llenaba de aquel dolor, de aquel desorden, como si el viento de aquella noche hubiese entrado en su casa, dejada abierta, y lo hubiera alterado todo, y él no consiguiera implantar el orden de antes.

Comenzó, en realidad, a descuidar su casa y sus asuntos. Por la mañana se quedaba en cama hasta tarde; escondía la cabeza bajo la almohada para no ver el hilo de luz que entraba por el ventanuco, y así intentaba olvidar que fuera hacía frío, que si se levantaba tenía que salir e ir a casa de sus vecinos a saber cómo estaban.

No; no quería pensar más en ellos, pensar más en ella; y ella, en cambio, estaba a su lado, estaba dentro de su cama, estaba dentro de él...

Entonces saltaba del lecho, andaba por la casa semidesnudo y tomaba un baño frío para desentumecerse. Acababa vistiéndose, saliendo a preguntar cómo estaban sus vecinos. El temor de que el enfermo se escapara otra vez le inquietaba continuamente. El enfermo, en cambio, había caído en una profunda depresión, y no podía siquiera levantarse de la cama.

De todas maneras, para que Sarina no se quedara sola en casa, él se encargó de ir al pueblo para comprar la comida y para avisar al médico del agravamiento del enfermo.

He aquí que vuelve con su carga de paquetes y una bolsa con una botella de leche. Vuelve, como un criado solícito, por la carretera tantas veces recorrida con más calma, pero también con más pesadez.

En el fondo, no se olvidaba nunca: se veía siempre, como si el suelo fuera un espejo, y su sombra, su imagen. Y, a veces, le parecía que era grotesco y ridículo, y otras, que esta vida reanudada le había adelgazado, y embellecido este amor al prójimo. Se había olvidado incluso de su inquietud por Ghiana, y ya no deseaba su regreso. Ahora, la criada de los vecinos era quien le hacía las faenas, o, mejor dicho, se las hacían mutuamente.

En efecto, mientras él vuelve del pueblo con las provisiones, ella saca, vigorosamente, agua del pozo, también para su cántaro.

Y le acoge con una sonrisa juvenil, enseñándole desde lejos sus hermosos dientes, intactos, bajo su labio rojo, coronado de pelos, procurando que no le vea la señora, que está detrás de la ventana, en la habitación del enfermo.

El hombre se turba, baja los ojos, no por la sonrisa de la criada, sino porque cree que la señora, desde detrás de la ventana, está espionando su retorno.

Ella, en efecto, salió a su encuentro y le rogó que subiera.

—Mire —dijo, destapando al enfermo, que, según su costumbre, estaba escondido bajo las sábanas—. De repente se ha puesto así.

El enfermo parecía otro, todo hinchado, con la cara enrojecida y como si, de improviso,

le hubiera engordado cómicamente. Sarina le apretó la mano con un dedo, y sobre la carne se quedó un hoyo violado. Luego apretó entre las suyas aquella mano gorda, de una gordura blanda, como llena de agua.

—¡Giorgio! ¡Giorgio!

El enfermo intentó levantar sus párpados hinchados. Aparecieron y desaparecieron los ojos azules, asustados, pero con un terror consciente y resignado. Y Cristiano recordó que había oído decir que los locos, cuando están a punto de morir, se vuelven cuerdos.

Sin embargo, se desengañó inmediatamente. El enfermo intentaba todavía morder la mano que le rozaba la cara, y de su boca salían palabras incomprensibles, con un mugido cansado de protesta y de amenaza. Parecía que pidiera que le dejaran morir solo, en paz, a oscuras, y que le fastidiara que la mujer se inclinara sobre él, que le mirara de aquel modo, con susto, y, sobre todo, que le llamara de aquella forma, como desde el fondo de un abismo.

—¡Giorgio! ¡Giorgio!

Tal vez la mujer le llamaba así en los días felices, para despertarle del sueño y llevarle del reposo a la fatiga, o en los días de dolor y de discrepancia, para sacarle de la sombra que ya les separaba.

Finalmente, él consiguió volverse a tapar, escondiéndose de nuevo.

Entonces, ella se incorporó, con los ojos brillantes de desesperación, y vio allí, a su lado, a Cristiano. Le miró un instante, como procurando reconocerle, acordándose de quién era.

Era un hombre vivo. Y ella hacía mucho tiempo que vivía con un muerto.

Le tendió la mano, como si le pidiera que la sacara de aquel círculo de muerte, y él vaciló. Pareció que tenía miedo de que le arrastrara también hacia aquella sombra. Luego, cogió la mano y la oprimió levemente, con aparente recelo. Pero, en lo más hondo de su alma, temblaba todo de alegría, porque la mano de la mujer le sacaba a él de su círculo de muerte.

Fueron los días durante los cuales la flor de la humanidad pareció abrirse en él, como la última rosa en un rosal ya muerto.

Recelaba, recelaba de la mujer, y, sobre todo, de sí mismo. Y cada día se hacía el propósito de no dejarse tentar; pero sentía que si tenía piedad del enfermo era por piedad hacia ella, que estaba tan sola, tan ansiosa de miedo y de esperanza —que el marido muriera o se curase—, y continuamente iba y venía de su casa a la casita blanca, de esta al pueblo, para comprar medicinas y víveres, para llamar al médico, para ayudar a la criada en las faenas más humildes...

Y la criada, por lo menos, le recompensaba con sonrisas prometedoras; pero la señora, después de aquel primer impulso de confianza, se retraía, encerrada en su pena.

Él la encontraba siempre sentada junto al moribundo, en la habitación a oscuras, contemplando su cuerpo hinchado e inmóvil, inclinándose de cuando en cuando para decirle algo; pero muy bajo, muy bajo, como si tuviera miedo de despertarle.

Parecía que también ella fuera una enferma mental.

Una mañana, Cristiano le preguntó por qué, al menos, no abría la ventana.

—Hace un sol que resucita a los muertos. ¿Me permite que abra?

—No, no —dijo ella, deteniéndole con la mano.

Y él sintió que esta era fría, flaca. Sin embargo, aquel contacto le sobresaltó, como un estremecimiento que parece iluminar el alma.

No era amor, ni deseo, sino algo más profundo: una sensación de ternura, de protección hacia aquel ser solo en lucha con el monstruo de la locura y de la muerte.

Abrió la ventana con violencia, y a la luz súbita vio que Sarina se había empequeñecido, envejecido, con los cabellos en desorden y opacos alrededor de su cara pálida.

Y como ella se había levantado e intentaba cerrar la ventana, él, a su vez, la detuvo.

—Oiga, vale más que haga una cosa: vaya un poco abajo, a estirar las piernas. Yo me quedo aquí.

Ella se asomó, haciéndole señas de que se asomara también.

—Pero ¿no comprende que puede levantarse y tirarse? —murmuró, con voz irritada.

—¡Levantarse! Si no puede moverse, si... —dijo él, sin atreverse a expresar todo su pensamiento.

Le parecía que el enfermo había adoptado ya la postura de los moribundos, boca arriba, hinchado bajo las sábanas, con la cara —que ya no intentaba esconder— parecida a una mascarilla de cera, teñida de violeta en los párpados y la nariz, y con la barba crecida en las mejillas, como un musgo grisáceo.

—Y, sin embargo, esta noche ha intentado levantarse —reanudó ella, en voz baja—. Parece amodorrado, muerto; pero en cuanto se da cuenta de que no le vigilan, intenta levantarse, huir. Y lo oye todo, lo escucha todo, lo comprende todo. ¿Se acuerda que le llamó por su nombre desde detrás del seto? Pues bien, debe de haberme oído hablar de usted con la criada, y sabía quién era usted. Estoy segura de que ahora nos escucha y nos oye. Son enfermedades en las que no es verdad que la conciencia se apague: permanece como enterrada bajo un cúmulo de escombros del organismo destruido. Pero está viva, está alerta, y ve tal vez más que nuestra conciencia de personas sanas. Lo ve y lo juzga todo, a través de sus tinieblas, como los muertos desde el otro mundo. Por eso —añadió, volviendo su rostro hacia el de Cristiano, cuyos ojos la contemplaban con piedad y curiosidad, y también con ansia y con aquella misteriosa sensación de terror que despiertan precisamente aquellos enfermos de los que ella hablaba—, por eso no le he abandonado nunca, ni he permitido que le encerraran. ¡Qué horror, si usted supiera, esas casas de salud! Se trata todavía a los locos como a obsesos, y, en cambio, están, repito, más cerca que nosotros de la verdad. Si desean morir... ¿por qué no dejarles morir? ¡He tenido tantas veces la idea de matarle y de matarme! —murmuró, inclinando la cabeza hasta la piedra del antepecho—. De matarme para escapar a las consecuencias de mi delito, no por otra cosa. Porque yo amo la vida... ¡usted no puede saber cómo ni cuánto! No me mire así, asustado. No crea que estoy loca. Lo que estoy es muy cansada.

—Usted tiene necesidad de salir —dijo Cristiano, e inclinó también él la cabeza y se golpeó la frente con la palma de la mano—. Salgamos un poco, señora Sarina. Vámonos al pueblo; vamos, por lo menos, hasta el mar...

Ella decía que no; pero no se movía, doblada, hasta que él vio sobre el antepecho grandes lágrimas que brillaban al sol. Caían lentas, densas, de los dedos de la mujer, como si fueran las perlas de sus anillos, que se desprendieran. Y él la contemplaba atontado. Parecía que nunca hubiera visto lágrimas.

—¡Valor! —murmuró—, todo pasará...

Luego notó que los ojos se le velaban; pero se avergonzó de llorar también.

Al fin, consiguió convencerla de que saliera un poco. Cerraron las ventanas, pasaron la cadena, y la criada juró por sus muertos que no se movería de la habitación del enfermo

mientras la señora estuviese fuera.

Soltaron al perro, que había envejecido y tenía un aire melancólico, como su dueña, y que, durante un buen trecho, insistió en seguirles, bostezando de aburrimiento, hasta que Sarina se inclinó y, cogiéndole la cabeza con las manos, le habló en voz baja:

—No, no; tú te quedas de guardia delante de la puerta. Si la criada te dice que vengas a buscarme, vienes; si no, no. ¡Vamos, pórtate bien!

Le cogió por el collar y le llevó de nuevo hasta la puerta. El perro ladraba y quería lamerle la mano; pero en cuanto ella se alejó para reunirse con Cristiano, intentó de nuevo seguirla, indeciso, sin embargo, como si no supiera cuál era su obligación: si guardar la casa o guardar a la dueña. Finalmente, ante un gesto enérgico de ella, volvió a la puerta y se tumbó.

Sarina se reunió con Cristiano. De repente se había vuelto de nuevo ágil, rosada, como si el aire puro de aquel hermoso día cristalino hubiera disipado la pesadilla que la perseguía.

—¡Dios mío! ¡Entran ganas de correr! —dijo, respirando con fuerza.

Pero el hombre caminaba serio, pensativo, y él, que, sin embargo, le había convencido para que saliera con objeto de separarla de su alucinación, parecía ahora que quisiera devolverle a ella.

—Sí —refunfuñó, meneando la cabeza, agachada—; no es la primera vez que usted dice que sería preciso matar a estos enfermos. Librarse de ellos, librar a los vivos del peso de los que ya están muertos. ¿Y luego? La vida pasa igualmente, y la muerte llega para todos e iguala todas las cosas.

—Pero, precisamente porque la vida pasa pronto, y la muerte es lo más seguro, ¿por qué no intentamos librarnos del dolor por todos los medios a nuestro alcance?

—Habría mucho que discutir, y muchos lo han hecho antes que nosotros, e inútilmente. ¡El dolor! Pero si yo mato a un hombre, aunque sea porque está enfermo con una dolencia incurable, ¿no experimentaré más dolor y fastidio de los que puedo experimentar cuidándole durante un año o durante algunos meses?

—Unos años, unos meses, cuando se es joven, valen una eternidad. Una vez perdidos, sacrificados al dolor, no vuelven nunca ya. Además, yo quería decir esto: que habría que matar a los enfermos incurables para aliviar su pena. Liberarnos nosotros; pero liberarles también a ellos.

—¿La libertad? ¿Existe? ¿Sabemos nosotros si, después de muertos, seremos libres? También durante la vida tenemos la ilusión de alcanzar la libertad. ¿Dónde está? A nuestro alrededor todo se rompe, corre, huye, y caemos siempre en la red que mezcla a los hombres y los une solo porque son hombres. Usted mata a un enfermo, y enseguida encuentra a otro. Todos estamos enfermos, todos somos esclavos unos de otros.

—Y, sin embargo, usted... —comenzó la mujer.

Pero no se atrevió a proseguir. No; era inútil intentar hablar de él.

Él lo comprendió y no habló más.

Llegaron hasta la playa. Todo era puro, de una pureza fría, casi dura. El mundo parecía recién creado, nuevo, con el cielo sin una nube, la arena sin una huella, el mar brillante y quieto, como asombrado de su belleza.

La mujer anduvo hasta tocar el agua con el pie. Estaba de nuevo preocupada; pero no con su acostumbrada preocupación.

De improviso, volvió atrás, paso a paso, hasta el sendero. Al llegar a la entornada cancela de Cristiano, se detuvo, esperó que él la alcanzara y le preguntó si no sabía nada de Ghiana.

Él refunfuñó algo, y ella no insistió para obtener una respuesta más clara. Con una mano

entre las ramas de la cancela, miraba hacia la casita y parecía esperar que Cristiano la invitara a entrar.

Y él la invitó. ¿Por qué no había de hacerlo? Le parecía que junto a ella se sentía puro y frío, aunque lleno de aquella sensación de piedad y de ternura que ella siempre le inspiraba.

En cuanto estuvieron dentro, la mujer dirigió una mirada, de la cual ella misma pareció sentir la gravedad, porque pronto desvió los ojos y, sin cambiar de expresión, miró a su alrededor.

Era una mirada de compasión.

Entonces, él miró su casa como si fuera un extraño, y percibió todo su abandono y su frío. Había, además, un desorden desacostumbrado y poca limpieza. Algunas hojas, secas, húmedas, metidas en los rincones, recordaban el otoño y parecían ranas. El gato, con el pelo espolvoreado de cenizas, dormitaba junto a la chimenea apagada. Al entrar su dueño, abrió un ojo y volvió a cerrarlo inmediatamente.

También, fuera, el jardín, con sus árboles desnudos, el seto negro y las matas de romero en los rincones sombríos, cubiertos de musgo, bajo aquel cielo que, de repente, parecía de un azul desolado, daba la impresión de un cementerio campestre.

Semejaba el confín del mundo; una pobre cabaña de gente exilada.

Ni siquiera la presencia de Sarina infundía calor, y Cristiano encendió fuego, casi instintivamente.

Mientras estaba inclinado sobre el hogar, oyó la voz de ella que le preguntaba algo, desde lejos. Levantó los ojos y vio que Sarina había entrado en la habitación contigua. Su voz era fina, curiosa, un poco infantil.

—Y cuando sea viejo, ¿vivirá todavía aquí, así?

Él no contestó enseguida, entreteniéndose en disponer mejor los tizones alrededor de la llama.

—¿Cómo así? —preguntó.

—Así... tan solo. Así, como... un campesino.

Él veía la llama rosada agitarse frente a sí, como una mano. Los dedos ardientes le hacían señas misteriosas, escribían palabras locas sobre el fondo negro de la chimenea.

«Cristiano, la mujer está ahí y te llama. ¿Por piedad, por deseo, por curiosidad o por amor? Por todo eso, y porque estáis solos en la soledad. Ve, ve, es la vida misma quien te llama. Ya no es la voz de la campesina interesada y animal; es la voz de una mujer inteligente, que mañana será libre... Puedes volver a amar, a ser amado, puedes crearte de nuevo una familia... Luego, volver a ser hombre. Ve, ve, ¿qué haces? Puedes hacer algo mejor que encender de nuevo un fuego de ramitas, puedes volver a encender el fuego de tu alma. ¡Ve!»

Pero no fue.

Al levantarse, vio que la mujer se había sentado en la cama y hojeaba el libro que él había dejado en la mesita, y sintió un gran calor en la cara, en el pecho, como si la llama de la chimenea le hubiera saltado encima y le obligara a correr; pero no se movió.

Se sentó abatido delante de la chimenea y miró fuera, hacia aquel cielo frío, que le pareció casi blanco. Luego, se pasó una mano por la cara, para arrojar la sombra roja de la tentación.

—Venga —dijo—. El fuego está listo.

Ella se levantó en el acto, dejó el libro; pero no se acercó a la chimenea.

—Es tarde. Tengo que irme.

—¡No, espere! He de contestar a su pregunta. Podría decirle que soy ya viejo; pero no se

lo digo porque, en el fondo, no es verdad. En cuanto al resto, puede ser que me quede aquí toda la vida... y puede ser que me vaya, ¡según! Pero campesino lo seré siempre.

Entonces, ella se echó a reír, como nadie nunca había reído en aquella casa. Pero, después, su voz sonó un poco estridente de ironía y, sin embargo, dulce, turbada.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha ofendido tal vez?

—¡En absoluto! Soy un campesino de verdad: eso quería decirle. He nacido en la ciudad, es cierto, en una de aquellas terribles casas alineadas, numeradas, señaladas como los nichos de un cementerio donde se deposita a los ciudadanos para que continúen, incluso después de muertos, sus costumbres de orden, de limpieza de estrechez. Y no le digo que me desagradara esa vida; es decir, no me desagradaba ni me agradaba: la aceptaba, y me parecía que la gente del campo, o incluso de la provincia, no era por esto más feliz o infeliz que la gente de la ciudad. Todo fue bien mientras viví con mi madre, solos los dos en un cuarto piso. Mi madre hacía las cosas de la casa y yo la ayudaba: así he aprendido muchas cosas que ahora me ayudan a mí. Hemos sido muy felices mi madre y yo, alegres como pájaros. Me hacía dormir con ella, o, mejor dicho, era yo quien quería dormir con ella, todavía pegado a sus entrañas, todavía una sola alma en dos cuerpos. Después de la adolescencia, soñaba en levantar el vuelo desde allá arriba, desde las ventanas del cuarto piso, y lo levanté. Me casé con una mujer rica; pero los quebraderos de cabeza empezaron entonces. Demasiada gente alrededor, y yo me di cuenta de que ya no era libre, no porque tuviera mujer, sino porque tenía criados. Estaba demasiado acostumbrado a hacérmelo todo yo, y esto ponía nerviosa a mi mujer. Allí empezaron los disgustos. También ella me dijo un día que yo era un campesino, y entonces me ofendí, no porque la cosa sea ofensiva en sí misma, sino porque mi mujer la había dicho precisamente para ofenderme. Ahora, dicha por usted, señora Sarina, me gusta. Sí; soy un campesino, si por campesino se entiende un hombre que solo necesita de la tierra para tenerse en pie, pero que es dueño de la tierra.

La voz de la mujer preguntó, un poco vaga, pasando por encima de las observaciones de Cristiano:

—¿Y su mujer?

—Murió.

—¿Y su madre?

—Vive. Sí —reanudó, con el mismo tono de voz que ella; es decir, pasando por encima de las últimas frases y reanudando el tema primero; pero con más vivacidad y no sin ironía hacía él mismo—, soy un campesino; aunque solo hasta cierto punto. El jardín está mal cultivado, por ejemplo; pero resisto todas las fatigas. ¿No ha visto lo bien que parto la leña? También, ayer por la mañana, temprano, mientras usted estaba todavía en la cama, he partido un buen montón para su sirvienta.

La voz de la mujer contestó, reanudando el tema dejado poco antes por él, como una música en la que solo cambia el sonido de los instrumentos.

—Sí; ya lo he oído. En el duermevela, me parecía estar todavía en nuestra casa, allá abajo, y que el labrador partía la leña en el patio. ¡Cómo me gustaba dormir por la mañana, y escuchar los ruidos de alrededor, y ver las cosas a través de un velo de sueño! Todo es bonito cuando se es joven; hasta las cosas más insignificantes, al recordarlas, nos turban. ¿Por qué? No lo sé; pero precisamente todas las mañanas recuerdo aquel repiqueteo de hacha contra la madera seca, y me parece que veo al viejo labriego inclinado, amontonando los troncos negros cubiertos de musgo gris, sobre el enlosado húmedo del patio, sucio de astillas parecidas a pedacitos de carne salada. Oigo todavía el ruido especial del portal que se abre, el chapoteo del cubo en el pozo, la criada que muele el café... Hablo

de cuando era muy joven Y el recuerdo de estas voces, de estos sonidos, me da una sensación de alegría, como si el día que comienza fuera todavía para mí uno de aquellos. Que luego no eran días felices, pero que estaban llenos de esperanza y de sueños de felicidad. Yo soñaba con la ciudad, ¡ya se comprende! Todas las muchachas inteligentes que viven en los pueblos sueñan con la ciudad. Yo todavía sueño con ella, porque no la conozco. Solo una vez, de niña, he estado en una ciudad marítima. Recuerdo que, al ver por primera vez el mar, que estaba encrespado, el movimiento de las olas me pareció producido por la agitación de los peces. Nunca olvidaré aquel momento de maravilla y de alegría. Ahora me río, y, sin embargo, tengo la impresión de que la cosa era verdad. Y toda la ciudad me pareció bonita, con sus tejados de pizarra, húmedos, brillantes. Me parecía una ciudad sacada del mar, todavía cubierta por una capa de azul. Pero no era posible vivir en la ciudad; a mi padre le gustaba el pueblo, quería el campo, los enfermos pobres. Y así, yo me contentaba con soñar: sueños que luego no se han cumplido; pero tan bellos por sí mismos, que solo su recuerdo me hace gozar.

Cristiano se había vuelto un poco para escucharla mejor. La veía apoyada en la mesa, con la cara levantada hacia la ventana. A causa de la luz clara y fría que le iluminaba la frente, parecía pálida, de una palidez brillante, uniforme, que le afilaba las facciones y le devolvía su belleza de adolescente.

—Usted es joven todavía, y aún espera y sueña. Por eso los recuerdos le parecen bellos.

—¡No diga eso! Me siento muy vieja. ¿Qué puedo esperar?

—¡Todo! Quedará libre, volverá a amar, la amarán; podrá crearse una nueva familia; puede volver a ser mujer... quiero decir, tendrá mejores cosas que hacer que estar velando a un marido así... como el suyo. Puede revivir; en una palabra: puede volver a encender el fuego de su alma.

De repente calló, y se miró de nuevo las manos. Estaba hablando a la mujer como la llama a él. Y, poco a poco, la mujer se le acercaba, como la mariposa a la luz.

La sentía a su espalda, alta de nuevo, encima de él. Tuvo la impresión de que ella extendía la mano sobre su cabeza, esperando solamente otra palabra para acariciarle.

Una palabra solamente, y la vida reanimaría la soledad que les rodeaba: el desierto se cubriría de flores. Volvería para ellos, que estaban desterrados de él, el reino de Dios sobre la tierra.

Pero él no dijo esta palabra. Sombras rojas y sombras negras le arrastraron durante un instante, como olas, de las cuales una le atraía hacia el abismo y otra le empujaba hacia arriba, hacia la orilla.

Se volvió otra vez, vio el cielo pálido y suspiró.

—Su perro ladra —dijo.

Y enseguida sintió que la mujer se erguía, rígida, devuelta a la realidad.

Cuando ella se hubo ido, le pareció que estaba contento.

No por haber vencido la tentación de volver a entrar en la vida y entregarse de nuevo a los acostumbrados disgustos, sino por haberse convencido de que poseía fuerza para hacerlo.

En el fondo no se engañaba. Si había rechazado, o creído que había rechazado, a la mujer, era, además, porque sentía por ella cierta amistad.

Amistad que cubre el amor, como el vestido al cuerpo desnudo. Poco a poco, pues, su alegría desapareció. El fuego se apagó, unas nubes blancas cerraron el hueco del ventanuco.

El tiempo reanudaba su carrera por la soledad, sin sacudidas, en silencio.

—¡Alegría! —refunfuñó—. Nosotros renegamos de ti y te despreciamos, como la zorra a la uva. Te has negado tanto, tan inútilmente hemos intentado atraparte, que hemos acabado por tenerte odio, y ahora, con el tiempo, si te ofreces, no te aceptamos; no porque no creamos en ti, sino porque ya no tenemos capacidad para tomarte.

Luego intentó realizar las faenas acostumbradas; pero de cuando en cuando levantaba la cabeza para contemplar las nubes, como el campesino preocupado por el tiempo.

«Hay que quedarse en casa, Cristiano. Si te hubieras quedado en casa, habrías hecho muy bien».

Y al partir la leña y al prepararse la comida, le parecía tener siempre detrás a la mujer vestida de rojo, que hablaba con su dulce voz de violín. Fue a sentarse en la cama, donde se había sentado ella, y cogió el libro.

Pero, de repente, le pareció que ya no sabía leer o, por lo menos, que las palabras escritas ya no tenían significado para él. Dejó el libro, como lo había dejado ella a su llamada, y pasó la mano por el ovillo tibio del gato, enroscado a los pies de la cama. Pero también el gato estaba de tal manera acostumbrado a su indiferencia, que ni siquiera se movió. Y él se quedó allí, durante el resto de la tarde, mirando la ventana, cerrada por las albas nubes como por una lápida mortuoria.

Tres días estuvo sin volver a la casita blanca.

La decisión de espaciar, aunque no cesar del todo, las visitas no era, sin embargo, tan tranquila y dura como solían ser sus decisiones. Refunfuñaba:

—Tal vez, si no vas, sea peor, Cristiano. Pero ¿por qué no tienes que ir? Si tú fueras indiferente, como crees serlo, no vacilarías así.

Para aumentar su nerviosismo, estalló de nuevo el temporal, que duró tres días. La lluvia era tan furiosa y abundante, que parecía que de verdad se hubieran abierto las cataratas del cielo, y el estrépito del trueno no paraba nunca. Y en aquel caos, el brillo ululante del rayo se hermanaba con la oscuridad más negra, como si el día y la noche se hubieran bíblicamente mezclado de nuevo, en una vibración continua de luz y de tinieblas.

El hombre vibraba con los elementos. Le agitaban los recuerdos del pasado, las incertidumbres del porvenir, un rabioso arrepentimiento: no sabía si de haber dejado escapar a la mujer o de no haberla tratado con más frialdad; pero, sobre todo, la comprobación, ahora ya segura, de que los proyectos hechos al buscar la soledad habían sido inútiles.

Y esta soledad, ahora, le pesaba; le parecía que las cosas de alrededor se burlasen de él con sus pupilas misteriosas, y hasta su tacto era frío.

Ya no le querían sus pequeñas cosas de alrededor. Y pensó en irse.

En cuanto el mal tiempo terminara, iría en busca de una nueva casa; pero el mal tiempo no cesaba, y él comenzó a preocuparse por sus vecinos. Tal vez el enfermo estuviera intranquilo, tal vez el agua inundaba la casa. Y las dos mujeres se encontraban solas, contra el mal de dentro y contra el mal de fuera. «Pero todo esto son excusas, Cristiano; excusas para ti mismo, que tienes necesidad de volver».

Por la noche aguzaba el oído. Le pareció oír, detrás del seto, la voz extraña del enfermo, que le llamaba, o a la mujer, que golpeaba la puerta, en demanda de ayuda.

Sabía que se engañaba, y, sin embargo, aguzaba el oído. Y ¿por qué su ilusión no podía ser realidad? Sonreía burlonamente y palpataba en su cama, mientras las cosas de alrededor aparecían y desaparecían a la luz de los relámpagos. Nada era verdad. Verdadero, solo existía su sueño.

—¡Dios mío, Dios mío! —gemía, hundiendo la cabeza debajo de la almohada y cerrando con fuerza los ojos—. ¡Si pudiera creer y amar todavía! Así no puedo seguir viviendo, como un peso sobre la balanza vacía.

Y, en el fondo, se alegraba de ese retorno a Dios.

—Hazme amar otra vez, porque la vida es amor, y sin amor, es muerte. No importa que me amen, o que me amen y me engañen: lo que importa es que yo ame, que mi dolor no siga siendo estéril y vacío.

Hacía tres días que duraba la tempestad. Le faltaba el pan, y pensaba que allí les tenía que faltar todo.

Cuando abría la puerta, la lluvia le hacía entrar de nuevo, y más que la lluvia, el miedo de ir a la casita. Pero presentía que cuanto más tardara, peor sería. ¿Peor o mejor?

La tercera noche, la tempestad redobló su furor. El mugido de los truenos, del viento, del mar, se confundía en un único trueno incesante, y los relámpagos eran pálidos, como si les costara trabajo romper las tinieblas y combatir contra el viento.

Cristiano esperaba que la tempestad, como de costumbre, menguara después del tercer día. Al cuarto, en efecto, hubo algunas pausas; pero después de estas, la lluvia y el viento recomenzaban con más furor, y parecía que cesaran solo para cobrar más fuerza.

Pasó una semana entera así. Durante los últimos días, el viento soplabá de todas partes y hacía penetrar el agua por la puerta y las ventanas. Hasta el techo goteaba, y Cristiano tuvo que utilizar todos sus recipientes para recoger el agua.

—Así, por lo menos, no tengo que ir al pozo —decía, burlándose de sí mismo.

Una humedad intensa mojaba toda la casa. La leña no se encendía; las provisiones se habían acabado, y hasta él se sentía todo empapado, por fuera y por dentro, de una tristeza fría y desesperada.

Le parecía hallarse solo en el mundo, sumergido por el diluvio. «Te está bien empleado, Cristiano. Tú has querido que así fuera».

No oía ni siquiera ladrar al perro de los vecinos; tal vez también ellos habían abandonado la casita. Con ese temor y esa esperanza, cobró valor, se puso el abrigo y salió.

El huracán había roto el seto y convertido en arroyo el sendero. Al fondo de este, bajo un cielo negro verdoso, se entreveía como una manada de perros y caballos terrosos que reñían furiosamente: el mar.

Por el otro lado, el cielo se había aclarado un poco, y sobre la casita blanca, sobre la chimenea, se abría una gran flor de humo azulado. Y Cristiano experimentó una sensación de alegría al verla.

Así, pues, allí al lado, había todavía gente viva, y entre esta gente estaba la mujer que volvía a encenderle la lámpara de la esperanza en el corazón.

Entonces le pareció que, en realidad, se había salvado del diluvio y que Dios había escuchado su oración. Y fue hacia la casa de los vivos con una sensación religiosa.

Cuando llamó a la puerta, estaba empapado en lluvia, y, sin embargo, sudaba, y las palmas de las manos le latían, como después de una carrera bajo el sol del verano.

Abrió la criada. Tenía la cara desacostumbradamente pálida y asustada, y miró al hombre con mal ceño.

—¡Por fin! Hubiéramos podido morirnos, y hubiésemos estado listos esperando la ayuda

de los buenos vecinos.

—Lo mismo puedo decir yo —refunfuñó él, con un pie en el umbral, sin atreverse a entrar—. He estado enfermo.

—Sí, está más delgado, en efecto, y con todos esos pelos en la cara, parece un lobo salido de la madriguera. Pero ¿por qué no entra?

Él entró con la titubeante timidez de las primeras veces, y en lugar de subir al piso, se fue a la cocina y se sentó en un rincón, como un criado.

—¿Cómo están? —preguntó, en voz baja.

—El señor parece que se encuentra un poco mejor. Se ha deshinchado algo; pero dice el doctor que tiene nefritis y que el peligro no ha pasado. Si el mal le llega al corazón, puede morir.

Cristiano suspiró. Con el rostro oscurecido por la barba, entre las manos húmedas, parecía que no hubiera oído las palabras de la criada, porque preguntó:

—Y el doctor, ¿ha venido?

—¡Le estoy diciendo que sí! De no haber sido por él, ¿qué habiéramos hecho? Al vernos tan solas y desesperadas, nos ha mandado a un hombre para las provisiones. Pero él mismo ha aconsejado a la señora que no viva aquí, en esta *Tebaida*, y en cuanto el tiempo mejore, procuraremos irnos. Es realmente de locos vivir aquí.

—De locos, sí. También yo he pensado en irme.

Después, no habló más, y ni siquiera escuchaba a la criada, que seguía hablando mientras preparaba algo delante del fogón. Solo aguzaba el oído con la esperanza de oír pasos en el interior de la casa.

El interior de la casa estaba silencioso, con un silencio más intenso a causa del rumor de la lluvia y del viento.

Así, pues, se iban. Así, pues, él podía quedarse. ¿Por qué había dicho lo contrario? Debía, quería quedarse. Volvería a caer en la soledad y le parecería que había soñado. No deseaba ni siquiera volverla a ver. Ya que tenía que irse para siempre, ¿para qué volverla a ver unos instantes? Solo deseaba hacer algo para convencerla de su devoción, de su respeto; que ella no creyera que la había rechazado por indiferencia.

Preguntó:

—¿No hay nada que pueda hacer? Si tienen necesidad de algo, puedo ir al pueblo.

—¡Necesidad habría, sí! ¡Nos faltan tantas cosas! Pero ¿cómo quiere ir con este tiempo?

Él se levantó. La criada le miraba burlona.

—Pero ¿también está usted loco? ¿Dónde quiere ir, malo como está? Mejor es que, si tiene fuerzas, me parta un poco de leña.

Y él salió enseguida, y, bajo el cobertizo que resguardaba la puerta, cogió el hacha y se inclinó sobre un gran tronco que la criada había arrastrado hasta allí. Le parecía recordar una música: «Me parece estar todavía en mi casa, allá abajo, y que el labriego parte la leña en el patio...», y golpeaba fuerte, con las dos manos, descargando el hacha contra el tronco, que mantenía apretado contra la pared, con la esperanza de que ella, al oír el ruido, bajara y lo viera así, humillado a su servicio.

Pero ella no bajaba, tal vez ni siquiera oía el ruido, o tal vez lo oía y no bajaba. ¿Mejor o peor? Se incorporó y se secó el sudor, pensando que era bien ridículo entregarse así a sus fantasías; mas cuando la criada le rogó que subiera a ver a la señora, él subió, con un temblor en las rodillas. Temblor, por otra parte, causado por el esfuerzo de haber partido el tronco; pero que a él le gustaba creer por completo efecto de su pasión.

La puerta de la habitación del enfermo estaba cerrada. Un resplandor grisáceo caía de la claraboya, azotada por la lluvia. Cristiano no se atrevía a llamar, y se quedó allí, ansioso, como un ladrón. Y, sin embargo, experimentaba una alegría dolorosa al pensar que ella estaba allí dentro, detrás de la puerta, que no tenía que hacer más que empujar para verla, y antes que volver a su soledad, a la desolación de aquellos días pasados, hubiera preferido vivir siempre así, ante la pared de la habitación donde ella respiraba.

Finalmente, ella debió de darse cuenta de que había alguien en el rellano, porque abrió la puerta y miró. También ella estaba asustada por la soledad; pero, al ver a Cristiano, su rostro se ensombreció todavía más.

—He venido para saludarla —dijo él, humildemente, con el sombrero entre las manos, como suelen llevarlo los mendigos—. Tengo que irme.

—¡Ah!, ¿se va? ¿Adónde? —dijo ella, con súbita curiosidad—. También nosotros quisiéramos marcharnos. Me han indicado un hotelito nuevo al fondo de la avenida de las Carrascas, abajo, en el pueblo. Hay una taberna cerca, lo que siempre es cómodo. ¿Conoce usted la población?

—Poco —dijo él, en voz baja, atreviéndose por fin a mirarla a la cara.

La vio todavía más flaca, más triste, más pálida que antes, y de nuevo una sensación de ternura y el remordimiento de haberle hecho daño le turbaron tan violentamente, que ella lo advirtió.

Entonces, le invitó a entrar en la habitación.

El enfermo, inmóvil siempre en su cama, se había deshinchado; pero la blancura de su piel y de sus cabellos había adquirido un tono amarillento, y la manera como estaba tendido, boca arriba, estirado, y la nariz y los párpados violados, impresionaron a Cristiano. Esta vez sí era de verdad la postura y el color que adquieren los moribundos.

Sin embargo, la mujer parecía muy ilusionada sobre su estado.

—Está mejor, mucho mejor. Espero que dentro de unos días pueda levantarse.

Luego se inclinó hasta rozarle la cara, y le llamó:

—¡Giorgio! ¡Giorgio! —y después le susurró algunas palabras, que Cristiano no oyó.

Y tampoco el enfermo debía de oírlas, porque no daba señales de vida, aunque ella se obstinara en hablarle y en pedirle que le contestara.

La verdad es que también ella había perdido la esperanza de verle mejorar; pero parecía querer impedirle que se durmiera, procurando infundirle vida con su aliento.

Y unos tristes celos oscurecían la cara del hombre que asistía a sus desesperados esfuerzos.

La criada fue a buscarle tres días después. Al no verle, creía que estaba enfermo, dijo; pero tenía una expresión insólita al mirarle, entre maliciosa y compasiva, que invitaba a la confianza. Él ni siquiera le contestaba; parecía realmente enfermo, acurrucado bajo la campana de la chimenea, mientras fuera brillaba, finalmente, el sol y los vidrios de los ventanucos parecían de diamante.

Hasta el gato había salido. Todo alrededor estaba en desorden y abandonado, y él no contestaba ni siquiera a las preguntas solícitas de la criada, que iba y venía por la habitación y ponía algún objeto en su sitio, instintivamente. La notaba a su espalda, y, más por espíritu de malicia que por convicción, pensaba que también ella había ido a tentarle. En el fondo, presentía que si ella, en realidad, se hubiera atrevido a tanto, se habría levantado, gritando, para aplastarla.

La criada, por otra parte, parecía entretenerse solo para charlar.

—Mi señor está mucho mejor; pero está muy débil. Ahora que se ha deshinchado, parece hecho con cuatro pajuelas; se le podría coger dentro de un puño. Se diría que es un niño con los cabellos blancos. Tiene también la cabeza más clara. Ayer vino el doctor y le preguntó qué quería. «Marcharme», le dijo. Ahora, a la señora le ha cogido la manía de llevárselo, y no hace más que repetírselo. ¡Se lo llevará, sí! Hoy irá a ver un hotelito, allá abajo, en el pueblo, y usted se quedará aquí solo, como un ermitaño, si no se decide a buscar también otra casa.

Entonces, él se volvió, y la vio que limpiaba distraídamente la mesa con el delantal. Pero, al ver su gesto, le miró, y sonriendo le dijo:

—Volverá Ghiana a hacerle compañía...

—¡Vete! —gritó él, con su voz feroz de antes, y le volvió la espalda.

Y, sin embargo, apenas se hubo ido la criada, se levantó reanimado, salió, miró el cielo y respiró con fuerza. ¡Ah, por fin se iban! ¡Qué sensación de libertad, qué alegría! ¡Qué grande era el mundo, qué bien se movía ahora en él! Cerró la puerta y se encaminó al pueblo.

Iba a comprar comida; no para buscar otra cosa, como hubiera podido suponer la criada. Y nunca aquel trayecto le había parecido tan agradable.

Por el borde de la carretera, blanda como una cinta de terciopelo, orlada de hierba, tan fina y llena de perlititas, que no se atrevía a pisarla, le pareció andar por el azul del horizonte. Aquel sol tibie,, aquel olor puro y dulce de día hermoso, daban al aire un sabor de leche. He aquí el pueblo, silencioso y fresco como un poblado alpino. Parecía que una buena parte de sus habitantes hubiera emigrado, porque casi todos los pequeños comercios, abiertos durante el verano, estaban cerrados. Cerrados los hotelitos de la parte del mar. Y la hierba crecía en el prado de la iglesia. Solo los viejos pescadores seguían en su sitio, apoyados en las paredes o enmarcados por los postigos negros, inmóviles como figuras pintadas. Y los viejos marineros, sentados en el banco del pequeño puerto, reclinados contra el fondo del mar como contra la pared de su propia casa. El invierno, sin embargo, daba también a sus barbas amarillentas, a sus cuellos rojos, un tono húmedo, como a las piedras del muelle y a todas las cosas de alrededor.

Cristiano se detuvo ante el tenducho donde solía comprar; pero rio gente en el mostrador, y siguió andando fue hacia otro comercio grande, que había al fondo de la calle. Este estaba vacío, con sus barriles de arenques, metálicos, cubiertos con velos rojos y sus tarros de caramelos sobre el brillante mostrador. Sin embargo, no entró.

Contemplaba el cartel, amarillento de humedad, que se balanceaba, con un cierto aire de aburrimiento, sobre la puerta:

SE VENDEN Y ALQUILAN HOTELITOS
Y PISOS

La vieja que parecía de cera salió de la trastienda, como la otra vez, y, aunque habían pasado varios meses, reconoció al hombre y recordó lo que deseaba.

—¿Es usted quien quería una casa de campesinos, un sitio no frecuentado? Lo tengo. ¿Quiere ir a verlo?

—Me han hablado de un hotelito al final de la avenida de las Carrascas. Hay una taberna cerca...

—Pero creo que ya está alquilado. La casa que digo yo está un poco más allá, hacia las

viñas. Si quiere ir a verla, llamo al muchacho.

Él la miró a la cara. Le parecía que se estaba burlando de él.

—Iré solo —dijo—. Sé dónde está.

Pero la vieja insistía en darle indicaciones.

—Suba la calle, tuerza a la derecha, vaya recto por la avenida de las Carrascas. Le espero con la respuesta.

Y él subió la calle, torció a la derecha y siguió recto por la avenida de las Carrascas. Después de haber andado durante un buen rato por una sombra fría y húmeda, como por en medio de un bosque, desembocó de repente en un campo cultivado. Aquella extensión de tierra rojiza, con sus manchas verdes y el brillo del agua, con sus caseríos esparcidos por entre las viñas, se le antojó un país nuevo, desconocido.

Parecía otoño. En los prados verdes pacían las vacas, a la sombra de enormes encinas, que conservaban todavía sus hojas de oro. Un tren corría a través del paisaje, dejando detrás una interminable bandera de humo azul, y se oía la tierra temblar a su paso. El hombre lo contemplaba todo maravillado. Había olvidado casi que, más allá del mar y de los brezales, y más allá de la estepa quemada de su mundo interior, existían otros aspectos del mundo, y la hostería campestre, con sus mesas empapadas de agua y de vino, con las gallinas y los gatos, con los montones de plumas esparcidos por debajo del emparrado desnudo, con las voces y las sonoras risotadas de los arrieros que comían y bebían en la cocina, le pareció un lugar tumultuoso a más no poder.

Detrás de la hostería vio un camino apenas marcado y casitas en construcción. Solo una estaba ya terminada, medio roja y medio blanca, fría como un helado de fresa.

Prosiguió por aquel lado, aunque era el opuesto del señalado por la vieja. Sin embargo, de repente, se detuvo y se volvió como si alguien le hubiera llamado, y por el arco de la avenida, que se abría como el de una galería, vio salir una señora alta, vestida de oscuro, con la falda corta y el rostro cubierto por un velillo negro.

Sí; era ella. A la distancia en que estaba, él no distinguía sus facciones; pero la reconoció por el latido de su corazón, por el as tinto que le hizo esconderse detrás de un muro en construcción.

Desde allí la vio ir directamente a la hostería, entrar en ella y, al cabo de unos momentos, salir en compañía de un hombre que se limpiaba las manos en un delantal sucio y agitaba una llave señalando las casitas nuevas. Juntos les vio atravesar el prado y el camino, y, poco después, la figura de la mujer apareció en la pequeña galería de la casa roja y blanca.

Entonces volvió atrás y fue a sentarse a una de las mesas, bajo la parra. Todavía no sabía con precisión por qué había ido, por qué estaba allí. ¿Para verla? No lo sabía. ¿Para buscar también él una casa? No lo sabía. Y pensó que debía de tener el aspecto de un hombre perdido, porque el muchacho de la hostería que vino a limpiar con un trapo la mesa y a preguntarle qué quería, le contempló con aire receloso.

Él pidió vino, aunque no lo bebía; luego, preguntó al muchacho si era allí, en la hostería, donde tenían las llaves de la casita nueva y el encargo de darlas a quien deseaba visitarla.

—Sí; ahora ha ido una señora con mi amo. Ya vuelven.

Volvían. La mujer caminaba ágil por la hierba, con la falda corta revoloteante sobre las botitas altas. Al llegar a la parra, vio a Cristiano, que se había levantado para saludarla, y le miró, entre distraída y sorprendida, como si le costara trabajo reconocerle; luego, su sombra se adelantó, precediéndola entre el bordado de las tenues sombras de los sarmientos desnudos.

Durante el instante que tardó en acercarse a la mesa, Cristiano enrojeció y palideció

varias veces. Hubiera querido esconderse, y, al mismo tiempo, experimentaba una violenta alegría al ver que su plan había tenido éxito; porque ahora ya lo sabía: había ido allí para encontrarla.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó ella, sin tenderle la mano.

—Pues... ¡jestoy! He dado un paseo. Y usted, ¿ha visto la casa?

—Sí.

—¿Le gusta?

—Me gusta. La tomo —dijo ella, con cierta dureza.

Entonces, él no supo contenerse; se dejó caer en la silla, como si las piernas le fallaran, y habló, con voz rencorosa:

—Usted se va para molestarme, para vengarse. Hace mal.

Enseguida vio que ella se erguía, con las manos abiertas sobre la mesa, oscura, dura, más que los desnudos sarmientos de alrededor. Y la mirada que le dirigió fue tan despectiva, que él bajó la cabeza y la escondió entre las manos.

Y esperó que ella hablara.

Ella no hablaba. Entonces, él tuvo miedo de haberla ofendido todavía más que la primera vez, todavía más que al rechazarla, al decirle que la había rechazado.

Ahora ella se iría de verdad, para no volver nunca más. Si permanecía allí, mirándole desde arriba, era para impedirle que levantara los ojos hasta ella y poder huir silenciosa, como las sombras de los pájaros que volaban por encima del emparrado y que le cruzaban las manos.

Sentía un peso en los párpados que le impedía levantarlos, y se apoderaba de él una sensación de sueño y de ensueño, como si hubiera bebido el vino que el muchacho había dejado delante de él. Le parecía estar en su casa, por la noche, delante de su mesa. La mujer había ido como tantas veces él había deseado, y estaba allí, iluminando las sombras de alrededor como un rayo de luna.

Pero no lograba alargar la mano para cogerla, aun deseándolo con todas sus fuerzas. ¿Se puede coger un rayo de luna?

De repente, le pareció que el corazón, dentro del pecho, se le deshacía en un mar de lágrimas que le llenaba la garganta, que se le derramaba por los ojos. Y, sin embargo, experimentaba una alegría sin nombre, tanto, que le molestó que la voz de la mujer le llamara de nuevo a la realidad.

—Cristiano. ¿Qué hace, Cristiano?

Le llamaba, inclinada sobre él, como solía llamar al otro.

Él levantó la cabeza; pero vio al muchacho de la hostería que se acercaba, y no habló.

Regresaron juntos.

El viento se había levantado de improviso, y en el suelo, debajo de la gran bóveda de la avenida, las sombras y las manchas de sol temblaban sin cesar. Tenía la impresión de andar por un terreno movedizo o por el agua, tanto, que Cristiano ponía los pies instintivamente en las sombras mayores, como si fueran las piedras de un vado.

La mujer andaba a su lado, sin hablar, con su paso largo y rápido, que solía rebasar el suyo.

Andaban como dos que hacen su camino juntos sin conocerse. Él la veía a veces negra, en la sombra; a veces luminosa, bajo el sol, y procuraba adivinar sus pensamientos. Sin duda, esperaba que él comenzara a hablar; pero él no quería, no podía hablar. ¿Era posible

decir lo que sentía? Y si ella no conseguía entenderlo a través de su silencio, era inútil decírselo.

Además, no; él no quería romper el encanto que les envolvía. Sentía miedo a la realidad.

Pero al llegar al pueblo, ella dijo que tenía que entretenerse para concertar el alquiler de la casa y para comprar algunas cosas, y le saludó fríamente y, a él le pareció, un poco irónica.

Y se le escapó de nuevo, con su paso largo y rápido de ave zancuda. La hierba de la plazuela le limpió las botas, agradecida de que ella la pisara. Los viejos pescadores levantaron la cabeza para mirarla, y su rostro parecía iluminarse por la luz de su paso. Luego, su figura, delante de Cristiano, que la seguía sin alcanzarla ya, se desvaneció en el verde líquido del pequeño puerto.

¿Adónde iba? Podía ir a encontrarse con un hombre. Y, de repente, Cristiano se arrepintió de haberla hecho salir un día, arrancándola del lecho del enfermo.

Volvían a su mente las palabras de Sarina: «Yo amo la vida. ¡Oh, no puede imaginarse cómo la amo!» Y su facilidad para olvidarse del dolor. Pero, en el fondo, esto no le desagradaba. ¡Sí, por esto le gustaba! Porque ella era la vida misma en persona, oprimida por el dolor; pero siempre tensa para librarse de él y para buscar la alegría.

La esperó en la carretera, a la salida del pueblo. Ella tardaba. ¿Adónde había ido? Tal vez a casa del médico.

El doctor, joven, rico y libre, se mostraba demasiado solícito con ella, e iba con excesiva frecuencia a ver al enfermo. Cristiano sintió de repente celos de él. Le parecía verle en su carrito de juncos, colorado, rubio, regordete y brillante, como una manzana en un cesto.

También él era un hombre lleno de vida y sin fantasías. El hombre verdadero, que toma de la tierra, del aire, de las cosas, de sus semejantes, el jugo para vivir lo mejor posible. Y Cristiano sintió que le odiaba, como los delgados odian a los gordos.

Pero la mujer no volvía.

Comenzó a andar. ¿Por qué tenía que esperarla? Después de todo, ¿qué le importaba? Podía vivir sin ella.

Ahora, la carretera le parecía distinta de antes. Las matas temblaban al viento, con un brillo rosado, iluminadas oblicuamente por el sol, que caía sobre el mar encrespado. Todo era trémulo, color de rosa, pero de un rosa de cuerpo desnudo que tiene frío.

También él sentía frío. He allí, a lo lejos, su casa, oscura entre los árboles desnudos, como una brasa apagada entre un montón de troncos quemados.

Y, sin embargo, nunca como aquel día había sentido que amaba su casuca, precisamente porque era una casucha humilde, fría y triste. No; no solamente por esto. La verdad era otra. Amaba su casucha porque comenzaba de nuevo a amar a todas las cosas del mundo, pequeñas y grandes; porque volvía a amar.

Ahora le parecía oír los pasos de Sarina a su espalda. Unos pasos sin sonido, y que, sin embargo, resonaban con fuerza en sus oídos. Pero no se volvía; al contrario, apresuraba el paso. Si quería, tenía que alcanzarle ella. Pero ¿lo quería? ¿O era todo un sueño de su fantasía?

Los pasos, ahora, resonaban fuertes, le acompañaban. Se detuvo. Los pasos se detuvieron; pero proseguían dentro de él. ¡Era el latido de su corazón!

Entonces, se sentó al borde de la carretera, de cara al sol rojizo, que descendía por el cielo azul al encuentro de otro sol rojizo que subía de las profundidades del mar azul, y mientras esperaba que la mujer le alcanzara, comenzó a hablar en voz baja, como si ella estuviese ya sentada allí, a su lado, sobre la hierba tibia.

—¡Sarina! —finalmente se atrevía a llamarla por su nombre, que se le deshacía en la boca, como una cosa dulce—. Sarina, me parece como si nos hubiéramos encontrado un día, de niños, a la orilla del mar, cuando mi madre, después de habernos privado durante once meses de todo, me llevaba durante un mes a una playa, que, para mí, era como el confín del mundo real y el principio del mundo de los sueños; más allá no se podía ir, so pena de morir de alegría. Allí te encontré, acaso aquella vez que tú también fuiste hasta el mar y las olas te parecieron agitadas por los peces. Y, por juego, hemos hecho la apuesta de correr a lo largo de la orilla del mar: tú por un lado, yo por el otro, y dar la vuelta a todos los continentes hasta encontrarnos otra vez. Henos aquí, ahora, de nuevo a la orilla del mar, entre el confín de la realidad y del sueño; más allá no se puede ir: nos moriríamos de alegría. Henos aquí, de nuevo niños emborrachados por el juego del amor.

El sol se ocultó y cesó el viento, como si un velo pesado, al caer sobre las cosas, las detuviera. Ella no venía.

Pero precisamente porque no venía, él se obstinó en esperarla. Quería reprocharle haber dejado solo al marido, quería llamarla una vez más a su deber. Luego, comenzó a temer que le hubiese sucedido alguna desgracia.

Era ya casi de noche. Hacía frío; una estrella brillaba en el horizonte, sobre las colinas, cada vez más intensa, como si absorbiera toda la luz del día.

Así era el recuerdo de ella, que le brillaba en la mente y absorbía cualquier otro pensamiento. Pero, mientras tanto, ella no venía. Caía el crepúsculo cuando, finalmente, sonaron unos pasos en la lejanía; pero a medida que se acercaban se volvían leves, furtivos, como si ella procurara pasar inadvertida. No; era él, que, deslizándose un poco más abajo de la carretera, tendido boca abajo en la hierba, procuraba ocultarse de ella.

Ella pasó de largo, y él se quedó durante un rato así, besando la tierra, con los cabellos confundidos con la hierba, triste y feliz, como si la tierra fuese la mujer y la hierba sus cabellos.

Luego se levantó y echó a andar, hasta que la alcanzó en el prado delante de la casita.

No le dijo nada, no le preguntó nada. Porque, además, ahora que estaba cerca de ella, no experimentaba ya aquella sensación de exaltación, de celos, de deseo, que le había abatido al borde de la carretera.

También ella callaba. Caminaba rápidamente para recuperar el tiempo perdido y volver pronto a casa. Llevaba en la mano dos paquetes y un ramo de flores blancas, luminosas en la penumbra del crepúsculo.

La puerta principal estaba cerrada. Tuvieron que dar la vuelta a la casita para entrar por la puerta de la cocina; pero también esta estaba cerrada.

El perro comenzó a ladrar, como si viera a extraños, e insistía, especialmente al oír la voz de Cristiano.

Llamaron varias veces. La puerta no se abría.

—¿Qué habrá sucedido? —preguntó Sarina, mirando fijamente a Cristiano, como si él se

lo hubiera podido decir.

También él la miró. Estaban junto a la puerta, bajo el pequeño cobertizo, iluminado por el último resplandor verdoso del crepúsculo, y una sensación de misterio parecía finalmente acercarlos, como el miedo a un peligro que empuja a dos desconocidos a apretarse uno contra otro. Él acercó su cara a la de ella, hasta percibir el perfume de su piel aterciopelada, y ella percibió el olor a tierra y a hierba que se había quedado en la cara de él; pero no llegaron a besarse porque la puerta se abría.

La criada, sin embargo, les miró como si se hubieran besado: mirada cómplice, burlona y envidiosa a la vez, y a la vez llena de una expresión de reproche y de compasión.

—¿Qué hacías? —le preguntó la señora, con un enfado producido no se sabe si por el retraso o el apresuramiento en abrir la puerta la criada.

La criada retrocedía, seguida por el resplandor del crepúsculo, que la iluminaba por completo contra el fondo oscuro de la cocina.

—El señorito está muy mal —dijo—. No lo he abandonado ni un momento desde que se ha ido usted. No se ha movido más. Tengo miedo...

La señora arrojó al suelo los paquetes y las flores y corrió hacia arriba, a ver lo que pasaba. El hombre la seguía; pero, como la primera vez, no se atrevió a entrar en la habitación, y se quedó en lo alto de la escalera, bajo el resplandor verdoso de la claraboya del techo. Y, durante unos momentos, le pareció estar suspendido a gran altura. Todo era crepúsculo y misterio.

Dentro de la habitación, la mujer, inclinada sobre la cama, llamaba, en voz baja:

—¡Giorgio! ¡Giorgio!

—¡Giorgio! —gritó luego, asustada.

Y cayó sobre la cama, gimiendo y debatiéndose, con la cabeza sobre el pecho del marido, como si él la hubiera cogido por los cabellos y la arrastrara consigo al abismo de la muerte.

Luego, subió la criada con las flores blancas, que había recogido del suelo, y las esparció sobre el cuerpo del señor.

—Se ha ido mientras yo bajaba a abrir —dijo, como en sueños—. Parece haber esperado el momento en que estaba solo.

Primero llegó un hombre, al alborear, todo negro, con cinco sacos largos y negros. Parecía un ser salido de la noche que moría y que dentro de aquellos sacos hubiera recogido toda la sombra.

En cambio, en cuanto estuvo en la habitación del muerto, y después de haber saludado a este y a los vivos con respetuosa indiferencia, desató uno de los sacos, dentro del cual apareció algo brillante.

La sierva ofreció su ayuda; pero el hombre la rechazó con la mano. Luego, de un golpe, sacó del saco, como una espada de la vaina, una larga cruz dorada clavada sobre un pedestal hueco.

La puso a los pies de la cama, observando bien la distancia para que estuviera justo en el medio y en línea recta con los pies y la cabeza del muerto.

Luego, de los otros cuatro sacos, extrajo cuatro grandes candelabros dorados y cuatro cirios, que metió en aquéllos, gordos, lisos y pálidos, como pequeñas columnas de alabastro.

Los encendió uno a uno, con la misma cerilla, que al final tuvo buen cuidado de arrojar por la ventana. La ventana, finalmente, estaba abierta de par en par, y una hormiga se

aferraba al candado, que estaba sobre el antepecho, húmedo de rocío, con el insensato propósito de llevárselo. El aire era frío, plateado, con reflejos de oro, y hasta dentro de la habitación, las cuatro grandes llamas de los cirios, tan graves e inmóviles que parecían de oro macizo, difundían por las paredes un resplandor de sol naciente.

Todo estaba quieto, frío y luminoso. Hasta el muerto, vestido de negro, con los zapatos limpios y la camisa almidonada, con los dedos durísimos entrelazados sobre un pequeño crucifijo de plata, parecía una estatua de mármol, cubierta con los vestidos, un poco demasiado anchos, de un hombre vivo. Sobre su traje negro, y coronándole la cabeza canosa, había flores blancas, inmóviles, como pintadas; pero su olor se iba todo hacia la ventana, como un pensamiento que huye.

Por otra parte, él ya no se preocupaba de todas aquellas cosas que le cubrían y le rodeaban. Todo sumido en su austera meditación, con los párpados cerrados, la nariz un poco violada, dilatada, y la boca apretada y empequeñecida.

Cuando el otro hombre negro, que se movía silencioso, ágil y furtivo como un ladrón, sacó un metro y con rápido cuidado le midió de la cabeza a los pies, le dejó hacer. Por otra parte, el gesto fue tan rápido y el metro grisáceo se abrió y cerró con tal rapidez y tanta discreción, que ni siquiera los vivos que estaban presentes en la habitación se dieron cuenta. Luego, el hombre negro recogió y metió los sacos en un cajón de la cómoda, que la criada, imitándole en su manera de hacer, le abrió; todo con rapidez furtiva, aunque fría y calculada. Parecía que procurara esconder sus gestos. ¿Por respeto a quién? En realidad, porque estaba obligado a hacerlo así.

Finalmente, saludó con respetuosa indiferencia, y se fue.

Entonces, la viuda, que estaba sentada en una esquina de la otomana, vestida todavía con la ropa del día anterior, se levantó y se inclinó sobre el muerto, entre las dos columnas de los dos candelabros colocados delante de la cama. Parecía que observara si el marido volvía a la vida, o si le había aburrido todo aquel ceremonial inútil que acompañaba su partida. Él estaba aburrido y enfadado, sí; pero con un aburrimiento y un enfado que se remontaba a tiempos lejanos, y que solo se desvanecerían con las mismas apariencias que los expresaba.

La viuda le tocó los dedos, que eran la cosa más fría que ella nunca había tocado, y le arregló las flores sobre el pecho. Se irguió más pálida y rígida que los dos cirios que la flanqueaban, y durante unos instantes permaneció inmóvil, contemplando la cama con temor misterioso, como detenida entre las columnas de un pórtico que se abriera sobre la eternidad. La criada la cogió por el brazo y la condujo de nuevo a su sitio, en la esquina de la otomana.

En la otra esquina estaba sentado Cristiano, con expresión cansada, pero con los ojos brillantes de buena voluntad. También él había velado durante toda la noche, después de haber ido otra vez al pueblo para avisar al médico y para arreglar el entierro.

Y había sido él quien había afeitado al muerto, y había ayudado a vestirlo, y, al claro de luna, había cogido en su jardín desnudo las pocas flores que adornaban el cadáver. Ahora había que esperar al doctor para el certificado de defunción. Esperaban, pues, él y la viuda, sentados en la misma otomana, rígidos como los cirios que estaban delante del muerto, sin otra preocupación que la de rendir homenaje a él y a la conciencia de su propio deber.

Pero el corazón les latía por su cuenta, y de cuando en cuando se estremecía, como la llamita de los cirios al moverse el aire de alrededor.

Entonces, Cristiano experimentaba un escalofrío de alegría: le parecía que su sangre retrocediera por sus venas, y recordaba el encrespamiento del mar bajo el viento de Poniente en ciertos crepúsculos rojos de marzo.

«Cristiano —se decía—: respetas ahora al muerto porque ya no tiene necesidad de tu respeto. Ayer, que estaba vivo, no le respetabas. ¿Y mañana? Mañana, el mundo será más amplio, librado de su despojo, y tú beberás en su copa y tendrás la alegría que él no ha tenido».

La llegada del doctor empezó a hacerle temer que a esta alegría no le faltaría alguna vena de amargura.

Sin moverse de su sitio, vio entrar al hombre gordo y rubicundo, que emanaba de la boca un vapor de vida, y a la viuda, que salía a su encuentro, por instinto, con movimientos de avispa, como la mariposa en la pared, que se despierta al encenderse la luz y va a su encuentro.

El doctor le cogió las manos y se las golpeó; luego, la separó y la miró a los ojos, en la boca, en el cuello: mirada de médico, que, sin embargo, llenó de celos a Cristiano. Sin moverse de su sitio, vio que los dos se acercaban al muerto, se inclinaban, hablaban en voz baja, se levantaban, hablaban de nuevo, entre las dos columnas de los candelabros. Le habían dejado a un lado, atrás. Y también tuvo celos por esto, como si el muerto le perteneciera.

El médico se encargaba, no solo del certificado de defunción, sino, además, de preparar los funerales y de cuanto hiciera falta. La viuda le daba las gracias, tranquilizada, como si hasta aquel momento no hubiera tenido aquella ayuda; parecía olvidarse incluso del muerto, porque acompañó al vivo hasta el pie de la escalera. Cristiano, que, a pesar de los celos, o acaso a causa de ellos, se había levantado, adelantándose como si esperara órdenes, o para dar a entender que estaba allí, se quedó solo con el muerto.

El médico se había ido sin saludarle siquiera. Es verdad que tampoco él le había saludado; pero delante de los muertos no se gastan ceremonias.

Delante de los muertos todo debe ir con calma, y, sin embargo, él sintió un impulso violento de derribar la cama, de echar al suelo los candelabros, de llevarse las flores de su jardín... Le pareció que una mano poderosa le cogía la cabeza y se la retorció rápidamente sobre el cuello, como una peonza. Mil cosas le pulularon en la mente, despertadas por aquella sacudida...

Pero cuando la viuda volvió a entrar, él estaba nuevamente en su sitio, más rígido que el muerto.

Ella, en cambio, conservaba el calor vital que la visita del otro hombre le había infundido. Se sentó también en su sitio; pero ya no se estaba quieta como antes: sus piernas, sus delgados pies, se movían sin que ella lo advirtiera. Y Cristiano contemplaba el sol, que ya entraba en la habitación; percibía el olor del campo que el aire traía, volvía a ver la gran campiña animada, entrevista el día antes. Y pensaba: «Mañana ella se irá. Tiene necesidad de correr mundo con sus piernas de ave zancuda».

Mañana... Mañana el mundo estaría de nuevo cerrado para él, a menos que también él echase a correr detrás de la mujer.

Mientras tanto, estaban allí, sentados, sin mirarse, dejándose llevar por el tiempo.

Hasta que llegó un carro brillante, negro, con dorados, tirado por dos caballos negros, iguales. Tan iguales, que parecían fabricados exprofeso, con una mano de barniz en el lomo y en los flancos, con las piernas hechas a torno y un tufo de crin en la frente. Los dos movían la cabeza hacia el mismo lado y golpeaban a compás la pata derecha contra la hierba del prado, delante de la casita, mientras dos hombres, vestidos de negro, también parecidos entre sí, bajaban la caja de nogal y la subían a la habitación del muerto. Cristiano había bajado a recibirlos y los acompañaba.

La caja, último modelo, ligera y sólida, se abría y se cerraba como un baúl, sin ruido. La dejaron en medio de la habitación, donde el sol caía con fuerza, y una vez abierta, pareció un joyero, con su hermoso forro de raso blanco y el fondo acolchado.

La viuda se arrodilló para meter dentro de ella un pequeño almohadón, que volvió y revolvió hasta que lo hubo ajustado bien; luego, pasó la mano por el fondo de la caja para estar segura de que no era duro. Era blando, entibiado por el sol, y ella se levantó tranquilizada.

Entonces, ella, Cristiano y la criada cogieron al muerto, levantándolo con cuidado, como para no despertarle, y lo metieron en la caja.

Ella volvió a arrodillarse y le arregló los pies, el traje, las manos, tan rígidas ya, que los dedos no se habían movido. Luego, volvió a ponerle alrededor las flores que la criada iba cogiendo de la cama y le entregaba. Y estas flores estaban bañadas por el llanto de la criada.

Los ojos de la viuda permanecían brillantes y secos, en su cara cada vez más pálida. Solo cuando el muerto estuvo listo, ella le acarició los cabellos y se inclinó para besarle la frente, y se quedó un rato así. Todavía se decían algo el muerto y ella. Por último, se levantó y emitió una especie de carcajada: estaba llorando.

Pero nadie pareció prestar atención a su dolor, ocupados como estaban todos en cerrar la caja. Uno de los dos hombres había ido abajo y volvía con una cajita de cinc, como la que llevan los fontaneros. Sacó de ella un soplete, que encendió, y luego cogió con una mano, como si fuera una lámpara. La llama oblicua chasqueaba como una lengua infernal, y con ella el hombre soldó, fundiendo el cinc, la caja.

Así quedó sellada, lista para ser expedida hacia la eternidad.

Los cuatro cirios alrededor de la cama desierta, agitaban un poco sus llamitas, como si protestaran de seguir allí sin hacer nada. Mientras tanto, fuera, habían llegado dos coches negros, tirados por caballos negros, y de uno habían bajado tres pequeños frailes, sucios, que parecían de tierra cocida, con los pies calzados en sandalias rotas y la capucha a la espalda hasta el cingulo.

Subieron cantando a la habitación del muerto, y les dieron tres de los cuatro cirios; el cuarto lo cogió la criada, que seguía llorando, pero procuraba que la cera no cayera sobre el pavimento.

Los frailes cantaban alrededor del ataúd. Parecía que hubieran cantado siempre y que tuviesen que cantar siempre, monótonos e indiferentes, aquella nenia, que, a pesar de todo, tenía una dulzura grave y un sombrío reproche. Dulzura y reproche que, sin embargo, resonaban solamente en el tono de las palabras y venían de más lejos que del corazón y de la voz mecánica de los frailes. Canto antiguo en una lengua antigua, de la que se había perdido el conocimiento; pero de la que quedaba la música, grande de admonición y de piedad. Era la misma voz de Dios, que hablaba, no al hombre muerto, sino a los vivos, como si estuvieran muertos y tuviesen que resucitar. Y, entonces, hasta a Cristiano, que hasta aquel momento solo se había conmovido por los demás, se le humedecieron los ojos. Lloraba por él mismo, ahora. Le parecía que, en lugar del muerto, era su corazón el que respondía a aquel canto.

Luego, ayudó a levantar el ataúd, a bajarlo y a depositarlo en el coche. Encima pusieron una corona de palmas y rosas, tan bonitas, que parecían artificiales, y los hombres arreglaron la larga cinta negra, que caía por un lado y otro, para que se leyera bien la

inscripción dorada: «A mi querido esposo».

La viuda lo estaba mirando, con la cabeza envuelta en un velo negro. Dijo que quería seguir el coche a pie; pero Cristiano la cogió por un brazo y la obligó a entrar en uno de los coches cerrados parados delante de la casa.

En el otro volvieron a meterse los frailes, que habían apagado los cirios; pero se los llevaban como si fueran bastones.

El cuarto cirio se lo quedó la criada, que estaba allí, inmóvil, en medio de la agitación de los demás, como si iluminara la escena. Ella esperaba poder seguir el entierro de su señor; pero al ver que no era posible, apagó también el cirio y se lo llevó dentro, pensando que un día podría servir para ella. Mas uno de los hombres negros se lo cogió y lo volvió a meter dentro de un saco, con los candelabros y la cruz. Para consolarla, le dijo en voz baja un requiebro, y ella, con los ojos llenos de lágrimas, le sonrió.

Una vez desembarazada la habitación del muerto, quedó en ella una alegría dé luz, de olor a campo, de liberación.

Desde la ventana, la criada veía avanzar el entierro por la carretera soleada, con el coche brillante, que parecía arrastrar a los otros coches cerrados.

Iban lentamente, tan lentamente, que dentro del coche cerrado, la viuda tenía la impresión de estar parada mirando por una ventanilla, detrás de cuyo vidrio empañado pasaba el paisaje, hecho de dos solas líneas: la azul del cielo y la un poco más azul del mar.

Cristiano estaba a su lado. No se tocaban, no se miraban, no se hablaban; pero ambos sentían que habían comenzado un viaje que, detrás de la muerte, les conducía a la vida.

Luego, el invierno abrió sus alas de nubes sobre el mar y los brezales.

La viuda no había dejado la casita; pero toda relación entre ella y Cristiano parecía de nuevo interrumpida. Las ventanas permanecían cerradas, como cuando estaba vivo el muerto.

Cristiano, al pasar por el sendero para ir al pueblo, se contentaba con mirar la leve flor azulada de humo que se agitaba sobre la chimenea, única señal de vida en tanta soledad.

A veces llamaba a la puerta para preguntar a las dos mujeres si les hacía falta alguna cosa del pueblo. Le abría la criada y le contestaba solícita que tenía que ir ella al pueblo y que, al contrario, si quería, podía encargarse de hacerle sus compras. Y le invitaba a entrar, proponiéndole llamar a la señora; pero él no aceptaba la invitación. Es más, se apresuraba a marcharse.

Iba al pueblo, y observaba que la criada no iba nunca a las horas en que podría encontrarse con él. Solo un día la vio que volvía, tranquila, lenta, con su cestillo oscuro. Desde lejos, le recordó a Ghiana, y se maravilló ante este recuerdo, al darse cuenta de que se había olvidado de la campesina.

La criada se detuvo a saludarle, abrió el cestillo, lleno del amarillo mortecino de los paquetes, mezclado con el verde de las verduras y el rojo de las manzanas, y le dijo el precio de cada cosa. Luego, le preguntó si había ido a ver a la señora.

Él la miró a los ojos. No; la pregunta no había sido hecha con malicia. Más aún: de la cara de la criada se transparentaba cierta solicitud, un deseo de bien para la señora. Y Cristiano observó que la criada se había rejuvenecido, embelleciéndose.

—Di, ¿no tendrás algún asuntillo en el pueblo? —le preguntó, imitando su manera burlona de sonreír.

Y ella enrojeció, muy contenta. Y luego se fue corriendo, balanceando las caderas, como

hacía Ghiana.

Más allá, Cristiano vio, a lo lejos, en la carretera, a un hombre que volvía al pueblo, evidentemente después de haber acompañado durante un trecho a la criada. Le pareció que lo reconocía, y apresuró el paso. Sí; era el fontanero que había soldado la caja del muerto.

Al atardecer, una vez en su casa, vio venir a la criada, que le llevaba algo dentro del delantal. Pero también en su chimenea el fuego estaba encendido y el puchero murmuraba una canción refunfuñona, colgado de un gancho en medio de la llama, como un gran pistilo negro. Todo estaba ordenado y limpio.

Poco a poco, algo tímidamente, la mujer abrió su delantal, levantó un plato blanco que tapaba otro, y sobre el esmalte vaporoso, entre los dos recipientes, apareció un muslo de capón, tan gordo, que la piel parecía de oro derretido.

Cristiano le dio las gracias, un poco conmovido y un poco humillado, no sabiendo si era la criada o era la señora quien le invitaba. Conmovido y humillado en ambos casos.

—¡Qué lujo! —dijo, y luego preguntó si ellas habían comido ya.

—Todavía no. La señora está haciendo un dulce. ¿Por qué no viene esta noche a casa?

¡Ah!, ¿estaba haciendo un dulce? Entonces, era la criada quien había tenido la idea de enviarle el regalo; de lo contrario, la señora le hubiera mandado el dulce. Pero, sin duda, también ella estaba de acuerdo con la solicitud de la criada. Y si hacía el dulce, quería decir que había salido de su melancolía y se encontraba bien.

—No voy, porque no me ha invitado.

—No le invita porque tiene miedo de que no venga.

—¿Lo ha dicho ella?

—No lo ha dicho; pero yo lo sé. Es así, y, además, está muy triste y desconsolada. A veces dice que quiere pasar aquí toda la vida, y otras veces, que quiere marcharse enseguida.

—Y tú, ¿qué piensas? —le preguntó él, con malicia.

La mujer le miró. Ya no sonreía; es más, tenía una mirada tímida, de niña. Quería decir algo, pero no se atrevía.

Instintivamente, llevada por su actividad doméstica, puso en orden algún objeto. Finalmente, cobró valor.

—Si viene... esta noche, o cuando sea, no diga nada a la señora.

—¡Pero si yo no sé nada! —protestó él, inclinándose para ver el puchero, del que levantó la tapadera.

Entonces, la criada vio que del grasiento caldo humeante de dentro del puchero emergían las patas amarillas de un capón.

Después de su comida solitaria salió al jardín.

Era la noche de Pascua. Noche tibia y silenciosa de marzo, forrada de nubes blancas, brillantes y blandas, como cortinas de seda.

Él no había pensado en celebrar la Pascua; pero, a pesar suyo, un antiguo soplo de poesía le subía del corazón y le obligaba a salir de su madriguera, como los animales que han estado durmiendo durante todo el invierno. Pero, sobre todo, le empujaba a moverse en busca de algo que él intentaba no decirse, aunque, en el fondo, sabía perfectamente qué era.

Dio la vuelta al jardín, con los pasos pesados de sus zapatos claveteados, que, sin embargo, no hacían ruido, a causa de lo blando que estaba el suelo, humedecido por el siroco. Y miraba hacia arriba, hacia las copas de los árboles, como cuando tenían frutos.

Las nubes se posaban en ellas, tan bajas, que parecían sostenidas por el leve esqueleto de las ramas, dentadas ya por los brotes. A su alrededor, el perfil negro del seto dibujaba, sobre el fondo blancuzco, su fantástica sucesión de agujas, de pequeñas torres, de murallas almenadas.

De repente, Cristiano sintió la necesidad de evadirse de su camino prehistórico. Salió, y cuando estuvo en el sendero, miró al mar, y se dirigió hacia la casita; pero vio luz en la ventana del saloncito, y le pareció que oía hablar dentro.

¿Quién era? El corazón le latió de curiosidad, de celos, de pesar, por estar fuera de aquella habitación, por estar fuera de la vida. Pero acaso se engañaba: acaso eran la señora y la criada quienes charlaban.

Sin atreverse a acercarse a la ventana, dio la vuelta a la casita. El perro ladraba, y, bajo el cobertizo de la puerta de la cocina, entrevió a dos personas que hablaban en voz baja, muy apretadas.

Al oír sus pasos, se separaron; pero él volvió enseguida atrás, perseguido por los ladridos del perro, y aquellos gritos roncros, rasgados y pesados le golpeaban la espalda, la cabeza; era como una descarga de piedras que le aplastaba; le amenazaba con cosas peores si no huía enseguida, y, al mismo tiempo, se burlaba de él y le compadecía.

Y él huía, y no se detuvo hasta que la llegada del agua le advirtió que no podía pasar más allá.

Se quedó delante del mar agitado, como si estuviera delante de un espejo que, en realidad, reflejara su alma tal como se encontraba en aquel momento, llena de un tumulto gris y ardiente.

¡Qué lejos estaban las tranquilas mañanas de verano, cuando el mar, brillante y muerto, le parecía igualmente un espejo de su tranquilidad interior! Y, al principio, se irritó, al darse cuenta de que no echaba de menos aquella tranquilidad; que, al contrario, el recuerdo de aquellos días le despertaba un sentimiento de piedad hacia sí mismo; pero, luego, comenzó a sentir una exaltación, mezcla de terror y de alegría: la certidumbre de que amaba de verdad, de que su amor resistía los celos, la duda, el miedo al dolor.

—¡Es verdad que amo! —dijo, en voz alta, inclinando la cabeza.

Y decidió ir a ver a la mujer y ofrecerse. Le bastó esta decisión para sentirse feliz, con una felicidad trepidante, tanto, que se inclinó y se santiguó con el agua del mar.

Volvió atrás; pero le pareció que se encontraba en un lugar distinto del que había atravesado poco antes.

Una niebla improvisa, tibia y plateada, le rodeaba. Parecía que las nubes hubieran bajado hasta la tierra.

Ni siquiera vio su casa; solo sintió su seto, y lo buscó con la mano a través de la niebla.

Luego, se encontró como en la orilla de un lago. En la ribera opuesta se veía una luz: la ventana de Sarina.

Y Cristiano atravesó el prado, recordando ciertas noches de su adolescencia, cuando andaba entre la niebla por las grandes avenidas de circunvalación, y los faroles le parecían estrellas, y todo era bello y fantástico a su alrededor, con una belleza de sueño, porque todo era bello dentro de él. También entonces iba hacia la vida; entonces como ahora. Y también ahora se sentía joven, con el alma intacta.

De nuevo dio la vuelta a la casa, hacia la puerta de la cocina. Las sombras habían desaparecido y el perro callaba. Ni siquiera ladró cuando se acercó a él: comprendía que el hombre quería entrar en la casa con el corazón sincero.

Solo el aspecto ambiguo de la criada, al abrirle, turbó de nuevo a Cristiano.

—La señora, ¿está sola?

—Y ¿con quién quiere que esté?

—Entonces, ¿puede recibirme?

—¿Quién sabe? Así... ¡a estas horas!

—Si tú misma me has dicho que viniera. Ve a decirle que estoy aquí.

Permaneció durante unos momentos en la cocina, tibia, iluminada por el fuego. Todo estaba todavía en desorden; pero un desorden alegre, como el de los días de fiesta en las casas en que la gente piensa gozar.

Y él deseó sentarse al lado del fuego y hablar allí con Sarina. En cambio, tuvo que pasar al saloncito.

Y el saloncito, sin fuego, seguía siendo brillante y frío, con reflejos como de luna. Sin embargo, la mano que Sarina, sentada, leyendo junto a la mesa, le tendió estaba caliente.

Ella no tenía necesidad de fuego; era muy joven todavía.

—Hace poco —dijo él, rígido delante de la mujer, como un soldado— he venido hasta su puerta, con el deseo de verla y saludarla. No he entrado porque he oído hablar aquí, y he creído que no estaba sola.

—Pero ¡si era yo, que leía en voz alta! Siéntese.

Él se sentó, apartado de ella.

—Es una costumbre que tengo desde pequeña. Cuando estaba sola, durante las largas veladas de invierno, o durante las de verano, que son más largas todavía, leía especialmente comedias y dramas. Mi voz me parecía la de los personajes, y me hacía compañía. Además, soñaba con llegar a ser una actriz.

—Es el sueño de todas las muchachas desocupadas —dijo él, contrariado.

Luego, tuvo enseguida el temor de haberla ofendido, y le preguntó qué libro leía.

—Léame alguna página.

Ella miró la portada del libro, como si todavía no supiera su título; luego, lo cerró y lo dejó en la estantería de la mesa.

Cuando levantó la cabeza, sus ojos tenían una luminosidad profunda, maliciosos y apasionados, y buscaban los de él.

—Yo leo cuando estoy desocupada; es decir, sola. Ahora...

Él ya no evitaba aquella mirada, que le penetraba hasta el alma y se la inundaba de luz. Estuvieron durante un rato así, mirándose. Él no sabía cuánto; ya no sabía nada. Solo tenía la impresión de estar todavía a la orilla del mar y de tener el poder, ahora, de ir más allá, de andar sobre las aguas y sobre las nubes, de desvanecerse en el infinito.

—Sarina —dijo con voz alterada—: dígame que no es un sueño.

Por toda respuesta, ella acercó su silla a la de él, y le ofreció una mano. Y bastó este contacto para que los dos se fundieran en un solo temblor.

—Gracias —murmuró él—. Usted me resucita. Porque yo estaba muerto... Peor que muerto... Ahora, estoy aquí, soy una cosa suya. Haga de mí lo que quiera. Pero, Sarina, dígame enseguida lo que quiere hacer conmigo. De todas maneras seré feliz, con tal que lo sea usted y me quiera de veras.

—Si no le quisiera, no estaría aquí —dijo ella, en voz baja, pero mirando a su alrededor, como si temiera que le escuchara alguien.

Él le besó la mano, con agradecimiento, aunque también ya con miedo de que se le escapara.

—Usted es bueno —murmuró ella, enternecida por su humildad.

—No, no lo soy; al menos, con los demás. Lo he sido, sin embargo. Mi bondad era como

un diamante en bruto contra el cual arremetían, rompiéndolo, todos aquellos que querían beneficiarse de él, y yo les dejaba hacer; es más, experimentaba placer. Ahora, después de tanta limadura de dolor, siento que mi bondad existe todavía; mejor dicho: es más pura que antes. Pero, igual que el diamante tallado, no se presta a más disminuciones. Se entrega por completo o permanece dentro de mí, inútilmente preciosa, como el diamante en su estuche.

La mujer le escuchaba pensativa, inclinada hacia él, con una sensación de curiosidad casi infantil.

Él se llevó las dos manos de Sarina a la cara, y, por un momento, pareció que quería decir algo de su secreto. Luego, reanudó:

—También usted es buena. Solo una bondad como la de usted podía sacrificarse como se ha sacrificado. Por esto, además, la quise, desde el primer día que usted llegó aquí. ¿Se acuerda? Allí, en el pozo, me habló enseguida de su marido enfermo, y yo adiviné toda su vida de tristeza y de sacrificio. Y no se ría de mí, Sarina, si le digo que este es mi primer amor... Este... este... Esta es la cosa grande, que hace que casi me dé miedo mi felicidad. Porque ya me creía condenado a no amar, a no ser nunca amado. Ya no creía en el amor; ya no creía en la Humanidad. Vivía de rabia y odio. Usted ha llegado, y la vida ha cambiado de aspecto para mí.

Pero la sola alusión a los tristes días pasados arrojó una sombra sobre el corazón de ella, y él, que a su vez la miraba intensamente, se dio cuenta y se atiesó.

Poco a poco, ella retiró las manos; poco a poco, una sensación de misterio volvió a separarles: un misterio que conseguía incluso vencer la atracción de los sentidos. Y ella intentó explicarlo.

—Mañana por la mañana iré a verle y hablaremos mejor. Aquí no... aquí no... no es posible hablar de amor y de alegría. Tengo la impresión de que él está todavía en su habitación sufriendo. Tampoco él creía ya en el amor, en la Humanidad. Este era su peor mal. Tanta sombra me ha dejado alrededor, que todavía no consigo encontrarme a mí misma. Porque usted no lo sabe, Cristiano; usted no lo sabe todavía todo... Él creía que yo le odiaba, y más de una vez ha intentado matarme...

Cristiano se volvió, pálido hasta los labios, inclinó la cabeza, y Sarina se dio cuenta de que cerraba los ojos para no llorar. Entonces se arrepintió de haberlo entristecido tanto, y, para disipar un poco la siniestra impresión de sus últimas palabras, dijo:

—No le oculto que le esperaba, Cristiano. Si me he quedado aquí, en esta soledad, ha sido por usted. También para mí, usted representa... la reanudación de la vida; es decir, de una vida mejor que la de antes... Acaso usted pueda darme todo aquello que he soñado de niña, y yo pueda darle todo aquello que usted todavía no ha tenido. En el fondo, siento que aún soy una niña, que tengo el corazón lleno de alegría. Pero déjeme pensar un poco antes de decidir nuestro destino.

—Usted no me ama lo bastante, si razona así —dijo él, con amargura.

—Tal vez es verdad... Pero es la sombra... es la sombra —repitió ella, mirando a su alrededor—; me parece ver siempre la sombra de él. Mañana por la mañana iré a su casa y hablaremos mejor...

Y él insistió, porque también veía de nuevo la sombra que le separaba de la vida. Y pensaba: «Tendrá que quererme mucho, ciegamente, para amarme, incluso después de decirle quién soy».

A la mañana siguiente, desde la aurora, él encendió un gran fuego en su chimenea para

calentar la casa. Una niebla espesa, clara, tapaba los ventanucos con su tela blancuzca. No hacía frío, y, sin embargo, de cuando en cuando él se estremecía. Tenía miedo de que Sarina no fuera, a causa del tiempo, o porque no quisiera ir. Pero ¿por qué, si lo había prometido? Además, no se trataba de una cita culpable. Y, sin embargo, él tenía miedo... Pero no iba a buscarla para esconder este miedo.

Hela finalmente a la puerta, con un abrigo de pieles, negro, que hace resaltar más la blancura perlácea de su cara y el rojo de su boca, de la que surge un tenue vapor.

Aquella blancura, y el resplandor de sus ojos, y hasta la misma piel del abrigo, brillante de gotitas de agua, como el pelo de un animal que ha corrido bajo la lluvia, aumentaron la alegría y la confianza de Cristiano.

De un salto salió a su encuentro, la ciñó con el brazo y la condujo hacia la chimenea, alisándole instintivamente la manga del abrigo de pieles, y aquel contacto le produjo un estremecimiento de voluptuosidad. Sus ojos se encontraron otra vez, los labios se acercaron, sin dar tiempo al pensamiento a que se rebelara. Y todo quedó olvidado.

Y, no obstante, sucedía una cosa extraña. Mientras la mujer tendía a ir hacia la habitación de él, él la llevaba hacia la chimenea, y fue el primero en dejar de besarla, esperando que ella hablara.

La niebla se adensaba sobre la pequeña ventana; hundía la casa. Él pensaba que hubiera podido ser feliz enseguida, y, sin embargo, no quería, y en esta negativa exasperaba todavía más sus sentidos; a pesar de ello, no quería.

El mismo abandono de la mujer le irritaba. Sentía algo de felino y de ambiguo en ella: el cuerpo cercano, pero el alma ausente.

—He pensado toda la noche en ti —dijo ella—, todo, toda la noche... Soy feliz con nuestro amor. Te doy las gracias, ¿sabes?, te doy las gracias y acepto tu proposición.

«¿Cuál? —pensó él—. Las proposiciones han sido dos: o esposo o amante».

—Pero tenemos que conocernos mejor, Cristiano.

«¡Vaya, ya hemos llegado!», pensó él.

—¡Yo creo conocerte tanto ya! —dijo, con tristeza—. Te conozco porque te amo; tú, en cambio, no me amas lo bastante.

—¿Qué puedo hacer más de lo que hago? —dijo ella, un poco exasperada—. Estoy aquí... te amo. Si no te parece bastante, depende de ti que lo sea...

—Qué, ¿qué puedo hacer? —protestó él a su vez—. ¿Puedo amarte más?

Volvió a besarla, y veía que los ojos de ella se inundaban de voluptuosidad, mientras dos surcos de angustia le cruzaban las mejillas alrededor de la boca.

«Sé, sé lo que quieres —pensaba—. Quieres saber quién soy. Pero si te lo digo, podrás aceptarme como amante, nunca como marido; no querrás unirme conmigo, sino solamente hartarte de mi para luego dejarme. Y yo te quiero toda, para toda la vida. Peor para ti si has venido a buscarme a los confines del mundo. No; tú no me amas lo bastante para decirte quién soy».

Y, sin embargo, estuvo a punto de cogerla y decirle su secreto. Momentos de ansia, como cuando se llega a la cima última de un monte y se está entre la embriaguez del infinito y el miedo del abismo.

—¿Qué puedo decirte de mí? —comenzó a gemir sobre su rostro—. Ya te lo dije todo, un día, ¿te acuerdas?, aquí. No tengo parientes: solo mi madre, que vive muy lejos, en Argentina, y se preocupa poco de mí; se ha vuelto a casar, y ahora es casi rica. También yo

tengo lo suficiente para poderte ofrecer una vida más holgada que la que has conocido hasta ahora. Después del segundo matrimonio de mi madre y de la muerte de mi mujer, he vivido unos años tan tristes, que he odiado a la Humanidad. Hace unos tres meses, busqué una casita aislada, solitaria, en la que pasar algunos meses de reposo. Encontré esta, y aún vivo en ella.

—Dime, dime... —insistía ella, echándole su aliento ardiente a la cara.

Él se estremecía ante aquel aliento, y seguía añadiendo algunos detalles de su vida; pero el secreto mayor permanecía dentro de él, y le desagradaba, y, al mismo tiempo, se sentía feliz de que la mujer no lo adivinara, ni siquiera de lejos.

Pasó un día, pasó una noche. Encerrado en su casita, Cristiano oía el lamento del mar, y le parecía el lamento de su corazón feliz.

Luego, a la aurora, cuando se despertó, se quedó sorprendido por el gran silencio de alrededor.

Solo algún grito de pájaro atravesaba el aire. El día parecía abrirse, por el ventanuco de la habitación, como una flor blanca que, poco a poco, se teñía de rosa.

De repente, un repiqueteo resonó sobre el cristal: era un pájaro.

Y Cristiano se levantó como un niño. Corrió a la ventana y gritó de alegría. Durante la noche, las flores del melocotonero se habían abierto; sobre cada flor brillaba una guirnalda de rocío, e hilos iridiscentes, collares delgadísimos de perlas, corrían de un extremo a otro del seto.

El aire olía a resina y a menta. Era la primavera. Y él sintió deseos de correr hasta la orilla del mar, de revolcarse en los juncos, de lavarse con el rocío.

El pensamiento de que dentro de poco volvería a ver a Sarina le hacía sufrir. Luego, comenzó sus faenas acostumbradas, y en el silencio de la primera mañana oyó una leve llamada a la cancela, que le devolvió a la angustia del pasado. Sarina no podía ser a aquella hora. Tenía que ser Ghiana.

Ghiana estaba allí, detrás de la cancela, con su canasto; pero tan cambiada, que casi no se la reconocía. Un chal florido le rodeaba la cara hinchada, manchada de pecas color marrón, como un fruto estropeado, y se le cruzaba sobre el pecho, con las franjas que caían sobre su vientre saliente. La falda, corta por delante, dejaba al descubierto sus pies grandes, con las medias azules y los zapatos enfangados.

Y su mirada era torva y extraviada; su respiración, jadeante. Parecía una bestia acosada.

Entró resuelta; pero, luego, esperó a que Cristiano cerrara y la precediera, como otras veces. Y él cerró y la precedió, como otras veces; pero parecía más extrañado que ella. La notaba a su espalda, jadeante, pesada, e inclinaba la cabeza, como si el peso de ella le gravitara sobre el cuello.

La alegría de poco antes se había desvanecido; la sombra antigua tornaba a envolverle.

Al llegar a la puerta, Ghiana hizo ademán de sentarse en el umbral; pero él le ordenó rudamente que entrara y la obligó a sentarse junto a la puerta.

—Bueno —dijo, moviendo la cabeza en señal de despecho—, ¿qué hay? ¿Qué has venido a hacer?

Ella pareció buscar la respuesta, con la cabeza baja, escondiéndose con los extremos del chal el vientre, que se levantaba y se bajaba. Pero la respuesta estaba en esta misma ansia, y Cristiano sentía cerca de ella un estremecimiento, que ya no era de rabia, pero tampoco de alegría. Intentaba no mirarla, y no podía. Aún así, deforme, pálida entre las flores rojas de

su chal, le parecía que también ella formaba parte de la primavera; también ella, con su fruto dentro, y hacía el cálculo de los meses, obstinándose en creerse engañado por Ghiana y queriendo convencerse de que aquel hijo no era suyo.

Ella adivinó este pensamiento, y dijo, con su acostumbrado tono humilde:

—Hace casi siete meses que mi Alessandro ha vuelto. Justo, el tres del mes que viene hará los siete meses, y sobre ese día, si Dios quiere, nacerá la criatura. Pasará por ser una sietemesina. Estoy de acuerdo con la comadrona, que es buena y tiene compasión de las desgraciadas como yo. Además, le he dado su anillo; no tenía otra cosa y tampoco me lo podía poner. Hasta mi vieja cree, o finge creer, que estoy en el séptimo mes. Si Dios quiere, todo irá bien. Hasta mi Alessandro está contento.

Esperó que él le dijera algo; pero él callaba, con la cabeza gacha como ella, y no sabía qué decir.

—Solo el viejo no parece contento. No dice nada; pero está siempre contando con los dedos, y cuando me habla, no me mira a la cara. Y, luego, grita por nada. Se comprende que sospecha... Yo tengo miedo de él, tengo miedo de que Dios me castigue por mano del viejo. Ahora hace tres días que está en cama, con fiebre, y también mi Alessandro está fuera, por la visita a los llamados para la guerra. Esperemos que Dios me lo deje en casa y no me castigue, además, con quitármelo otra vez. ¡Es tan bueno, pobre muchacho, tan obediente a sus padres, como si fuera un niño! Y cree en Dios y reza siempre, y me quiere de verdad. Yo creo que me perdonaría si llegara a saber... Pero yo no quiero hacerle sufrir, aunque a veces esté tentada de confesárselo todo. A mí, tal vez me perdonaría —añadió, tímidamente—; pero a usted, no.

Él sonrió un poco.

—¿Has venido para decirme esto, después de tanto tiempo que no te dejabas ver? —preguntó, con tono áspero.

Y comenzó a pensar que lo que ella quería era dinero.

—¿Qué he venido a hacer? La cosa la sabía, y si acaso, era usted quien me tenía que buscar. Pero no importa, mejor así. Yo no quiero nada de usted. Solo que... solo que tengo miedo de morirme y quería saludarle y pedirle perdón.

—¿Perdón?

—De haberle preocupado. Hubiera sido mejor, sin duda, que esta criatura no naciera; pero ¿quién sabe?, si luego sale bien, si es sana, si es buena. ¡Dios puede castigarme también con esto!

Una sombra pasó por los ojos del hombre. Le parecía que comprendía un misterioso presentimiento de Ghiana, que ella conociera de verdad su secreto y tuviera miedo de que el hijo se pareciera en sus errores al padre.

Sombras, sombras. Él se puso a pasear por la habitación para arrojarlas; pero también para no contemplar más la cara de la mujer.

—Confiemos en Dios —continuaba ella, cada vez más intimidada—, y no se preocupe, suceda lo que suceda. Aunque yo me muriera, mi Alessandro cuidaría de la criatura, y si él tuviera que irse a la guerra, siempre quedarían los viejos.

—Pero ¿por qué tienes que morirme? —le preguntó él, cada vez más preocupado—. ¿Por qué?

—No soy yo la que quiere morirse: es que ya no soy joven y este es mi primer hijo. Sin embargo, no es esto lo que me preocupa, sino que algo me tiene que pasar. El viejo me lo dice siempre, sin explicarse, y me da más miedo todavía. Me dice siempre que los pecados se pagan; cuenta siempre historias de hijos que han pagado las culpas de sus padres... A

veces me despierto por la noche, y ya no puedo dormir. Tengo incluso miedo de que él, el viejo, si vive, le haga daño a la criatura, que la llegue a matar.

—Estás enferma, Ghiana —dijo él, suavizándose un poco—. Tienes escrúpulos inútiles, que antes no tenías. Tal vez tu marido, con su santurronería, te hace más mal que bien. Deja a Dios en el Paraíso, y piensa solamente en estar bien y en curarte.

Ella pareció ofenderse. Poco a poco levantó la cabeza: primero con trabajo, como si le pesara; luego, con un esfuerzo duro. Una vez levantada, no volvió a doblarla; pero todavía no le miraba a la cara.

—He venido por otra cosa —dijo, al cabo de un momento de silencio—. Mi vieja sigue preguntando si quiere vender la casa.

Él no contestaba.

—Tenemos el dinero a punto. Está allí desde hace siete meses.

—¡Desde hace siete meses! —repitió él, como para sí. Luego dijo, de nuevo con aspereza—: ¿Y no encontráis otra casa?

—Quisiéramos esta.

Él volvió a caminar arriba y abajo de la habitación, y ahora sentía que la mirada socarrona y escrutadora de la mujer le seguía.

De improviso, se le plantó delante, amenazador. En el fondo sentía que Ghiana conocía su amor y que, celosa a su modo, había ido para turbarle la alegría de su nueva vida e intentar alejarle de la mujer amada; pero quería creer en otra cosa: solo en la avidez, solo en la astucia de ella quería creer.

—Dime la verdad —le increpó brutalmente—: tú quieres que te regale la casa, ¿no?

Una expresión, primero de sorpresa, luego de susto, alteró la cara de Ghiana: ella no le comprendía o no quería comprenderle.

—¿Usted, regalarme la casa? ¿Qué quiere decir? Alessandro, entonces, sabría... y también los viejos...

Luego, de repente, la ira pudo más, y la hizo enrojecer.

—¡Ah!, ganas me vienen de escupirte a la cara —gritó, levantándose, con los puños apretados bajo el pañuelo—. ¿Tú crees que he venido a pedirte algo? ¿Te he pedido nunca nada yo? Anda, anda, eres un señor; pero eres un miserable. Y le compadezco, porque... porque...

No acabó la frase, y se aferró a la silla, sollozando sin lágrimas. También él se sentía profundamente alterado; aquel «usted», que ella volvía a emplear después del momento de ira, le hería más que la ira misma. Percibió que ella le trataba de usted por respeto a sí misma, arrepentida ya de haberlo injuriado bajamente, y por primera vez también él experimentó una sensación de respeto hacia ella: respeto que no aplacaba su enojo.

—¡Tú me compadeces, tú! ¿De qué? —gritó—. Dilo, dilo enseguida.

Ella sollozaba, doblada sobre la silla, y parecía tener miedo a que él le pegara.

—¿Tú me compadeces? ¿De qué? —insistía él, sin saber en realidad por qué esta compasión de Ghiana le despertaba tanta indignación.

O, mejor dicho, sí, lo sabía, y quería que ella se doblegase y al fin se lo dijera; pero quería, con su misma solicitud amenazadora, impedirle hablar.

—Vete y no vuelvas más; de lo contrario, no respondo de mí. Te pegaría.

—¡Hágalo! No tengo miedo —dijo ella, rápidamente, doblándose todavía más, como para prestarse mejor a sus golpes.

Esto le tranquilizó.

La cogió por los hombros y la obligó a sentarse de nuevo. Luego, volvió a pasear.

En el silencio la oía jadear, y hubiera querido consolarla; pero no podía, no podía. Ghiana había llegado demasiado tarde.

—Comprendo tu pensamiento. Pero ¿por qué quieres que me vaya? —dijo, finalmente, sin pararse—. Lo que tiene que suceder, sucederá igualmente, aquí o en otra parte. Además, no he sido yo quien te ha abandonado, Ghiana. Has sido tú la que no ha vuelto, y yo no podía ir a buscarte, cuando tú misma me habías dicho que tus suegros sospechaban. Al no verte más, creía que tú misma deseabas que todo hubiera terminado. Y creía que te engañabas sobre tu estado. Ahora, ya que las cosas están así, ¿por qué quieres que me vaya? Te ayudaré, cuidaré yo del niño. No creas que soy un hombre sin conciencia.

Ghiana movía la cabeza. No, no quería esto. El remedio era peor que la enfermedad.

—Yo no quiero ayuda, ni para mí ni para él. Además, mi Alessandro no es hombre al que se le pueda engañar más de una vez. No quiero nada. Solo me quejo porque ha dejado de quererme.

—¿Por qué dices esto? ¿Te he ofendido en algo? Eres tú, repito, la que no ha venido más.

—Pero podía venir usted. Un hombre de corazón encuentra siempre la manera de hacer el bien. Si pasaba una sola vez por casa, no hubiera despertado ninguna sospecha, incluso con el pretexto de ir a hablar de la casa. En cambio, nada: como si no nos hubiéramos encontrado nunca; peor todavía, como si hubiésemos sido dos perros. Los cristianos no obran así. Yo soy una mujer ignorante y usted una persona instruida; pero cuando hay de por medio un hijo, todos somos iguales. Yo, por lo menos, lo creía así. Pero usted nunca me ha querido, no, no. Siempre me ha considerado como una bestia; pero como tal, entonces, hubiera tenido que respetarme.

«Es verdad, es verdad», decía él para sí.

Y una vez más pensaba en el fracaso de su prueba. No, no bastaba la soledad para purificar al hombre.

—El único consuelo que me podría dar todavía —reanudó Ghiana, en voz baja, como si tuviera miedo de revelarse a sí misma este pensamiento— es irse. Sí, el único.

—Pero ¿adónde, Ghiana? A ti te parece una cosa fácil para un hombre como yo vender la casa y marcharse por el mundo, en busca de otra casa como yo la quiero.

—Ahora que ya no le importa tanto estar solo, le será más fácil encontrarla —dijo ella, con amargura.

—¿Ahora? ¡Ahora más que nunca! —gritó él, lleno de todos sus antiguos rencores—. Si me voy, voy a esconderme en lo alto de una montaña. ¡Oh!, ¿por qué uno no podrá estar nunca solo, libre, nunca?

—Es Dios quien así lo quiere.

Después de haber dicho esto, ella se levantó de nuevo, y sus mismas palabras parecieron convencerla a resignarse, a abandonarse a la voluntad de Dios.

—Yo le deseo toda clase de bienes —dijo—; pero vigile que la otra no le haga pagar su pecado. Adiós.

Sin embargo, él no la dejó marchar. Una sensación de miedo supersticioso se apoderaba de él. Sí, sentía que había pecado, que había tomado la mujer ajena, como se coge una fruta que está al alcance de la mano; que había arrojado la semilla de su vida, como la semilla al viento, y temía pagarlo todo.

—Ghiana, no te vayas; toma algo. Te daré un poco de café. Siéntate; no te vayas. No es posible que te deje ir sin que tú me digas qué puedo hacer, luego, por ti y por tu criatura.

Ella levantó los ojos, mirándole desde abajo, con una mirada firme, luminosa de dolor.

—He sabido que tiene que casarse con la otra. Eso es... Haga lo que quiera; pero váyase

lejos, que yo no oiga hablar más de usted. Eso es...

Él inclinó de nuevo la cabeza, y, no sabía por qué, su felicidad, ahora, le parecía menos grande que antes.

—Si yo me decidiera a irme de aquí, lejos, a un sitio donde nunca más se supiera nada de estos lugares ni de la gente que conocemos, ¿tú vendrías conmigo? —le preguntó.

Y no sabía si hablaba con convicción o si quería probar a la mujer.

Ella contestó, enseguida:

—Iría.

—¿Y tu marido, entonces? Hace poco decías que no querías hacerle sufrir.

—Antes que él está usted.

—Yo podría maltratarte, Ghiana. Ya conoces mi carácter.

—¿Qué importa? Precisamente porque le conozco, no tengo miedo de usted.

—¡Tú me conoces! —dijo él, como para sí—. ¿Me conoces de verdad? ¿Sabes quién soy?

—Sí —dijo ella, finalmente.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El viejo.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Yo no lo sé. Sé que me lo ha dicho varias veces, seguramente para convencerme de que no viniera más.

—Pues bien, Ghiana: quién sabe si un día, de verdad, yo tendré necesidad de ti. Ahora vete, permanece tranquila, y procura hacer venir bien al mundo a nuestra criatura. Quiero decir que será de verdad Dios quien lo querrá. Empiezo también yo a creer en Él. Tú, tal vez —añadió, en voz baja—, eres el hilo que me lleva de nuevo a Él.

Ella abrió los ojos, como para entender mejor sus misteriosas palabras, y una alegría confusa le agitaba el corazón. Le parecía que, finalmente, había conquistado al hombre, que se podía ir con él por el mundo, que podía guiarle como se guía a un ciego. Aunque confusamente, sentía estas cosas, y pensaba con alegría en su nuevo estado, en los mismos peligros a los que se exponía; pero, sobre todo, en lo que, entre otras cosas, le decía el viejo, bien informado: ¡que Cristiano era muy rico!

Él calentó una taza de café y se la sirvió, casi tímidamente, y ella cobró valor del todo. Sorbía lentamente el café y levantaba los ojos hacia los ojos de Cristiano, con su antigua expresión de deseo y voluptuosidad. Pero esto recomenzó a irritarlo y, además, le despertó una sensación de repugnancia.

De nuevo volvía a ver en Ghiana a la bestia, así, inmediatamente después que ella se había revelado como alma.

«¡Ah!... Hay que ser duro con las mujeres, Cristiano; duro como el domador, que solo con la amenaza del sufrimiento y de la muerte mantiene a raya el instinto ciego de las fieras».

Cuando ella se levantó para irse, no la retuvo ya. Al contrario, la acompañó hasta la cancela y le metió un sobre con dinero en el bolsillo del delantal. Ella no lo rechazó, y él se quedó mirándola mientras se alejaba.

Se alejaba despacio, con la canasta en la cabeza y las caderas todavía balanceantes. Vista por detrás, seguía siendo la misma, y Cristiano se tranquilizaba pensando que ella, en el fondo, era buena y no le perseguiría.

Y se tranquilizó del todo cuando vio que, al llegar al recodo del sendero, se sacaba del bolsillo el sobre y contaba lentamente el dinero.

Más tarde, llegó la otra, y las sombras se desvanecieron.

Y durante días y semanas pareció que solo la luz reinaba sobre la tierra. También las noches eran claras, iluminadas por una luna tan límpida y brillante, que parecía un astro nuevo recién creado, y al verla surgir, en el crepúsculo rosado, cada vez más grande y más vívida, daba la impresión de que tuviera que transformarse en sol.

La tierra arrugada se distendía bajo la tibieza del sol, readquiría sus vestidos verdes, bordados de violetas. Hasta el mar estaba tranquilo, como un viejo guerrero que, después de muchas batallas, se entrega todavía a sueños de amor y se ruboriza al beso del atardecer primaveral.

Los dos viudos se querían, libres también de sí mismos, porque cada uno vivía en su casa y se veían solo en las horas en que la necesidad de verse los empujaba a encontrarse.

Así, todo iba bien. Y, no obstante, Cristiano no era feliz.

La visita de Ghiana le había dejado una sombra alrededor, y estaba decidido a confesárselo todo a la otra; pero ni siquiera en las horas de más intenso amor conseguía manifestar su verdadero pensamiento, y después, se sentía más solo que nunca.

Pero un día ella accedió a que salieran juntos. Juntos fueron bajo el sol, en la viva luz de la mañana, más unidos así que en el interior de sus casas.

El perro meneaba la cola al verlos alejarse. La criada los contemplaba desde la casa como a dos novios que fueran a casarse.

Abajo, en el sendero, él la cogió por el brazo y mantuvo su mano apretada contra su pecho. Ella le permitía hacer. Sin embargo, caminaba un poco distraída y ausente, dejándose llevar. Solo al llegar a la esquina del seto hizo ademán de dirigirse hacia la cancela del jardín de Cristiano. Pero él la apartó dulcemente.

Fueron hacia el mar.

—¿Te acuerdas —le dijo— de la primera vez que nos encontramos? Todavía conservo la impresión de que tenías algo luminoso alrededor que no me permitía mirarte. Tú, en cambio, me veías perfectamente, con mi cántaro y mi cubo, y me tomaste por un pobre diablo.

Ella se echó a reír, pero todavía un poco distraída; luego, acercó su cara a la de él, atrayendo los ojos del hombre con aquella mirada suya, profunda, que le devoraba el alma.

—Pobre o rico, ¿sabes lo que eras para mí? Eras un hombre.

—Entonces —le preguntó él, con voz ronca—, ¿tú elegiste enseguida? Pero ¿no pensabas que un hombre tiene en su vida, como todos, debilidades y errores?

—No lo sé. No lo he pensado.

—Y ahora, ¿lo piensas? Dime la verdad, Sara: hablemos un poco. Si no intentamos conocernos ahora, tal vez no nos conozcamos nunca. Aquella mañana que viniste a verme, tenías razón: debemos conocernos. En el fondo, tampoco yo sé nada de ti.

—¿Qué quieres saber de mí? —dijo ella, riéndose de nuevo—. Me tienes en tus manos, como si fuera una muñeca; rómpeme, y verás que dentro no hay ningún misterio. Cien veces te lo he contado ya todo. De muchacha, he soñado con todas las cosas que sueñan las muchachas: en el amor, en la riqueza, en la vida de la ciudad, y no he tenido nada. Me casé con un hombre que ha muerto en mis brazos mucho tiempo antes que se muriera de verdad, y he tenido que pasar con un cadáver los años más bellos de mi juventud. Y, sin embargo, le quería. Tú lo has visto; la piedad me lo ataba al corazón. Se había convertido en algo así como un hijo mío. ¡Pero necesitaba de algo más! Tenía necesidad de un hombre vivo,

porque yo estaba viva. Y tú me has aparecido en la soledad...

—Así, ¿me has elegido solo por esto? Cualquier otro hombre que se te hubiera aparecido...

—No; poseías algo especial. Sabía que vivías solo. Una atmósfera de misterio te rodeaba.

—Además de un pobre diablo, podía haber sido una persona poco buena.

—¡Oh, no! Por la cara se te nota que eres un caballero. A decir verdad, yo creía que eras un artista. Es fácil que un artista, en un momento determinado, quiera apartarse, hacer vida de ermitaño.

Él calló durante unos momentos, sin dejar de apretar la mano de Sarina contra su pecho. Hubiera querido caminar así para toda su vida. Fue ella quien le detuvo. Estaban a la orilla del mar y no podían ir más allá; pero parecía que se hubieran detenido simplemente como nos detenemos, en mitad de la calle, para proseguir una conversación.

—Aquella campesina, Ghiana, que venía para hacernos las faenas, hablaba siempre de ti de una manera extraña, reticente e insistente: parecía que estuviera enamorada de ti, pero que no quisiera mostrarte bajo una luz buena, tal vez por celos. De todas maneras, tenía necesidad de hablar de ti, y no se iba sin lograr verme y decirme algo sobre ti., De esta manera yo sabía cómo era él; interior de tu casa, tus costumbres, tu carácter. Ella afirmaba que eras un gran señor y que en tu pasado había un misterio. Ella insinuaba que conocía este misterio; pero no quería decirlo. Solo un día dijo que, más que por tu gusto, estabas obligado a vivir así por otras razones.

—¿Qué razones? —preguntó él, con su antiguo tono brusco, separándose de ella.

—Yo no lo sé. Lo decía ella.

—Y ¿qué sabía aquella labradora? Yo nunca le he hecho confidencias.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, mirándole con malicia—. Hay momentos en que uno habla sin darse cuenta...

Él se volvió, pálido, serio:

—No; estoy seguro de que nunca le he hecho ninguna confidencia.

Sarina levantó la cabeza sobre el cuello rígido, y sus ojos adquirieron una luz fría, recelosa.

«Si hablo, me deja enseguida —pensó Cristiano—; pero es necesario».

—Es necesario que te diga una cosa —empezó a decir con gran calma—. Antes de conocerte, tuve relaciones íntimas con Ghiana. No es que yo la quisiera... pero ella venía a mi casa, ¡y yo estaba tan solo!

Sarina bajó los ojos, como por pudor; pero no protestó.

—Soy un hombre... tú misma lo has dicho. Ahora, es más, desde hace bastante tiempo, desde que he sentido que te amaba, entre Ghiana y yo todo ha terminado; ha terminado para no volver a empezar nunca más. Espero que no me guardes rencor por ello, Sarina.

Como respuesta, ella le tendió la mano, como había hecho la noche de la primera declaración de Cristiano; pero él no se la cogió.

—Escucha, no he terminado. Ghiana va a tener un hijo, y dice que es mío. Ella no pretende nada de mí; es más, me impone el silencio. Pero yo siento igualmente mi responsabilidad. He de ayudar a esta criatura, todavía no sé cómo; pero sé que mi deber es ayudarla, como era mi deber, ahora, no esconderte nada.

Ella había retirado lentamente la mano; pero, de repente, se la tendió de nuevo. Y él se la cogió, con alivio y alegría.

Le parecía que había superado una prueba mucho más difícil de lo que realmente era; y casi le estaba agradecido a Ghiana.

Si Sarina le perdonaba su error, tan vivo, tan presente, era señal de que le amaba de veras; solo una mujer que ama perdona así. Ella fue la primera en hablar de la boda, algunos días después. ¿A qué aguardaban? Él le había enseñado los títulos de renta que tenía; y eran suficientes para tranquilizarla con respecto al porvenir. Por otra parte, ella esperaba arrancarle de su vida estéril. Él mismo hacía vagos proyectos, que cambiaban cada día; pero no conseguía esconder su inquietud ante el porvenir, si este tenía que desarrollarse en otro ambiente, en el tumulto de la ciudad. Y no tenía prisa por llegar al matrimonio.

—Espero que no estés casado —le dijo Sarina, con una broma que ocultaba un oscuro temor.

Entonces él escribió pidiendo los papeles. Y ella los suyos.

Llegaron los papeles y los dos fueron juntos al pueblecito, para llevárselos al alcalde y al párroco.

Sarina reía y saltaba como una golondrina; pero el hombre estaba triste; parecía un novio arrepentido.

Mientras volvían, a lo largo de la playa, dijo:

—Sara, he de decirte una cosa. Ghiana ha encontrado la manera de decirme que ha tenido un niño. El viejo, del que sentía miedo, se ha muerto. El marido está en el ejército.

—¿Quieres ir a verla?

—No tomes la cosa tan a la ligera —dijo él, caminando pesadamente, como si se hundiera en la arena—. Entre ella y yo todo está acabado, y no hay que hablar más de ello. Pero el niño me preocupa; también por ti.

—¿Por mí? Si no tenemos hijos, lo adoptaremos.

¿Hablaba en serio? A veces era tan atolondrada como una niña; todo le parecía fácil.

—Me da casi rabia esta ausencia tuya de celos —dijo Cristiano, cogiéndola del brazo, pero para apoyarse él—; se diría que no me quieres.

—El que ama de verdad y se siente correspondido, no puede sentir celos. Además, no; no hablo a la ligera, Cristiano. Yo acepto todas tus obligaciones y responsabilidades. Quiero que tú, si tu conciencia lo quiere, ayudes a ese niño; y no solamente eso, sino que te ayudaré a ayudarlo, si tú me lo pides.

Él no habló durante un buen rato. Caminaba apoyándose en ella y parecía que lo hiciera a propósito, para hacerle sentir, con el peso de su cuerpo, el peso de sus cosas interiores.

Cuando estuvieron en el talud de la carretera, donde él se había escondido la tarde de su regreso del pueblo, se detuvo, miró a su alrededor y respiró.

—Sentémonos aquí —dijo—. Mira, la hierba está caliente; parece terciopelo. Tengo que hablarte —reanudó, cuando ella se hubo sentado a su lado; y como ella sonreía, levemente irónica por esta alusión suya a nuevas confianzas, adoptó una expresión sombría—. Hace un tiempo, hace pocos meses, mejor dicho, hace pocas horas, me parecía que no podría volver a caminar con nadie, ni siquiera contigo; es más, contigo menos que con los otros. No por orgullo o soberbia, sino por desesperación. También ahora estoy seguro de que, en cuanto te lo haya dicho todo, como espero y quiero decírtelo, te levantarás y te irás. Te veo ya como la imagen de un sueño que tiene que desvanecerse dentro de poco.

Ella palideció, pero no habló.

—Estoy seguro... Y, sin embargo, no; en el fondo, espero lo contrario, y por eso te hablo. Tú no me dejarás, no, porque tú no eres un sueño; no, tú eres una mujer de verdad, llena de amor y de piedad. Tú eres mi Sarina, alma mía, alma mía...

Inclinado hacia ella, la abrazaba y le besaba las manos con desesperación, cerrando los ojos para no verla; pero la sentía temblar, vencida por un deseo de miedo misterioso; y no se atrevió a proseguir.

—No hagas eso —murmuró ella, besándole los cabellos—. Me das miedo; casi me recuerdas al otro. ¿Por qué he de dejarte? ¿No le dejé a él, no queriéndole, y he de dejarte a ti, queriéndote?

Él se incorporó; la esperanza le sostenía de nuevo.

—Yo soy peor que el otro, Sara. Él, por lo menos, era tranquilo, no hacía daño, o, si hacía sufrir, era involuntariamente. Yo, en cambio, he dado mucho dolor, he hecho sufrir infinitamente, sabiendo lo que hacía.

Y después de un instante de silencio, prosiguió, mirando la cara de Sarina, que ya se cubría con un velo de tristeza, aunque todavía no de desconfianza:

—Te he contado ya algo de mi vida, pero no es eso todo. Te he contado ya que hice un matrimonio por interés. Ella era propietaria de la casa donde nosotros vivíamos; y tenía diez años más que yo. Pero espera, quiero contártelo todo. Nosotros, mi madre y yo, éramos lejanos parientes de ella; y ella nos había favorecido. Mi madre, que se quedó viuda jovencísima cuando yo era un niño, sin medios, sin posibilidad de obtener, en aquellos tiempos, un trabajo suficiente para vivir de él, en un momento de desesperación, había recurrido a esta parienta, o, mejor dicho, a su padre, que, sin embargo, tenía fama de avaro y usurero. Y este hombre nos había acogido en su casa, que era una de aquellas inmensas casas de pisos, llenas de cornisas, que dan tanta tristeza al mirarlas. Los propietarios, padre e hija, vivían en el primer piso, primera escalera, con galerías esquinadas protegidas por cortinas y alfombras. Nosotros subíamos los ciento sesenta escalones de la tercera planta para llegar al piso de dos habitaciones y cocina que daba al patio y a los tejados. Mi madre, todas las noches, me hacía rezar por nuestro bienhechor y su familia. Y hasta allí llegaba: pronunciaba en voz alta las palabras de la oración y las de la oferta; pero dentro de mí, y también con la boca y la cara si estábamos a oscuras, hacía las más terribles muecas. Yo sabía que pecaba; pero no podía resistirlo. Sentía que era un ingrato; pero casi ni daba placer. Y en lugar de conmovirme al pensar que un hombre con fama de avaro y usurero era, en cambio, un silencioso bienhechor, me permitía creer que todos aquellos que hacían limosnas y ayudaban a los pobres eran, secretamente, avaros y usureros. Mi madre, a veces, parecía adivinar mis sentimientos; y, para castigarme, me obligaba, de cuando en cuando, a escribir una cartita de gracias a nuestro bienhechor. Era casi siempre la misma, con pocas y frías palabras de agradecimiento; pero a mí me costaba un esfuerzo supremo, como si con aquella carta hiciera una declaración de miseria, de impotencia y de vileza. Entonces me daba el gusto de atormentar a mi madre. «Si ese se muere —le decía—, la hija nos echa. Dicen que es más avara que el padre». «Tú habrás crecido ya, y no tendremos necesidad de ellos. Piensa en estudiar, y, si Dios quiere, tal vez un día nosotros podamos serles útiles». «Sí, sí; pero si, mientras tanto, él se muere...» Todavía no sé por qué deseaba que nuestro bienhechor se muriera pronto, que la hija nos echara; tal vez era un presentimiento, la visión instintiva de lo que tenía que suceder. Nuestro bienhechor no pensaba en morir: Le veía casi cada día, gordo, colorado, jadeante de bienestar. Le saludaba y pasaba corriendo, temeroso de que me parara; pero en el fondo sabía que él no pensaba pararme y que las más de las veces ni siquiera me veía. Mientras tanto, yo estudiaba. Mi finalidad, más que la de ganarme buenas notas, era obtener matrículas gratuitas; y lo conseguía. Por otra parte, el estudio me resultaba fácil: lo comprendía todo. Mi madre trabajaba, solía ir a coser por las casas; y entonces yo me quedaba solo y hacía todas las cosas yo; la limpieza, la comida.

Lavaba y planchaba, silbando como un mirlo. Eran días felices, porque desde lejos sentía que amaba a mi madre con ternura infinita; y me parecía ayudarla trabajando para ella, mientras que, si ella estaba en casa, sufría al verla trabajar para los dos. Lo que notaba era que no iba nunca a trabajar a casa de nuestros ricos parientes, que, sin embargo, debían de tener costurera y modista todos los días. ¿Era ella la que no quería o ellos que no la llamaban? No se lo preguntaba; pero, en el fondo, estaba contento de que así fuera. Mientras tanto, los años pasaban, pasaban rápidos, tal vez a causa de su misma melancolía, un día como el otro, un año como un día. Tenía dieciocho años y me parecía tener todavía doce; llegué a los veinticinco y me licencié en Derecho; y me parecía estar todavía en la escuela elemental. Gané unas oposiciones, alcancé un empleo, tenía un sueldo, y mi madre y yo seguíamos viviendo en el piso, del que no pagábamos alquiler. Pero mi pensamiento constante era pagar finalmente ese alquiler; y decidí ir yo mismo a casa del bienhechor, darle las gracias y pedirle pagar, porque te parecerá extraño, Sarina, pero durante todos aquellos años yo había procurado siempre rehuir, como deudor que era, encontrarme con el amo de la casa; y él, a su vez, no había intentado pararme. Y he aquí que llega el día en que, al volver a casa, decido subir la primera escalera. Encuentro el portal cerrado: el propietario se había muerto. Fue mi madre, entonces, a pagar el alquiler y a dar el pésame a la nueva dueña de la casa; y me dijo que esta ignoraba por completo la obra benéfica de su padre. Y creo que así era, porque, más tarde, en nuestras despiadadas discusiones, no me echó nunca en cara ese favor. Lo que sucedió entre mi madre y ella, yo no lo sé bien; pero sé que mi madre siguió visitándola, y cada vez volvía excitada, feliz, como si hubiera estado en una cita amorosa. Y hablaba de ella con veneración, con orgullo, sin esconderme sus miras ambiciosas. «Pero ¿por qué no se ha casado antes? Ahora es vieja —decía yo—. No la quiero». «Tienes que conocerla. ¡Está tan sola, entre todos sus criados y gente que la explota, que da pena pensar en ella!» Y yo, poco a poco, me dejaba envolver en la red que me tendía mi madre. Poco a poco me dejaba llevar por ella, casi de la mano, como cuando de niño me conducía a los jardines donde había el sol y la alegría del juego. Poco a poco me encontré atado, descendido del último al primer piso de la casa, en la que había entrado por limosna y de la que me estaba convirtiendo en dueño. Solo una madre puede hacer estos milagros. Solo el amor materno, que teme continuamente los más graves daños para su hijo, puede crear para este hijo los más graves daños del mundo. Y entonces, yo, cuando empecé a ser feliz, sin una razón verdadera, o tal vez más por orgullo que por otra cosa, iba a ver a mi madre para atormentarla; y le decía que la causa de todo era ella, que hubiera tenido que hacer de mí un obrero como era mi padre y mantenerme en mi sitio, en lugar de arrojarme a una vida que no era la mía y hacer de mí un desplazado, uno que busca siempre su centro de gravedad y ya no lo encuentra, si no es dejándose caer en el suelo, como muerto. Y llegaba a esto, Sara, llegaba a envidiar a mi madre, que se había quedado arriba, en nuestro pequeño nido, donde yo caía de cuando en cuando con una manía de destrucción, como hacen ciertos pajarracos en cuanto salen de su menor edad. Luego volvía a casa de mi mujer, más enfurecido que antes; enfurecido por haber hecho sufrir a mi madre, y por mi impotencia para romper con todo y volver a mi vida de antes. Lo malo era que yo no veía ninguna salida para hacerlo; y aunque hubiera tenido fuerzas para emprenderlo, sentía que solo hubiese encontrado una inquietud mayor. Todo me cansaba y, al mismo tiempo, me irritaba; y mi vida de entonces me parecía todavía más vacía que la que llevaba mi mujer, con sus modistas, sus amigas, sus obras de beneficencia, ridículas y grotescas. Envidiaba a mi madre, sí, que no había cambiado de vida, que me miraba siempre de la misma manera, como cuando yo era niño y dormía con ella, puros los dos como un capullo de rosa. Yo

seguía queriendo a mi madre, que era joven todavía; y había días en que parecía más joven que mi mujer. Desde que vivía sola y no tenía que trabajar para mí, florecía con una belleza dulce, melancólica, con una belleza otoñal, que tenía vergüenza en mostrarse. Sus cabellos se parecían a los tuyos, Sarina, dorados como por un reflejo exterior. Tenía los dientes intactos, la boca y los ojos puros, nuevos todavía. Por otra parte, ¿de qué había sufrido ella para envejecer? Su vida era tranquila; el mal y el verdadero dolor no la habían atacado, porque tampoco ella había estado enamorada de mi padre y su muerte la había dejado indiferente, de seguro. Había vivido solo para mí; y creo que un cálculo instintivo, un sueño que tal vez abrigaba desde antes de nacer yo, la había conducido a pedir ayuda al pariente rico. Ella había cultivado este sueño, como había cultivado mi infancia y mi juventud. Ahora se hacía realidad, ¿qué más quería? Y, sin embargo, ella se daba cuenta de que yo sufría; y no conseguía explicarse el porqué, o mejor, no quería explicárselo, para no turbar su conciencia. «Es el excesivo bienestar lo que te hace estar así —me dijo un día en que yo la torturaba con mis quejas—. Cuando éramos pobres y tenías que estudiar y me dejabas en paz porque sabías que tenía que trabajar para ti, estabas mejor. Sí, sin duda, hubiera sido mejor que te hubieses casado con una mujer pobre». «Yo no tenía que casarme para nada; yo tenía que esperar para casarme a encontrar una mujer que me gustara de verdad, que me quisiera». «Tu mujer te quiere. Eres tú quien no la quieres. Eres tú el que no quieres a nadie». «Es verdad, es verdad». Era verdad. Fuera de ella, de mi madre, no quería a nadie. El porqué no lo sabía, no procuraba saberlo. Aunque devorado por una necesidad acuciante de amor, no conseguía amar; y el amor de los pocos que me querían no encontraba ninguna respuesta en mí. ¿Era egoísmo?

No lo creo, porque entonces me hubiera bastado mi bienestar material. La verdad era que me sentía solo, en una terrible soledad interior, e inútilmente procuraba salir de ella. Un misterio inexplicable me lo impedía. Mi madre me miraba con tristeza y con miedo, cuando yo le hablaba de esto; y procuraba explicar, más a mí que a ella, el origen de mi mal. «Si nos hubiéramos quedado en los barrios populares, entre la gente igual que nosotros, como las abejas en su colmena y las hormigas en su hormiguero, tal vez yo hubiera sido distinto. En cambio, hemos venido a vivir aquí, en una casa de gente acomodada, que no ha tenido contacto con nosotros. Nos hemos exilado, hemos vivido como a escondidas, siempre solos, recelosos y humillados; y así se ha ido formando en mí la costumbre de todo esto». Ella me miraba con tristeza y con miedo. En realidad, también ella era una solitaria. No iba nunca a mi casa, tal vez también ella por orgullo. Tenía miedo de los criados, pero quería a mi mujer, y mi mujer la quería y solía subir a verla para lamentarse, a su vez, de mí y de mis rarezas. Y le llevaba regalos y comida. Yo llegué a tal punto de odio, que impuse a mi madre que no aceptara estos regalos; y sentí celos de su afecto por mi mujer. Aun sabiendo que era un afecto sincero, se lo eché en cara, como un cálculo interesado. Mi madre ya no me contestaba; no quiso nada más de nosotros. Pero un día no la encontré en casa: había ido de nuevo a trabajar a domicilio. ¡Las rabietas que he tenido! Y luego un día encuentro en casa de mi madre a un joven, casi un muchacho, que ella había conocido precisamente en una de las casas adonde iba a trabajar. Era un obrero; pero parecía un hijo de buena familia, bien vestido, con la cara blanca y lisa y los ojos azules e inocentes. Era tímido; y se ruborizó cuando mi madre me lo presentó. ¿Qué iba a hacer a su casa aquel idiota? Yo lo comprendí enseguida; y me sentí mil veces más inquieto e infeliz que antes. No me atrevía a echarle; pero me burlaba de él. Y cuando él se iba, hacía escenas violentas a mi madre, amenazándola con encerrarla en una casa de salud si no cambiaba de vida. Yo estaba siniestramente celoso de su joven amigo y de su escondida felicidad. Sentía que se amaban,

que se poseían, que tenían un bien que a mí me estaba negado; y este era el secreto de mis celos, de mi enojo. Así, hasta mi madre llegó a ser una enemiga para mí; o peor: entonces me di cuenta de que ella tenía miedo de mí. Un día desapareció de casa. Se había ido con su joven amigo y durante meses no se supo nada de ellos, hasta que me escribió diciéndome que habían huido por miedo. Emigraron a América y se casaron, trabajaron mucho y ganaron mucho: ahora son casi ricos. Todo esto hizo todavía más ásperas mis relaciones con mi mujer. No había escenas entre nosotros, porque yo, además, tenía terror a los criados, sobre todo después de la fuga de mi madre, fuga de la que se conocía el motivo. Es más, casi no nos hablábamos; pero entre nosotros crecía algo duro, misterioso, como un árbol bajo, oscuro, que nos cubría de sombra y de frío y en torno a cuyo tronco girábamos continuamente, para no vernos, y, al mismo tiempo, para perseguirnos, con un silencio más trágico que cualquier palabra. Porque, en el fondo, teníamos miedo el uno del otro. Ella era una mujer que, bajo un aspecto bondadoso y pasivo, escondía una voluntad, una obstinación y un orgullo profundos. No se separaba de mí, porque ya bastantes críticas había despertado su matrimonio desigual; y también porque, de verdad, me quería. Con todos mis defectos (o precisamente por estos) me quería. Con un amor sensual que conocía solamente los sacrificios momentáneos, que escondía un fondo de rencor y de odio, sin caridad, sin piedad; pero que no dejaba de ser amor. ¡Oh, que tu amor no sea así, Sarina!

La mujer abrió los ojos, como si se despertara de un sueño, y se incorporó, protestando:
—¡Cristiano!

Pero solamente ya en el tono de aquella voz, que se había como enmohecido, creyó él descubrir un principio de hostilidad. Tal vez Sarina lo había comprendido todo; y él, por un momento, pensó en desviar su narración, en falsear una vez más su final, tanto más que ella intentó defender a la otra para defenderse a sí misma.

—¿Estás seguro, además, Cristiano, de que ella era así? Entre dos que se quieren, reina un eterno equívoco. Algo los empuja a unirse, algo los empuja a herirse para separarlos. ¿Y tú? ¿Y tú no tienes el aspecto de no querer y de no poder dar tu corazón vivo? También ella, acaso, era así: solo la apariencia. Tú mismo, tal vez, la odiabas y la amabas. Si no, hubieras encontrado fuerzas para separarte de ella.

—¡Es verdad, sí! La odiaba porque la amaba; y mi dolor era, precisamente, ese odio. Para mí, ella era la fortuna personificada, aquella que había soñado de adolescente durante los días de privaciones. Era la belleza, la riqueza, la inteligencia (porque además era inteligente). Era la primavera eterna, que tanto había deseado en los días de frío, cuando el amor de mi madre no bastaba para calentarme. Era, sobre todo, el amor; y el ver que se me escapaba, como el agua, entre los dedos, aumentaba mi rabia. A veces llegaba a maldecirla, a desearle la muerte. Luego me abandonaba, cansado; y me parecía haberlo roto y destruido todo a mi alrededor. Pero de lo más hondo de mi corazón salía de nuevo la pasión; e iba en busca de ella, volvía a tomarla, comenzaba de nuevo a amarla, a odiarla, a atormentarla y a atormentarme...

Él calló; parecía que lo hubiera dicho todo.

—¿Y bien? —murmuró Sarina—. ¿Por qué te atormentas todavía? Todo ha terminado, y no hay razón para que el pasado se renueve en el porvenir. Tú no me amarás así; yo no te amaré así. Y, sin embargo...

—¿Y sin embargo?

—Tengo casi celos de tu amor pasado. ¡Lo llevas todavía vivo en el corazón, Cristiano!

—Sara —dijo él entonces, retirándose y escondiendo la cara en la hierba—, pasa por encima de mí, pero no hables de ese modo.

La voz de ella resonó clara, llamándole; parecía la de una madre que llama al niño que se ha alejado de ella.

—¡Cristiano!

—¡Cristiano! —repitió él, incorporándose sobre los codos, con la cara entre las manos—. Recuerdo cuando llamabas a tu marido. Le llamabas así, como desde lo más hondo de un abismo.

La mujer no replicó, atravesada también ella en sus recuerdos. Y él recommenzó a contar, pero a saltos, tomando de su memoria las cosas que más le torturaban.

—El tiempo pasaba, pero no curaba el mal. Al contrario, lo aumentaba. No creas que yo no intenté ponerle remedio; pero era una cosa más fuerte que yo: era mi destino. Tal vez había amado demasiado las vanidades de la vida, y la vida me castigaba. No creas que yo no tuviera conciencia de mi estado y no procurara levantarme; pero volvía a caer más hondo. Estudiaba y trabajaba. Trabajaba y ganaba mucho; pero el trabajo en el que buscaba ahogar mi mal, lo aumentaba. Me esforzaba por mezclarme en la vida de los demás hombres, por ser uno de ellos, por intentar hacer aquello que ellos dicen que debe hacer un hombre de verdad, en pro del bien y de la grandeza común; pero veía demasiado el esqueleto de todas las cosas, y hasta en las más aparentemente bellas y compactas veía el desorden y la fragilidad. Y, sin embargo, intentaba desengañarme y creer; y aun no creyendo en ello, envidiaba la alegría ajena, el amor ajeno. Es más: veía el amor en todas las cosas, como la semilla en todo fruto, dentro de toda ambición, dentro de todo vicio, y mi mal era este, sentir también esta semilla dentro de mí, pero igual que una simiente muerta. Y como todas mis tentativas para amar a otras personas, a otras cosas, resultaban inútiles, le atribuía la culpa a ella. Y lo que más me exacerbaba era saber, en el fondo de mi conciencia, que mi acusación era injusta. La verdad era otra, ahora la sé; y, por otra parte, la sabía también entonces: la verdad es que buscamos el amor fuera de nosotros, cuando el amor solo está dentro de nosotros; y del amor solo la alegría queremos, siendo así que el amor da más dolor que alegría. Si hubiéramos tenido hijos —prosiguió, después de un momento de angustia—, tal vez no los hubiera querido; sin embargo, me hubieran impedido replegarme tan continuamente sobre mí y devorarme a mí mismo. Pero todas estas cosas son consideraciones inútiles que rebotan siempre dentro de mi pena y solo sirven para avivarla.

La mujer escuchaba, esperaba y temía el final de la narración; y, de repente, se puso a hablar, como intentando borrar los penosos recuerdos de él con los suyos, no menos penosos.

—Bueno; todo está pasado. ¿Por qué torturarte todavía así? También yo he sufrido en el matrimonio, como creía que nadie hubiese sufrido. Tienes razón: buscamos el amor y la alegría fuera de nosotros, cuando solo están dentro de nosotros. También yo sufría por el continuo despego de mi marido. Él me obligaba a vivir en la soledad, mientras yo deseaba el mundo, la vida en común con mis semejantes. También yo he tenido siempre nostalgia de un lugar donde me parece haber vivido y gozado, y donde quisiera volver, así, como el agua que tiende al mar. Y él sentía esta necesidad mía, y sufría a causa de ella. Y el notarse solo, en su misteriosa soledad, aumentaba sin duda su mal. También yo tengo remordimientos: ¿quién puede saberlo todo? Si le hubiera amado mejor, tal vez no se hubiese puesto enfermo. Pero ahora, en fin, todo ha pasado, todo está lejos. Ellos han muerto y ya no sufren. ¿Por qué tenemos que torturarnos nosotros con este juego de sombras? Anímate, Cristiano; mira cuánta luz hay a nuestro alrededor.

Ella le acariciaba los cabellos e intentaba levantarle la cara; pero él parecía clavado en su

recuerdo; y su cabeza volvía a caer, dura, pesada.

Pareció incluso irritarse por sus caricias; se retiró de nuevo, y dijo con la voz ruda de los malos momentos:

—Tengo que decirte más. No me toques, no me mires siquiera. Es preciso que nuestras almas se entiendan solamente por medio de nuestra voz.

Y la voz de ella murmuró, atemorizada y ansiosa, pero ya desconfiada:

—Habla.

—Escucha. No te asustes. Yo he estado loco; así, por lo menos, lo afirmaba mi mujer, que me hizo coger y encerrar en una casa de salud. Ella aseguraba que había intentado matarla. Yo no lo sé... ¡Yo no lo sé, Sarina! De aquel tiempo tengo solo un recuerdo confuso, como de una enfermedad con delirios. Estuve ocho años en el manicomio, hasta que ella murió.

La mujer callaba.

Él no la miró, no se movió; pero, al cabo de unos momentos de silencio pavoroso, añadió con voz humilde:

—Dime enseguida lo que piensas. Dímelo, no tengas miedo de mí.

Le contestó el llanto silencioso de ella; pero ¿cómo interpretarlo? ¿Era de horror o de piedad?

Y él volvió a abandonarse, con la impresión de haberse cavado una fosa profunda, de la que nunca más podía salir.

Y, sin embargo, no se arrepentía de haber hablado. Le parecía que se había quitado una careta, incluso delante de sí mismo; y que, finalmente, se podía tender desnudo en su dolor.

Y he aquí que ella le llamaba, con la misma piedad, con el mismo amor desesperado con el que en otro tiempo había llamado al otro.

—¡Cristiano!

Él levantó los ojos; encontró los de ella, pero sus almas ya no se encontraron: un espacio misterioso las separaba.

—Levántate —repitió ella, con tanta pena, que él enseguida se levantó y adoptó una postura digna, casi rígida.

Y primero miró a la mujer, con un extraño brillo en el ángulo de los ojos, como si fueran lágrimas congeladas: mirada mala, cruel, de quien deja de llorar y se goza en el dolor que ha despertado con el suyo; pero luego, de repente, los ojos se le velaron otra vez y pareció recordar una cosa completamente olvidada.

—Perdóname —dijo—; te hago sufrir.

—Por otra parte —añadió, con calma demasiado seria para ser espontánea—, yo creo que estoy curado. Tú me conoces; nunca has tenido ninguna sospecha. Creo que soy consciente, incluso demasiado consciente. Es verdad que tú, un día, decías: «Los locos están más cerca que nosotros de la verdad...». Sara, ¿te acuerdas de todas las cosas que me decías? Cada palabra tuya era una herida. Y tú no sospechaste nada. Lo que quiere decir que te parecía sano.

—Sara —prosiguió, porque ella semejaba escucharle con una angustia tan viva, que la enferma parecía ella—, sé lo que piensas.

Piensas que tal vez tendrás que recomenzar conmigo tu horrible vida pasada; y soy yo

quien he de tener piedad de ti si es verdad que me quieres. Perdóname por no haberte hablado antes. Sin embargo, aún estamos a tiempo. Eres libre de dejarme.

Ella le miraba, con ojos serios, tristes, pero que ya no lloraban. De repente le tendió las manos, y él se las cogió y las besó lentamente. Sin embargo, recordaba la manera como ella se había abalanzado sobre el marido muerto, antes que le encerraran para siempre en su funda de metal.

—Y ahora ¿qué haremos? —preguntó luego, en voz baja, más a sí mismo que a ella—. ¿Qué haremos, Sarina?

Sarina contestó en el mismo tono:

—¡Lo que tú quieras!

«¡Lo que tú quieras!» Él sintió que el corazón le latía, que casi le sonaba como una campana. «¡Lo que tú quieras!» Así, ella no le rechazaba, sino que le quería todavía; se sometía a él. «Lo que tú quieras». Ella le contestaba con tono comedido, tal vez con miedo...

Y él se pasó la mano por los ojos, para quitarse la sombra de aquella duda.

Sarina le miraba y lo comprendía todo. Sintió aquella duda, vio las sombras que pasaban y repasaban por el alma de Cristiano. Una tristeza mortal la dobló hasta el suelo; deseó morir, pero la misma tierra, el mar, el soplo del viento, le transmitieron palabras de consuelo, de esperanza; y se incorporó y se echó a reír:

—Estamos locos los dos, si seguimos así —dijo levantándose—. Lo pasado, pasado. Vamos, levántate, Cristiano. Todo ha sido un sueño.

Él le sacudió el extremo del vestido para que cayera la arena, y lo retuvo en sus manos, como si quisiera atraerla de nuevo hacia abajo. No hubiera querido moverse de allí, como quien al llegar a una cima le da pena tener que volver a bajar.

Se levantó pesadamente y la cogió de la mano. La mano intentó escapársele; pero como por un instinto suyo particular, pronto dominado por la voluntad de la mujer que obligaba a sus dedos a entrecruzarse con los de él. Pero él lo observaba todo. Al llegar a la cancela quiso hacer una prueba: intentó atraer a la mujer a la casa, pero ahora fue ella quien se resistió, quien le arrastró lejos.

Por la tarde, él volvió al pueblo. Quería comprarle un regalo: el primer regalo de novio. Pero, por mucho que rodó, no encontró nada digno de ella. La única pequeña tienda de joyero estaba cerrada, porque el dueño se encontraba en el ejército; y en los otros escaparates solo se veían cadenillas de metal y objetos ya viejos antes de ser vendidos.

Entonces pensó que tenía que ir a la ciudad; y este pensamiento le llenó de inquietud. Es más, de él nació el proyecto confuso de regresar definitivamente al mundo, a la comunidad de los hombres, con ella, como ella deseaba.

Y se alegró al ver que algo más profundo que el amor por la mujer nacía de este amor: un deseo de humanidad, la fe en sus semejantes.

Entonces caminó por la orilla de la carretera, en el crepúsculo tibio, soñando de nuevo, como de adolescente, en su vida futura. Al llegar al punto en donde había estado con Sarina, se detuvo mirando el horizonte. Leves cúpulas de nubes se perfilaban en el cielo glauco, y parecían, precisamente, el perfil de una ciudad.

La fantasmagoría se le antojó de buen augurio. Sí; era preciso volver con los hombres. Y se quedó allí, mirando casi con superstición aquella ciudad desconocida que le invitaba. He aquí que entre los fantásticos edificios ve su casa, la casa de ellos dos, en una calle

arbolada; y el rumor de las olas contra la playa solitaria le parece el de la ciudad. Es un atardecer de mayo; él y Sarina andan por las calles animadas, solos entre la multitud, y, sin embargo, unidos a la multitud, olas entre las olas de una misma marea. El crepúsculo enrojece el fondo de las calles, tiñe de verde y de azul los arcos de los puentes y de los portales, hace relucir, como recortadas en ébano, las cornisas de los edificios. Largos collares de luces se encienden en la oscuridad rosada; y un resplandor perlado invade las calles. Parece que caminen suspendidos entre el día y la noche, transportados por el río de gente que corre lenta por las aceras, bordeando los escaparates luminosos, donde tantas cosas bellas e inútiles se ofrecen sin dejarse tocar. Sarina se detenía a mirar, deseándolas todas.

«Y yo trabajaré, alma mía —pensaba él, como un adolescente—; trabajaré tanto, que podré satisfacer todos tus deseos».

Desde lejos vio que las ventanas de la casita blanca estaban cerradas.

Cerradas, como en los tristes tiempos pasados; y toda la casa, aunque iluminada por el crepúsculo, tenía un aspecto de abandono que le recordó los días de su soledad.

Él la rodeó, vio abierta la puerta de la cocina y volvió a alegrarse.

Pero enseguida tuvo la impresión de que alguien le esperaba al acecho y se le echaba encima, ensordeciéndole con gritos tremendos: era el perro. La bestia se erguía dentro de su caseta, con los ojos sanguinolentos; y le ladraba, como en los primeros tiempos, cuando todavía no le conocía.

Él se quedó mirándole, sorprendido; luego, dominado por un vago terror, le parecía que también el perro lo sabía.

La criada llegó, un poco jadeante y pesada, de regreso del bosquecillo, adonde había ido a ver pasar los soldados.

—¿Dónde está la señora? —preguntó Cristiano, aturdido por los ladridos del perro.

—La señora no está. Ha ido otra vez al pueblo. Tenía que comprar algo.

—¿Si yo también he ido al pueblo y no la he encontrado! Pero ¿qué tiene hoy este perro?

—No lo sé. Todo el día está ladrando así.

Él se iba, y la mujer le seguía. Parecía que quisiera decirle algo; pero no habló hasta que estuvieron al otro lado de la casa, como si no quisiera que el perro la oyera.

—Creo que la señora ha ido a comprar un regalo para usted.

Él se estremeció de alegría; pero, al observar mejor la figura de la criada, iluminada por el crepúsculo, con la sombra alargada sobre la hierba del prado, le pareció distinta de lo acostumbrado, con un no sé qué de ambiguo, triste e irónico.

—¿Te lo ha dicho ella? —le preguntó.

—No; me dijo que iba a comprar un regalo. Yo pienso que debe de ser para usted, porque sé que hoy, usted y la señora, han fijado la fecha de su matrimonio.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí; eso me lo ha dicho ella.

—Sí; es verdad. ¿Te desagrada, acaso?

La criada le miró, sorprendida por el tono tímido con que él le hablaba.

—¿Por qué tendría que desagradaarme?

—Porque también sabrás que pronto nos iremos de aquí.

Entonces ella sonrió, con una expresión confidencial, triste y burlona, que le causó una siniestra impresión.

—¡Es lo que deseo! Irnos enseguida. ¡Hace demasiado tiempo que estamos en este purgatorio!

—¡Vamos, vamos!

—Sí —dijo ella, casi brutalmente—; aquel hombre me ha dejado. Había prometido casarse conmigo; y, en cambio, no ha aparecido más, ni sé dónde está. ¡Y pensar que le he prestado dinero! ¡Maldito sea!

Hablando, habían llegado al sendero; y ambos miraban hacia la carretera. No se veía a nadie.

Cristiano consoló a la criada:

—¡Valor! Nos iremos. Iremos a la ciudad, como quiere tu señora; y entre tantos hombres, podrás escoger a quien te haga olvidar a este sepulturero.

Ella meneaba la cabeza, y de los ojos le caían gruesas lágrimas; pero ni siquiera las lágrimas, al regarle la cara, conseguían borrar de ella la expresión de odio.

Él se quedó fuera, esperando al regreso de Sarina. Anduvo un poco por la carretera, y volvió al prado. El sol se ocultaba; las cosas se amodorraban; cada brizna de hierba retiraba su sombra, como si cerrara la puerta de su casa.

Sarina no volvía.

Él entonces dudó incluso de que hubiera salido...

Miró las ventanas cerradas; y, por un confuso sentimiento de orgullo, se alejó hacia su casa.

Era ya casi de noche.

Aquel crepúsculo, que se adensaba, lenta y extrañamente descolorido, después del ocaso luminoso, tenía un sabor a ceniza.

Al entrar en su casa sintió frío. El gato dormitaba en el hogar, como en los días de invierno. Los objetos, tocados todavía por algún reflejo, parecieron mirarle como en otros tiempos y seguir, con su inmóvil atención, cada movimiento suyo.

Y él sentía que algo misterioso estaba sucediendo, que el regalo de Sarina tenía que pesarle para el resto de su vida.

Se sentó en la cama, pero decidido ya a salir de nuevo.

«Si no ha vuelto, iré a buscarla al pueblo».

E intentaba inquietarse solo por aquella tardanza; pero, en el fondo, sentía que quería engañarse, que ella estaba en lugar seguro.

Tal vez era mejor no buscarla; al verse olvidada, ella misma iría. Pero entonces, ¿por qué se habían prometido, si tenían que jugar como hacen los amantes?

«No, no, Cristiano; también esto es una ilusión. Ni siquiera los juegos de los amantes son ya posibles entre vosotros dos. En el fondo, muy en el fondo, tú presientes la verdad: Sarina ya no te quiere, porque tú eres lo que eres».

—¿Por qué he hablado? —gimió, echándose boca abajo en la cama.

Y le pareció oír la voz amarga y, sin embargo, resignada de Ghiana:

«Lo que tú me has hecho a mí, ella te lo hará a ti».

¡Hasta Ghiana, ahora! ¿Qué le importaba Ghiana? Para quitarse de encima esa otra visión, se levantó; pero tenía miedo de moverse, de salir al encuentro de su destino.

Tenía miedo de encender la luz; miedo de todo, como un niño abandonado en la

oscuridad.

Era ya de noche; mas, de repente, el cielo se aclaró como en la aurora. La luz volvía, los vidrios del ventanuco parecían de madreperla: salía la luna.

Y todos los objetos de la habitación adquirieron, un aspecto vaporoso, como si estuvieran despojados de su apariencia material y mostraran solamente el alma. La cama, sobre todo, que a la luz del día tenía un color equívoco de ropa blanca mal lavada, ahora parecía cándida, inocente y buena, a pesar del peso durante tantos años soportado, a pesar del dolor, de la rabia, de la voluptuosidad y del pecado que por tantos años se habían revolcado de un extremo a otro de ella, como las olas entre las playas del mar. Y la almohada, abollada por la huella de la cabeza del hombre, tenía un aspecto doliente de compañero que ha cooperado en las luchas del compañero, como partiendo con él las penas y las humillaciones.

Luego, a aquellas formas misteriosas, a aquellos fantasmas inmóviles, se añadió otro pequeño, que se movía con los ojos brillantes: era el gato que jugaba con los reflejos de la luna. Saltaba de un lado a otro de la habitación, silencioso y ágil como un pájaro; y, después de haberse asegurado varias veces de que no había nada consistente en la sombra de la rama que cruzaba el cuadrado de plata de luz proyectada por el ventanuco, saltó encima de la cama, al lado de su dueño.

Y el dueño se lo puso sobre las rodillas y empezó a acariciarle, con ternura afligida. Tenía la impresión de que él y su compañero, más solitario que él, eran los últimos seres vivos sobre la tierra. Todo lo demás estaba sumergido en un mar de cenizas; y solo la luna, con su luz fría y clara como el agua, reinaba sobre tanta desolación.

Y a medida que sus caricias se hacían más intensas, vio alguna chispa que primero le pareció que brotaba de las puntas de sus dedos y que luego corría y se apagaba entre el pelo suave del gato, mientras, en cambio, era este pelo el que chispeaba; y parecía que la bestia, toda temblorosa de ternura, quisiera expresar con la luz, ya que no podía con la palabra, su reconocimiento por el amor que su dueño le demostraba.

Y, sin embargo, de improviso, él lo arrojó con violencia al suelo, irguiéndose para escuchar.

Unos pasos.

El mundo muerto volvió a vivir; todo resurgió y todo brilló más que antes, al solo sonido de aquellos pasos.

Se quedó inmóvil, temeroso de que su sola respiración pudiera romper el encanto.

Y durante los pocos momentos que la mujer invirtió en llegar hasta la puerta y entrar, él se acusó de mil ofensas que le había hecho: le pareció que la había golpeado, que la había calumniado, que había sido con ella más malvado que con la otra. Solo porque había dudado de ella.

Ella, en cambio, venía a tranquilizarle, a traerle el regalo.

Llegó, más silenciosa y ágil que el gato. Se sentó a su lado y abrió la mano que tenía cerrada; y también su mano brilló. Le había traído un verdadero regalo de mujer, de prometida: una medallita de oro con una imagen sagrada.

Y se la puso al cuello. Cristiano se estremeció al contacto de sus dedos; tal vez le pareció que eran los mismos rayos de luna que lo tocaban.

—¿Qué haces aquí, encogido, sin luz? —le preguntó.

—Te esperaba.

—Podías venir tú.

—He ido, pero estabas fuera.

—Podías volver.

—Tenía miedo.

Siguió un instante de silencio realmente pavoroso. ¿Por qué ella no le contestaba enseguida? Parecía que no le entendiera; pero él sentía la verdad dentro de su corazón: ella le entendía perfectamente.

—Miedo, ¿de qué?

Su voz no había cambiado, y él volvió a arrojar la verdad de su corazón.

—¡No sé!... De que me recibieras mal...

—Y ¿por qué tenía que recibirte mal? ¡Cristiano! ¡Cristiano! —le llamó dos veces, con dolor y con reproche, mientras él se doblaba sobre sí mismo, como si se encogiera para intentar huir. Y le cogió la mano, se la puso sobre la rodilla y comenzó a frotársela con las suyas, como si quisiera darle un poco de calor y de vida. Luego le apretó la muñeca, sintió el pulso que latía, subió más arriba con sus dedos tibios, le tocó el brazo, donde los nervios parecían muertos, y, enseguida, volvió a poseer toda su fuerza de creer, de amar, de ilusionarse.

Ella le quería y estaba allí. Él podía cogerla, no dejarla marcharse nunca más, y tal vez era esto lo que ella quería. Tal vez había ido solo por esto...

Pero él no quería.

—Sara —le dijo, reclinando la cabeza sobre su hombro—; tú eres buena y yo no dudo de ti. Pero todo está tan oscuro dentro de mí, que solo pensar que tú puedes abandonarme me da una sensación de muerte. Por eso no puedo, no quiero dudar de ti. Yo soy diferente de los demás hombres; sin duda, estoy fuera de sus leyes; pero ¿quién tiene razón? ¿Ellos o yo? Otro, en mi lugar, ahora, tomaría en el acto la felicidad; sí, te tomaría, no te dejaría ir nunca más... Yo no lo quiero, ya ves. Quiero que todo lo que te he dicho esta mañana no arroje ninguna sombra entre nosotros, y que nuestro destino, si tiene que cumplirse, se cumpla como si no hubiera dicho nada. Si todavía te parece que estoy loco...

No prosiguió, porque ella volvía a llorar como por la mañana, después de su confesión; pero en lugar de dejar caer sus lágrimas, se las esparcía por la cara con manos temblorosas. Luego, con las manos mojadas por sus lágrimas, le acarició la cara, buscando sus facciones una a una, como para dejar en ellas su huella, o para imprimir en sus dedos la huella de sus facciones.

Él sintió toda la piedad de este gesto, un amor solo comparable al que la madre, aún afligida por el dolor, siente por su criatura que nace; y resbaló de la cama, se arrodilló delante de ella, y pensó en qué le podría dar que fuera mayor de cuanto ya le había dado.

—No llores, no llores —le dijo—. Si lloras, significa que tienes miedo, que crees que soy lo que no soy... Dime tú lo que tengo que hacer para convencerte. Haz de mí lo que quieras. Heme a tus pies, como el polvo que pisas. Guíame tú. Tómame, si me quieres tomar; déjame, si quieres dejarme. Haz como si tú fueras mi destino. Yo ahora tengo miedo de que cualquier cosa que haga o diga te despierte sospechas. Tienes que aconsejarme tú; tienes que considerarme como tu criado...

—Calla —dijo ella, más dolorida que contenta por sus palabras—. Cuando se quiere de verdad, no habría que hablar nunca. Levántate.

Pero él no se levantó.

—Tú no crees en mis palabras, Sara...

—Te creo, te creo. No te tortures más. Creo en todo lo que dices, porque tú me quieres; y

lo que nosotros decimos en los momentos de amor es todo verdad. La mentira viene después; pero ¿qué importa? Mientras estemos juntos y nos amemos, todo es verdad. No te aflijas por mí. Somos tal para cual. Si tú me has hecho sufrir, también yo te he hecho sufrir. Todo consiste en procurar no sufrir más, en romper todo lazo con el pasado y en empezar mañana una nueva vida.

Él sintió también miedo de estas palabras. Le pareció que tenían un sentido oculto, amenazador para él; pero no lo dijo. Quería mostrarse sabio, prudente, mientras la angustia le aumentaba por esta ficción.

—Tengo que irme —dijo ella, levantándose—. He salido a escondidas de la criada, que es muy maliciosa. No me acompañes.

—En el pueblo, ¿has visto al médico?

—Le he encontrado, sí, ¿por qué?

—¿Le has hablado de mí?

—¡Cristiano! —exclamó ella, entre enfadada y angustiada. Comprendía lo que pensaba él.

—Perdóname —murmuró él—; pero de verdad tengo miedo de estar todavía loco, de estarlo siempre. ¿Comprendes? Tengo miedo de que tú tengas miedo de mí; y por eso me porto tan... tan... como un idiota, para hacerte creer que soy un hombre normal. Un hombre normal actuaría de otra forma. Daría la razón a sus instintos, se entregaría a su placer. Yo estoy fuera de la humanidad. Sí, mejor es que te vayas, Sarina, que me abandones...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —comenzó a gemir ella; pero luego se dominó y volvió a sentarse a su lado—. Yo no te dejaré nunca más, Cristiano. Estoy aquí, toda tuya. Soy yo ahora, quien te lo suplica: haz de mí lo que quieras. No tengo miedo de nada, ni siquiera de la muerte.

—También Ghiana hablaba así... —dijo él, como en sueños—. Y también ella lo sabía todo. Pero tengo miedo de otra cosa: que mi hijo sea anormal también.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —volvió a gemir ella, apretando los dientes para no gritar.

Y, sin embargo, no podía irse; un hechizo misterioso la retenía junto al hombre; y sentía que él, como ella misma había intuido un día, estaba, más que los hombres sanos, cerca de la verdad.

—Vete —repitió él, rechazándola lentamente—. Mejor es que te vayas, sí. Lo adivino todo. Tú has decidido partir a escondidas, después de haber consultado con el doctor, que te ha aconsejado hacerlo así y tal vez te ayudará en la fuga. Y has querido saludarme por piedad, igual que saludaste el cadáver de tu marido. Eres piadosa, sí, piadosa y cruel como la vida misma. Y ahora piensas: «Él está más cerca que yo de la verdad, y tal vez es mejor que me quede con él. Él sabrá darme ahora y siempre el verdadero alimento de la vida: el dolor. Pero si él no me toma con el placer, si esta noche no me ata a él con el lazo de la carne, yo, mañana, al amanecer, le dejaré». El amanecer trae la ilusión de la alegría al corazón de los vivientes. Y tú estás viva, Sara; estás aquí, en el mundo de las ilusiones, mientras que yo estoy allí, desde hace muchos años, fuera de él, más allá de la vida mortal.

Ella temblaba y procuraba atraerle; pero él la rechazaba. Hasta que ella comprendió que de verdad era frío e insensible como un muerto.

Entonces se levantó de nuevo.

—Cristiano, tú quieres probarme, lo sé. Pues bien: yo volveré mañana, y siempre, hasta que te convenza. Eres tú el sueño, yo soy la realidad. Mañana volveré y verás que estás equivocado. Buenas noches.

Él la acompañó hasta la puerta. La vio irse a la tranquila luz de la luna, y no dudó de su promesa.

Y se durmió casi feliz, soñando en ella.

Sin embargo, soñaba que había soñado. No; ella no había vuelto, no volvería nunca más. ¡Oh, si ella hubiese vuelto de verdad, ofreciéndose como se ofrece el fruto en el árbol, él hubiera sido un loco auténtico al rechazarla! Y la esperaba todavía, aun sabiendo que no volvería nunca más.

Pero aquella sensación de espera, de esperanza, incluso de alegría, era la misma sensación de la vida. ¿Qué esperamos, en qué esperamos? Nada; y, sin embargo, esperamos, esperamos y gozamos.

Luego se despertó sobresaltado, con la impresión precisa de la realidad. La medallita, señal tangible de su venida, se había calentado sobre su pecho, vivía con él. Estuvo a punto de levantarse y salir hacia su casa; pero el acostumbrado miedo a que ella le tuviera por loco le retuvo.

Fuera, la noche era maravillosa de luna y de quietud. Él tenía la sensación de que la tierra se había detenido y de que, con su inmovilidad, todas las cosas y todos los hombres alcanzarían finalmente la paz.

Y, sin embargo, no conseguía volver a dormirse. Le pareció que oía al perro lamentarse; y todas las fantasías del tiempo pasado volvieron a su mente.

—¿Qué sucede en la casita blanca? Tampoco Sarina duerme y la sombra del pasado la persigue; pero ella es lo bastante fuerte y valerosa para no dejarse derrotar por los fantasmas de los muertos, y ni siquiera por los de los vivos. Sus ágiles piernas están hechas para huir, para caminar por los caminos del mundo.

Y él encuentra su antigua mueca burlona. «Anda, Sarina, huye todo lo que quieras. Nos encontraremos, igualmente, al final de la calle...»

Volvió a dormirse cuando casi amanecía, cansado y doliente. Y he aquí de nuevo los sueños, con todo su misterio de dolor y de alegría. La madre que huye con el médico, Sarina que se asoma a la galería de mármol de la casa del bienhechor. Y él, solo en el quinto piso, se siente, en el fondo, feliz de esta soledad.

Tanto que al despertarse experimentó una sensación de malestar, un estremecimiento como si hubiera pasado de un ambiente caliente a otro frío.

Levantó la pesada cabeza. Se hallaba solo, sí, y todo alrededor estaba quieto y luminoso; pero con una luminosidad extraña, insólita, como si los sueños prosiguieran. El sol penetraba en su habitación, en lugar de por la ventana, después de haber atravesado el cuarto anterior, y parecía que el horizonte se hubiera desplazado.

Se levantó aturdido de la cama, con tanta sombra dentro tomó luz había fuera. Le parecía que había dormido cien años, como en las leyendas, y que todas las cosas del mundo hubieran cambiado durante aquel tiempo. Luego vio que su puerta se había quedado abierta y que el sol entraba libremente por ella. Por la explanada llena de sol, delante de la casita, cruzaban sombras de golondrinas que volaban; y el gato se arrojaba contra ellas.

Es ya tarde, casi mediodía, la hora en que el sol vuelve más felices las cosas. «¡Cuánto tiempo has dormido, Cristiano! Y ¿por qué has dejado la puerta abierta? ¿Con la certidumbre de que ella tenía que volver?» Ella no había vuelto, tal vez por orgullo. Tenía que ir a buscarla; pero él no se apresuraba, aturdido todavía por el sueño, con una oscura preocupación que le obligaba a ir de un rincón a otro, como si buscara algo que no

recordara.

Finalmente abrió el armario y recordó que no comía desde el día antes. Sin embargo, le daba asco la comida. Volvió a cerrar y fue a lavarse; pero encontró el cubo vacío. Durante estos últimos tiempos la criada de Sarina le traía el agua; por tanto, tampoco ella había ido.

Y de repente, sintió que se le doblaban las rodillas, al golpe de la duda que estaba en el fondo de su corazón y que ahora saltaba y se le presentaba fuera, en el cubo vacío; no ya duda, sino certidumbre.

Se empeñó en no ir, en esperar todavía. En la realidad, todavía más que en el sueño, esa sensación de espera, de esperanza, era la misma fuerza que hacía latir su corazón. Pero no se lavó, no se preocupó de nada, aunque vagaba por el jardín y la casa. Veía su sombra selvática, con los cabellos enmarañados, correr entre sus pies; y no tenía miedo de que Sarina le encontrara así. No tenía miedo, y él sabía por qué...

Luego empezó a inquietarse; pensó que Sarina y la criada, infeliz también esta, podían haberse matado, y aunque sonreía burlonamente al darse cuenta de que pensaba en un final tan trágico de su drama para consolarse del auténtico final, un vago terror le empujó hacia la casa. Tal vez ninguna de sus fantasías era verdad. Sarina está allí, en la casita blanca, y le espera. Pocos pasos aún, y todo estará como antes.

Todo está como antes a su alrededor. El prado está todavía cubierto de margaritas y ranúnculos y todo el paisaje está florido. Solo de la chimenea de la casa blanca no brota la flor de humo.

Llega a la puerta. La puerta está cerrada, y él ni siquiera piensa en llamar. Anda a lo largo de la pared de la casita, y la pared está caliente, viva, pero con un calor exterior que no consuela; también las paredes de los cementerios están así, bajo el sol de abril. El prado, detrás de la casa, bajo los árboles, está dorado de ranúnculos; también por aquella parte los brezales están todos en flor, hasta el horizonte, donde el cielo y la tierra se confunden en una vaporosidad azul, llena de nubecillas coloradas que parecen también matas de rosas. Todo es luz y alegría. Pero el hombre, al llegar ante el pequeño cobertizo, ve la puerta cerrada, la caseta del perro vacía, y una fría bruma alrededor.

Luego, un día, pasado el primer impulso de dolor y de indignación, fue a buscar a su hijo.

GRAZIA DELEDDA nació en Cerdeña, en el seno de una familia de sabios y artistas. En casa tenían una buena biblioteca y su padre era poeta aficionado, pero se opuso cuando ella empezó a escribir a los 12 años. Así lo contó la autora al recoger el Nobel de Literatura en 1926. Fue la segunda mujer en ganarlo.

Los viajeros que pasaban por su casa, acogidos por su padre (el alcalde de la aldea), se convirtieron en sus primeros personajes. La Cerdeña rural fue su escenario favorito. Siendo adolescente, los plasmó a todos en cuentos para una revista femenina. Su primer gran éxito fue la historia del expresidiario *Elias Portolu* (1903) y más tarde títulos como *Cenizas* o *La hiedra* saltaron a la gran pantalla. Siempre poética, la narrativa de Deledda habla de la dureza de la vida, las tradiciones y la religión.